

LECTURAS CLÁSICAS



ESPAÑA | FRANCIA
ALEMANIA | ITALIA
INGLATERRA
ANTOLOGÍA

III

LECTURAS CLÁSICAS



CONSEJO EDITORIAL

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Dip. TOMÁS BRITO LARA, *Titular*
Presidencia

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Dip. JOSÉ ENRIQUE DOGER GUERRERO, *Titular*
Dip. ELIGIO CUITLÁHUAC GONZÁLEZ FARIAS, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Dip. JUAN PABLO ADAME ALEMÁN, *Titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Dip. RICARDO ASTUDILLO SUÁREZ, *Titular*
Dip. LAURA XIMENA MARTEL CANTÚ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO DEL TRABAJO

Dip. ALBERTO ANAYA GUTIÉRREZ, *Titular*
Dip. RICARDO CANTÚ GARZA, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE
MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. JOSÉ FRANCISCO CORONATO RODRÍGUEZ, *Titular*
Dip. FRANCISCO ALFONSO DURAZO MONTAÑO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO NUEVA ALIANZA

Dip. LUIS ANTONIO GONZÁLEZ ROLDÁN, *Titular*
Dip. JOSÉ ANGELINO CAAMAL MENA, *Suplente*

SECRETARIO GENERAL

Mtro. MAURICIO FARAH GEBARA

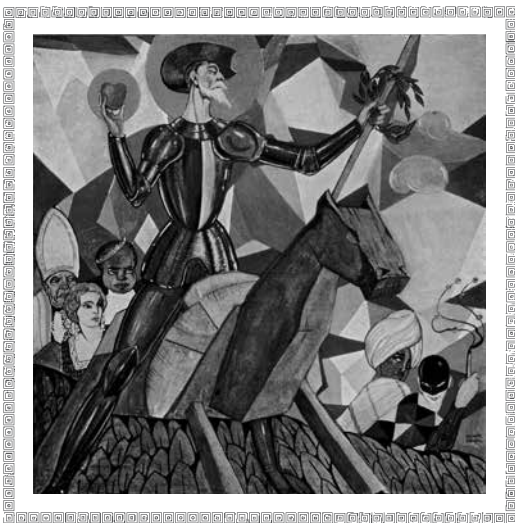
SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO
CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA
CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

ÉDGAR PIEDRAGIL GALVÁN
Secretario Técnico del Consejo Editorial

LECTURAS CLÁSICAS



ESPAÑA | FRANCIA
ALEMANIA | ITALIA
INGLATERRA

ANTOLOGÍA



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS CONSEJO EDITORIAL

ce

MAPorrúa
librero-editor·México

MÉXICO

2014

III

Coceditores	H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura Consejo Editorial, Cámara de Diputados Miguel Ángel Porrúa, librero-editor
Edición príncipe	México, 1924 Departamento Editorial de la Secretaría de Educación © 2013 edición en 2 volúmenes © 2014 edición en 5 volúmenes
Derechos reservados por características tipográficas y de diseño editorial	© 2013-2014 MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor Amargura 4, San Ángel Delegación Álvaro Obregón 01000 México, D.F.
Proyecto y dirección	Miguel Ángel Porrúa
Edición	Aldonza María Porrúa
Textos preliminares	Danner González
Bibliografía	Biblioteca MAP
Diseño	Verónica Santos Omar Ponce
Cuidado editorial	Gabriela Pardo Mónica Beltrán Norma García
Arte digital	Moisés Yrizar Gerardo Cruz José Luis Martínez
Apoyo técnico	Antonia Peralta Teresa Santana

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-401-845-5 OBRA COMPLETA
ISBN 978-607-401-847-9 TOMO III

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPORRÚA, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.





ESTAS LECTURAS



DEL AMOR, DEL PODER Y DEL FRACASO

DANNER GONZÁLEZ

En su estudio El canon occidental, el crítico literario Harold Bloom se pregunta qué hace grande, o clásica, a una obra. La respuesta, dice: “es a menudo, una forma de originalidad caracterizada por su extrañeza y su belleza”.¹ Las obras contenidas en estas Lecturas Clásicas gozan de ambas características. En particular, este volumen nos acerca a la gran tradición literaria europea con textos de España, Francia, Alemania, Italia e Inglaterra.

Comienza con “El Cantar del Mío Cid”. En la corte del soberano, lo mismo da cuál sea el nombre de éste, hay siempre intriga, conspiración y traidores. Predispuesto el rey contra “El Cid”, lo destierra. No obstante, El Cid Campeador continúa en la conquista de territorios para el rey don Alfonso, defiende la razón y la justicia, y narra el cantar que su generosidad, en la paz, igualaba a su valor en la batalla. Dador de leyes, es amado por su valor y nobleza, y “por su piedad para el vencido”.

¹Harold Bloom, *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*, 8a. ed., Anagrama, Barcelona, 2013, p. 13.

El castellano antiguo se aprecia de manera especial en los versos donde “Jimena pide al rey que la despose con El Cid”. También en “El prisionero” y “El conde Arnaldos” se hallan nociones ejemplares de poesía.

A Shakespeare y a Cervantes se les consideran los pilares sobre los que descansan las lenguas inglesa y española. Coetáneos, hubo teorías —hoy desmentidas—, sobre que pudo haberse tratado de una misma persona. Ello, por la similitud en las tramas y en los personajes de sus obras. La licencia poética es válida en este caso porque uno y otro son fieles intérpretes de las pasiones humanas. Ambos exteriorizan el genial ejercicio de pensar.

Cervantes nos dice que Alonso Quijano, muchas veces sintió el deseo de escribir un final a las historias no acabadas de don Belianís. La de Don Quijote es la historia de un fracaso personal, frente al triunfo de la literatura, o como diría Unamuno: “...pierde el juicio por nosotros, para nuestro provecho y, para dejarnos un ejemplo eterno de generosidad espiritual”.²

El caballero andante y su leal súbdito Sancho, salen de su aldea para descubrir el mundo, dialogan entre uno y otro y, a menudo, descubren más en sus conversaciones que en la realidad subvertida a la que todos los días miran, Sancho con extrañeza y Don Quijote maravillado. Pero si Cervantes hace a sus personajes escuchar al otro, el gran mérito de Shakespeare es la interiorización del drama humano, esa búsqueda interior en la que el lector también se reconoce.

²La cita de Unamuno es recogida por Harold Bloom en la obra antes citada, p. 145.

Ambos creen en el amor, pero lo afrontan de distintas maneras. “El rey Lear”, de Shakespeare, somete a una prueba de amor a sus tres hijas y duda de la sinceridad de Cordelia; sin embargo, en poco tiempo aprenderá todo lo que muchos años de gobierno no pudieron enseñarle. Él es causante de su propia desdicha. Don Quijote en cambio, no duda nunca de su amor por Dulcinea y hace de este sentimiento el motor de sus aventuras: “porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma”.

En “La tempestad”, Shakespeare aborda, nuevamente, el tema del poder y de las traiciones a que está sujeto. Frente a Ariel, genio sin ataduras, Calibán —anagrama de canibal—, salvaje bruto, es antes de la llegada de Próspero y Miranda, soberano en su isla utópica, como Sancho, zafio e ignorante, lo fue en la isla Barataria. Sin embargo, Próspero aprende quizá más de Calibán, sirviente al que dota de lenguaje, que de Ariel, quien goza de libertad e inteligencia.

Con Cervantes nace la novela. Con Shakespeare, la tragedia alcanza alturas inimaginables.

El lector encontrará en este volumen de Lecturas clásicas, un vasto catálogo de las emociones humanas. De la devoción de “El juglar de Nuestra Señora”, “De cómo San Francisco sanó a un leproso de cuerpo y alma”, del portento en las óperas de Wagner magistralmente resumidas en “Parsifal” y “El buque fantasma”, de la unión de “Hermann y Dorotea”, a “La leyenda de Tristán e Isolda”, cuento de amor y muerte que nos confirma que nada consume los corazones como el amor. Al amor, sea sacro o terreno, se debe llegar siempre por medios propios.

Fue el amor a Cristo, cuentan múltiples leyendas,³ lo que hizo que miles de niños sin guía y sin nombre trataran de llegar a Tierra Santa. La suya fue una cruzada destinada al fracaso. Unos naufragaron, otros fueron vendidos como esclavos. “No llegaron a Jerusalén, pero Jerusalén llegó a ellos”, dice el texto anónimo que narra “La cruzada de los niños”. Las más grandes batallas, las más atroces que se han contado, son las de los niños, porque pelean en libertad y sin miedo.

Estas historias giran alrededor de tres temas: el amor, el poder y el fracaso. Don Quijote es un héroe de la derrota, que hace del fracaso un arte. El poder es capaz de pervertir hasta a los seres más nobles, como aprende el Rey Lear. Del amor quizá sea poco lo que pueda explicarse, porque al amor se llega amando, del mismo modo en que a la lectura se llega leyendo, sabiéndose derrotado de antemano, pero peleando siempre, con el ángel, cuerpo a cuerpo.

DG

³Son memorables las versiones que de esta historia escribieron Marcel Schwob, *La cruzada de los niños* (1896) y Jerzy Andrzejewski, *Las puertas del paraíso* (1959).



TEXTOS PREVIOS



LECTURAS PARA ENCENDER LA IMAGINACIÓN

DANNER GONZÁLEZ

A casi un siglo de distancia, la cruzada educativa de José Vasconcelos sigue siendo la más importante que se haya hecho en México por la claridad de sus objetivos y a pesar del alcance de sus medios. Vasconcelos soñó con una república de hombres y mujeres instruidos. Había nacido en la provincia mexicana y conocía de cerca la miseria de sus paisanos, su analfabetismo y su consecuente pobreza cultural y material. Sabía que el 80 por ciento de la población era iletrada y que la mitad ni siquiera hablaba español. Definió bajo un lema en apariencia simple, los grandes ejes sobre los cuales habría de definirse la política cultural del momento: “Alfabeto, pan y jabón”; revitalizó la Universidad Nacional e impulsó decididamente la Secretaría de Educación Pública y las escuelas rurales, además de influir en innumerables misiones educativas y embajadas culturales.

En los años veinte del siglo pasado, el libro era un objeto cultural “demasiado raro, demasiado caro y demasiado

inaccesible”.¹ Agotada ya la primera década de este nuevo siglo, el libro continúa siendo raro y caro. Este nuevo esfuerzo editorial pretende hacerlo accesible. La única solución a los grandes problemas nacionales sigue siendo la misma que planteó Vasconcelos: educación, educación y más educación.

En el canon propuesto por Vasconcelos para estas *Lecturas Clásicas* en 1924, se agrupan en el primer volumen los fundamentos místicos de la humanidad, el encuentro de los hombres y los dioses: “Los Vedas” y “El Ramayana”, la literatura en sánscrito de Oriente, la vida de Buda, los cuentos y poemas de Tagore, “La Ilíada” y “La Odisea”, las historias bíblicas del “Antiguo” y “Nuevo Testamento”, y en la estructura original de su segundo volumen se incluye, entre otros: “El Cantar del Mío Cid” y “El Quijote”, “El Juglar de Nuestra Señora”, “Tristán e Isolda”, “Parsifal”, “El Rey Lear”, “La tempestad”, “Cuentos de Tolstói”, cuentos de Andersen y los Hermanos Grimm, leyendas americanas y textos históricos sobre Colón, Magallanes, Simón Bolívar, Hidalgo y Morelos, entre otros. Las estampas de Roberto Montenegro y los grabados de Gabriel Fernández Ledesma, además de descansos visuales, son un goce estético para el lector.

La épica o se vive o se lee, pero siempre se aprende a recrearla en la imaginación. No hay cineasta tan grande ni

¹Claude Fell, *José Vasconcelos: Los años del águila, 1920-1925: educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, UNAM, México, 1989, p. 479.

producción tan colosal para contarnos con exactitud la majestuosidad del palacio de Aladino o el combate de Áyax y Héctor. En cambio las espadas de los Atridas sonarán con la misma intensidad en nuestros oídos, siempre que visitemos las páginas de las *Lecturas Clásicas*.

Esta es una obra para recrear y sentir deseos de volver a crear el mundo. Cervantes escribió “El Quijote” y al parecer, Salvador Novo fue quien lo adaptó para niños.² Luego entonces Novo sería autor de Cervantes, reflejo de Avellaneda,³ de Cide Hamete Benengeli⁴ y del creador de “Pierre Menard, autor de El Quijote”.⁵ Es probable que de entre los lectores de estas obras surjan mañana escritores clásicos de los grandes temas de su tiempo. Lo imposible, escribe Borges, es no componer, siquiera una vez “La Odisea”.

Me vincula a estas lecturas un cariño especial, porque fueron los libros de cabecera de mi infancia. Por eso, cuando Miguel Ángel Porrúa me encargó hacer una incitación a la lectura de estos textos me pareció que no podía encargármese tarea más bella y más gratificante. Aquí

²Blanca Rodríguez, “El Quijote en las *Lecturas clásicas para niños*”, en María Stoopen (coord.), *Horizonte cultural del Quijote*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, p. 303.

³A Alonso Fernández de Avellaneda (seudónimo), se le atribuye el segundo tomo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Tarragona, España, 1614.

⁴Cide Hamete Benengeli (historiador musulmán), personaje creado en el texto de la novela de Cervantes quien afirmaba que ésta había sido escrita, a partir de su capítulo IX, por este personaje. Se trata de un giro literario metaficcional para dar credibilidad al texto. Sostenía que la historia presentaba décadas de antigüedad y que don Quijote fue un personaje real.

⁵Título de un relato escrito por Jorge Luis Borges, mismo que se incluye en su libro *Ficciones*, 1944.

están los pilares de la civilización entera. Esta selección compendia las bases sólidas, reales y ficticias, humanas y divinas, sobre las que la humanidad ha cifrado a lo largo de su historia, sus alegrías y sus miedos, el lamento de sus horrores y sus cantos de esperanza.

En esta nueva edición desaparece el adjetivo “para niños”, porque como deben verse, son lecturas para niños y jóvenes, pero también para hombres y mujeres de todas las edades. Son libros para formar lectores. A pesar del imperio de la imagen en nuestro siglo, tendremos relatos mientras tengamos el beneficio de la palabra en libertad, mientras no nos dejemos esclavizar por el televisor, mientras sigamos entendiendo que los libros son una de las mejores creaciones del alma humana. Allí donde haya un lector, la palabra escrita seguirá encendiendo la imaginación.

Tenemos que devolver a las bibliotecas su carácter formador del espíritu y del lugar donde germinan las ideas que han ordenado y prefigurado por siglos a las sociedades. Que nunca más se les asocie como lugar de aburrimiento, porque allí viven las grandes historias que desatan la imaginación y la creación, estímulos esenciales de la grandeza humana. Que nunca más vuelvan a calificarse como el lugar donde van a morir los libros, sino que vuelvan a ser espacios de alegrías y de consolación de penas, lugar de amor y desamor, morada de héroes y campo de épicas batallas, sitio donde habita la poesía, lugar de rito, anunciación y profecía.

A GUISA DE PRÓLOGO HARÉ LA HISTORIA DE ESTE LIBRO*

JOSÉ VASCONCELOS

Todo el que haya comparado nuestro ambiente hispanoamericano y aun español, con la cultura intensa de los países anglosajones, se habrá dado cuenta de lo escaso que son entre nosotros los libros; no tanto por su carestía, sino por lo difícil que comúnmente se hace encontrarlos, entre otras causas porque no existen traducidos a nuestro idioma. De allí que para hacer en nuestra raza, obra de verdadera cultura sea menester comenzar por crear libros, ya sea escribiéndolos, ya sea editándolos, ya traduciéndolos. Un hombre que sólo sepa inglés, que sólo sepa francés, puede enterarse de toda la cultura humana; pero el que sólo sabe español, no puede juzgarse, ya no digo culto, ni siquiera informado de la literatura y el pensamiento del mundo. Y siempre será para nosotros un bochorno tener que aprender lenguas extrañas, no sólo para comunicarnos

*El texto de José Vasconcelos se refiere a la obra de la cual emana el presente volumen. *Lecturas clásicas para niños*, 2 vols., México, 1924.

con nuestros semejantes, lo cual estaría muy bien, sino aun para conocer el pensamiento del mundo.

Si los gobiernos de nuestros pueblos castizos tuvieran siquiera una noción de los deberes que impone el destino de una raza, si los gobernantes pudieran ver un metro más allá del ruin interés personal y de la corta preocupación del momento; si su patriotismo fuera de verdad un sentimiento elevado de decoro y de amor común, ya hace mucho tiempo que nuestras repúblicas se habrían puesto de acuerdo para establecer una casa editorial enorme, que diera a los 90 millones de hombres de habla española, todos los libros de que hoy carecen, escritos en su lengua y vendidos a mínimo precio. Urge fundar ya que no un gobierno común, por lo menos un Consejo Educativo Cultural, que dirija el pensamiento y el desarrollo espiritual de este pueblo.

Pero ya que éstos son por ahora sueños irrealizables, nosotros resolvimos dedicar atención siquiera a las realizaciones parciales, y reflexionando particularmente en lo que leen los niños en las escuelas primarias, echamos de menos la maravillosa literatura infantil que han creado o traducido los ingleses, adaptándola siempre ingeniosamente a su propio temperamento. En cambio nuestros textos de segundo y tercer año son una prueba lamentable de que apenas copiamos las formas de la cultura, pero sin penetrar su intención. ¿Por qué graduar la lectura en dos y tres libros, si esto está muy bien en inglés, donde cada palabra tiene que ser aprendida ortográficamente, además de

ideológicamente, mientras que en nuestro idioma, quien aprende a leer un buen libro de primer año, ya puede entender cualquiera otra obra escrita? ¿Por qué no se ha visto que estas lecturas graduadas tienen por objeto realizar ejercicios de deletreo (*spelling*), que en nuestro idioma son completamente absurdos? ¡En cambio, no se advierte que los ingleses complementan sus libros de simple ejercicio de lectura con cuentos maravillosos y lecturas de clásicos adaptados a la imaginación infantil! ¿Por qué el niño de México atiborrado de textos ha de carecer, sin embargo, de esa amenidad de información literaria que un niño de habla inglesa adquiere desde el tercer año de su enseñanza?

Tales reflexiones quedaron englobadas hace algunos años en una circular —que pasó inadvertida— la cual recomendaba que se substituyeran los textos mediocres con lecturas originales o adaptadas de *La Iliada* y *La Odisea*, del *Quijote* y el *Romancero*. En honor de la verdad, la circular que menciono quedó sin efecto, no sólo por la indiferencia con que fue acogida, sino porque padecía del vicio tan común a nuestras leyes de mandar hacer las cosas, antes de que existan los medios de ejecutarlas. Sucedió con ella, en menor escala, lo que con nuestra famosa ley de enseñanza obligatoria y con los decretos de algunos generales revolucionarios, que han dictado penas severas contra el que no aprenda a leer; sucede que nadie toma en cuenta todo esto, por la sencilla razón de que no hay escuelas ni libros donde se pueda aprender. Si tuviésemos más sentido de

gobierno, ya desde el 57, a la vez que dictar leyes copiadas sobre enseñanza obligatoria, hubiésemos dedicado algunas de las fincas expropiadas al clero, para formar fondos de enseñanza, antes de permitir que los bienes desamortizados llegasen a constituir fortunas privadas y latifundios que han sido una nueva calamidad social.

Así nos pasó a nosotros con la circular aludida, no pudo permanecer en práctica porque no se hubiese podido encontrar un número suficiente de ejemplares. Al darnos cuenta de ello, pensamos que se podría hacer una gran edición infantil del *Quijote* para regalarla por todo el país, y en efecto, pudimos arreglarnos con una casa española que nos ha vendido 50 mil ejemplares, muy aceptables, a un precio extremadamente bajo.

Así que estuvo en nuestro poder la edición de referencia, el señor doctor Bernardo J. Gastélum, subsecretario de Educación, mandó expedir una nueva circular en la que con mayor acopio de datos se señalaron los defectos de los textos usuales de lectura y la conveniencia de que los niños se instruyesen en los mejores ejemplos de la literatura universal, adaptada convenientemente a sus capacidades.

Esta segunda circular superó a la primera, cuando menos por las resistencias que ha suscitado. Muchos libreros se sintieron lastimados en sus intereses; algunos pedagogos se creyeron postergados; los diarios —con incompleta información sobre el asunto— escribieron, sin embargo, sesudos editoriales, condenando nuestros

proyectos. Finalmente las principales casas editoras interpellan al suscrito en un concurrido banquete. El Estado no debe editar libros, nos dijeron “porque al hacerlo arruina a la industria privada, mediante una competencia desleal”. Los niños no deben leer los clásicos, agregaron, “porque no están al alcance de sus pequeñas inteligencias”.

Repusimos que el Estado tiene el derecho de abaratar el libro y difundirlo, aun cuando por hacerlo se arruinen 20 empresas, pero que en realidad lo que tendría que pasar era que todos aquellos que han aprendido a leer en el millón de libros repartidos por el gobierno tendrían que volverse clientes de los editores, porque tenían que seguir leyendo, y así, lo que hubieren dejado de vender de cartillas de enseñanza, lo recuperarían con creces, con los libros de todo género que un pueblo instruido consume.

Por lo que hace a la lectura escolar, les hicimos ver la petulancia con que nosotros los mayores juzgamos el cerebro infantil. Nuestra propia pereza nos lleva a suponer que el niño no comprende lo que a nosotros nos cuesta esfuerzo; olvidamos que el niño es mucho más despierto y no está embotado por los vicios y apetitos. Tanto es así, agregué, que me atreví a formular la tesis de que todos los niños tienen genio y sólo al llegar a los 16 años nos volvemos tontos. Además, les dije, es menester desechar el temor de los nombres que no se comprenden bien: la palabra CLÁSICO causa alarma; sin embargo, lo clásico es lo que debe servir de modelo, de tipo, lo mejor de una época.

Lo que hoy llamamos genial, será clásico mañana, y lo clásico es lo mejor de todas las épocas. ¿Por qué ha de reservarse eso para los hombres maduros que frecuentemente ya no leen? ¿Y por qué a los niños se les ha de dar la basura del entendimiento únicamente porque nosotros suponemos que no entienden otra cosa?

Sin embargo, todos los problemas sociales, fáciles en la teoría, encuentran escollos a veces insuperables en la práctica. ¿Cómo íbamos a hacer para dar a los maestros los libros cuyo empleo se les recomienda? ¿Dónde están en castellano los bellos cuentos, las adaptaciones de Shakespeare y de Swift, de Grecia y Roma, que andan en las manos de todos los niños ingleses? Hay, es claro, unas cuantas obras, debidas a la reciente actividad de los editores de España; pero no bastan ni por el número, ni por la extensión, ni por el precio.

Se hace menester, por lo mismo, fabricar los libros; así como es necesario construir los edificios de la escuela. Y aquí está el presente libro, creación desinteresada de colaboradores de la Secretaría de Educación Pública, seis nobles ingenios que han puesto su esfuerzo a disposición de los niños de habla castellana.

Quien examine el índice de esta obra advertirá que se trata de una selección respetuosa de toda la literatura universal, depurada sin empequeñecimientos, rica y amena.

Podrá parecer extraño al criterio superficial que se mezclen tesis tan disímiles como el *Aladino* y el *Prometeo*

y la *Historia de Sarmiento* o de *Bolívar*; pero a esto hay que responder que es así la vida de compleja en la apariencia, aunque uniforme en su sentido profundo y alto. En todo caso, se ha observado el único criterio posible en una selección de esta índole, el criterio cronológico combinado con el de calidad.

Se nos ha sugerido que se adicione el volumen con noticias históricas, con reseñas geográficas; nos hemos negado porque no nos propusimos hacer una enciclopedia; quisimos ofrecer a los niños una visión panorámica ordenada en el tiempo, y la enseñanza profunda que sin duda derivarán de sentirse en contacto con los más notables sucesos, los mejores ejemplos y las más bellas ficciones que han producido los hombres.

JV

[*Ciudad de México, 1924*]

RAZONES PARA LA PRESENTE PUBLICACIÓN*

BERNARDO J. GASTÉLUM

El niño posee dentro de sí mismo, cierta potencialidad de desarrollo que le basta por sí sola para ejercitar determinadas adquisiciones mentales; la acción docente, cuando no la respeta, resulta errónea, porque hace artificiosa la enseñanza, ahogando la espontaneidad y mecanizándola. No hay que discutir la utilidad de obras preparadas para facilitar formas especiales de conocimiento, frecuentemente se exagera esta modalidad, produciendo en el espíritu estrechez que lo mantiene dentro de un infantilismo forzado, ya que las materias de enseñanza carecen en sí mismas de la parte estimulante que deben tener para facilitar su aprendizaje.

El espíritu que se educa bajo una disciplina fecunda, tiene en todos los instantes de su evolución, en derredor de los conocimientos formados, una penumbra de ideas, hipótesis, etcétera; de aquí su progreso continuo; en cambio, el individuo que sólo lee textos, sabe o no sabe, sin término medio, todo lo aprecia dentro de fórmulas hechas.

*Texto tomado de *Lecturas clásicas para niños*, 2 vols., México, 1924.

La intención de hacer a todas horas obra pedagógica, echa a perder el mejor propósito y es causa fundamental de errores de enseñanza; en tanto que si tiene por condición permanecer siempre accesible y ser constantemente penetrable, los niños la soportan celebrándola, porque ennoblece su espíritu formándoles su gusto literario y artístico. La acción de las lecturas en esta forma, es continua, nunca pierde su interés, ya que cumple con aquel principio de psicología experimental que ha servido de base para grandes innovaciones pedagógicas, “de la penetración de lo parcialmente inteligible”, que debe exigirse a todo el material pedagógico; y no sucederá, como ahora con las lecturas escalonadas, que su acción es momentánea, perdiendo su interés de un día para el otro, no educando por consecuencia y obstruyendo el desarrollo mental del niño; pues los libros exclusivamente para niños, les parece a ellos mismos demasiado pueril lo que contienen, la inteligencia del niño descubre con frecuencia algo que no le agrada en esa afectada simplicidad de los textos, les ocurre exactamente lo que nos pasaría a nosotros con libros que nos fueran hechos para nuestra edad y profesión.

Los libros de lectura para escuelas son obras en que falta inspiración, y aunque la tuvieran, por ser hechos por inteligencias eminentes, pierden su carácter por el solo hecho de ser textos, estando, por este motivo, dentro de cierto radio.

El idioma español se pronuncia generalmente como se escribe. Desde el momento que el niño después de su primer año de escuela debe dominar los fundamentos de la lectura

mecánica, la práctica de continuar obligándolo a que use textos para aprender a leer durante los años sucesivos de escuela, obliga a su espíritu a que se mantenga dentro de cierto plan mental, hecho condenado por las investigaciones psicológicas, en las que se basan los métodos pedagógicos modernos, ya que generalmente esos libros los forman lecturas peptonizadas.

La existencia de esos libros tiene su explicación en aquellos países cuyo idioma se escribe en una forma y se pronuncia en otra distinta; pero entre nosotros, ha resultado una imitación servil de los métodos sajones. Por consiguiente, desde el momento que el niño ha cursado su primer año escolar, habiendo aprendido a leer, esta Secretaría considera conveniente, que las prácticas sucesivas de lecturas, en los años posteriores de escuelas, se hagan en ediciones de clásicos apropiadas a su edad, para lo que desde luego se procederá a formar un libro. Estas lecturas, al mismo tiempo que perfeccionarán al niño en este ejercicio mucho mejor que lo hacen los malos textos de lectura usados hasta ahora, servirán manteniendo siempre su interés, para formar su gusto literario y artístico, puesto que desde una edad temprana, habrán estado en contacto con espíritus verdaderamente superiores, no dándose el caso, como sucede ahora, que hay jóvenes que llegan a adquirir un título profesional y en ninguna ocasión de su vida han leído un verdadero libro.

BJG

[Ciudad de México, 1924]



ESPAÑA





ANÓNIMO

EL CID





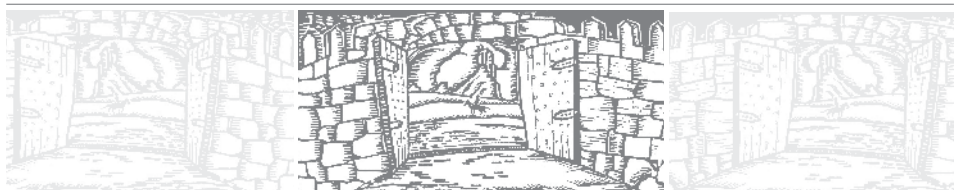
EL CID

Mediaba el siglo XI, cuando Rodrigo Díaz de Vivar, a quien se llamó más tarde Cid Campeador, vino a distinguirse por la gallardía de sus actos y por sus frecuentes victorias sobre los moros.

Al servicio del rey Fernando, y más tarde de los hijos de éste, don Sancho y don Alfonso, el Cid Rodrigo Díaz añadió tierras, tributos y vasallos al reino de Castilla, y alcanzó para sí la gloria de ser el primero de los castellanos.

Narradas por los juglares y transmitidas de generación a generación, las hazañas de Rodrigo Díaz dan asunto al *Cantar de Mío Cid*,¹ primera de las obras clásicas de la literatura española.

¹Mío Cid: Tratamiento que daban los moros a Rodrigo Díaz. *Mío* corresponde al *don* de nuestro lenguaje moderno y *Cid* (palabra árabe) equivale al castellano *señor*.



DESTIERRO DEL CID

Enviado por don Alfonso, marchó el Cid Rodrigo a Sevilla y a Córdoba; iba a cobrar el tributo que los reyes moros de aquellas tierras debían pagar todos los años al monarca cristiano.

Mas sucedió que a esto, el poderoso rey moro de Granada, Almutafar, apoyado por unos cuantos castellanos desleales —entre ellos Diego Pérez y Fernán y Lope Sánchez y el orgulloso conde García Ordóñez— decidieron atacar a Almutamiz, rey de Sevilla, entrando por su reino a sangre y fuego. Y como el buen Rodrigo no tan sólo en el servicio de su patria empleaba su espada sino que usábala también para defender en toda ocasión la razón y la justicia, al saber el grave daño que los granadinos intentaban hacer al aliado de su rey, envió cartas a García Ordóñez haciéndole saber que conocía su traición, y que de llevarse a cabo, se verían con él las caras en el campo.

Mas ya el rey de Granada y sus aliados los desleales, ricos hombres castellanos, caían esforzadamente sobre las tierras de Almutamiz, destruían cuanto hallaban a su paso, y contestaban

con insolencia al Cid que no sería él quien se atreviera a echarlos de las tierras conquistadas.

¡Quién tal dijera al Cid Rodrigo Díaz! Inmediatamente reunió un gran ejército de cristianos y moros y marchó contra el rey de Granada y los suyos, librándose una batalla que duró un día entero, de sol a sol, en la que los del Cid obligaron a sus enemigos a huir abandonado todo el terreno conquistado. Entonces fue cuando el Cid hizo prisionero en el castillo de Cabra, al orgulloso conde don García y le arrancó por burla un mechón de las barbas.

Y tantos cautivos cogió el Cid, que fue imposible contarlos; mas tan sólo los tuvo prisioneros tres días, pasados los cuales mandó que los soltaran. Que la generosidad del Cid en la paz igualaba a su valor en la pelea.

Luego se unió a los de su compañía, y reuniendo abundante y riquísimo botín, hizo que todo fuese llevado a Almutamiz, rey de Sevilla.

En esta ciudad todos aclamaron entusiasmados a su libertador, y le rindieron el debido vasallaje, entregándole incontables riquezas para que las regalara a su señor el monarca cristiano. Y cuando, portador de tan gratas nuevas, llegó el Cid a Castilla, fue recibido con gran pompa y agasajo; todos querían verle, escuchar el relato de sus muchas hazañas y saber cómo había vencido al poderoso moro Almutafar, rey de Granada. Fue entonces cuando al nombre de Cid —que en árabe quiere decir señor— se añadió por vez primera el de Campeador, con que se significó su gran bravura en las batallas.

Antes que Rodrigo, había regresado a la corte el rencoroso conde don García, quien en lugar de agradecer al Cid su generosidad, no podía perdonarle su captura en el castillo de Cabra, y ansiaba vengarse de ella. Por esto, no atreviéndose a luchar cara a cara con el vencedor de Almutafar, procuraba por todos los medios indisponerle con el rey.

—Señor y rey —insinuaba un día al monarca—, ¿cómo pueden las victorias de Vivar haberos hecho olvidar su insolencia en Santa Gadea? Rey y señor —repetía al siguiente—; ¿no veis cómo con crecer tanto y tanto la majestad de Rodrigo Díaz va menguando la vuestra? Y ¿no sabéis, señor, que el Cid se alaba de tener a sus pies más reyes moros de los que tenéis por tributarios? Los ricos hombres y mesnadas² que siguen al Cid formarían ya una corte como la vuestra. Mirad, señor, que las altanerías del Cid lo van subiendo más alto de lo que es preciso; ved que los moros fronterizos lo adoran y temen como a un Dios. ¿No veis con qué poco respeto se presenta en las cortes con la barba desaliñada y el cabello crecido? Pensad, señor, que el que tuvo osadía para hacer jurar a su rey sobre la ballesta,³ puede un día tenerla para hacerse proclamar rey de su territorio...

Y así un día y otro, llegó al fin don García a conseguir que el rey diera crédito a sus pérfidas insinuaciones. Y una mañana llegó a manos del Cid un pliego autorizado con el sello real, en el cual se le hacía saber cómo se le desterraba de Castilla, se le confiscaban sus bienes, y se le daban nueve días de plazo para salir del reino.

²Mesnada: Ejército, grupo de hombres armados.

³Ballesta: Arma de tiro para lanzar flechas.



EL CID CONVOCA A SUS VASALLOS

— **A** migos, deudos y vasallos: sabed que el rey Alfonso destierra de Castilla a vuestro Cid... Noble y justiciero es nuestro rey y el deber de un vasallo es obedecer a su señor. Por eso, “si él me destierra por uno, yo me destierro por cuatro”, y es mi solo pesar que las almenas castellanas puedan caer sin el sostén que les daba mi brazo. Porque hoy Alfonso me destierra de Castilla... Y si alguno quiere seguirme fuera de las fronteras del reino, sepa que junto a mi pobreza encontrará la gloria. Estrechas han de ser para nosotros las cuatro partes del mundo,⁴ que hasta el último confín hemos de llevar nuestras banderas y estandartes. Y a las tierras que ganemos, por conservar el nombre de éstas en que nacimos, les llamaremos Castilla la Nueva.

Así hablaba el Cid, al conocer la noticia de su destierro, a sus numerosos deudos y vasallos. Su primo Alvar Fáñez Minaya, le contestó en nombre de todos:

⁴Recuérdese que en aquellos tiempos lejanos aún no se había descubierto América.

—Contigo, Cid, iremos por yermos y poblados, que no ha de faltarte nuestro brazo mientras podamos sostener con él la espada. Y desde ahora puedes disponer de nuestras personas, y de nuestros dineros, de nuestros vestidos y de nuestras mulas y caballos...

Contento quedó el Cid al ver el mucho amor que le demostraban todos sus caballeros. Y partieron todos de Vivar con dirección a Burgos, y dejaron abandonados y desiertos sus casas y palacios. Y al Cid, tan valeroso y esforzado, se le llenaron los ojos de lágrimas al volver la cabeza, y ver las puertas abiertas, los postigos sin candados, vacías las estancias, las perchas sin azores ni halcones.⁵

Mas he aquí que al salir de Vivar la comitiva, vio el Cid una corneja al lado derecho del camino, y al entrar en Burgos la volvió a ver, pero del lado izquierdo. Lo interpretó Rodrigo como buen augurio, y exclamó sacudiendo la cabeza:

—Albricias, Alvar Fáñez; albricias, caballeros míos; hoy nos destierran; pero hemos de volver cubiertos de gloria a nuestra Castilla.



⁵Halcón: Ave de presa que se usaba en las cacerías.



EL CID EN BURGOS

Ya entra en Burgos el Cid Rodrigo Díaz; 60 pendones le acompañan y de todas partes llegan ricos hombres y caballeros que por su voluntad se destierran con él.

Los burgaleses y burgalesas⁶ se asoman a las ventanas para verle y admirarle, y afligidos y llorosos por el destierro del Cid, no pueden menos de exclamar:

—¡Oh, Dios, qué buen vasallo si tuviera buen señor!

Todos quisieran hospedarle en sus casas; pero nadie se atreve por miedo a las iras del rey, que hostigado por el conde don García ha enviado a todas partes cartas autorizadas con el sello real, en que se anuncia que aquel que dé posada al Cid perderá sus bienes y su casa, y también los ojos de la cara.

Por ello, al entrar en Burgos el Cid Campeador, encuentra las puertas cerradas y las calles desiertas a su paso.

Así, en medio del silencio y de la soledad más absolutos, dirigiéronse el Cid y sus nobles caballeros a la posada de la

⁶Burgalés, Burgalesa: Habitante de la ciudad de Burgos.

ciudad; pero también aquella puerta estaba cerrada a piedra y lodo. Los del acompañamiento del Cid llamaron con palos y con piedras dando al mismo tiempo fuertes voces, mas los de dentro no querían responder. El Cid aguijó su caballo y sacando el pie del estribo, golpeó la puerta; pero ésta estaba bien remachada y no cedía.

Entonces una niña de nueve años se acercó a los caballeros, y arrodillándose delante del Cid, dijo de esta manera:

—¡Oh, Campeador, que en buena hora ceñiste la espada! Sabe que anoche llegó una orden del rey en pliego autorizado con su sello real. Sabe que en él nos dice que si osamos abrirte nuestras puertas, ofrecerte viandas, darte acogida o escuchar tus palabras, perderemos nuestros bienes y casas y nuestra libertad y también los ojos de la cara. Por eso, ¡oh, Cid! ya que tú nada has de ganar con nuestro mal, sigue tu camino y que el Señor te valga.

Entró la niña en su casa, y el Cid, con sus caballeros, salió de la ciudad. Junto al río Arlanzón, en un arrenal desierto, izaron sus tiendas y pasaron la noche. Al romper el alba, dejó el buen Cid a sus caballeros y mesnadas en el improvisado campamento, y espoleando a Babiaca, se dirigió a San Pedro de Cardena, con ánimo de despedirse de su mujer Jimena y de sus hijas.





DESPEDIDA DEL CID

Saludaban los gallos a la luz del alba cuando llegó a San Pedro el buen Campeador. El abad don Sancho estaba rezando los maitines⁷ y doña Jimena, con cinco ilustres damas de su compañía, rogaba a Dios que protegiera en sus andanzas a su Cid Rodrigo.

Y he aquí que en esto llaman a la puerta, y la noticia vuela en un instante. Con luces y con cirios, acuden todos al patio para recibir llenos de gozo al que nació en buena hora. ¡Qué gran pesar al saber que se va desterrado! Lloran doña Jimena, lloran sus hijas que son aún pequeñas, lloran las nobles dueñas y doncellas, llora el abad don Sancho... En tanto las campanas de San Pedro tañen a todo vuelo, y numerosos mensajeros van diciendo por toda Castilla cómo se aleja de ella el Cid Campeador. Y por seguirle, abandonan muchos sus casas y heredades, y por todas las tierras castellanas cruzan innumerables caballeros preguntando dónde podrán encontrar al buen Cid, pues quieren ir con él a donde él vaya.

⁷Maitines: Plegaria de la mañana.

Seis días pasó el Cid al lado de su mujer y de sus hijas; mas al cabo de ellos supose que el rey había dado orden terminante de que si Rodrigo Díaz no salía del reino el día señalado, no se le dejara escapar por todo el oro del mundo. Y en sabiéndolo, aunque al decir adiós a su mujer y a sus hijitas sentía rompérsele el corazón, tuvo el Cid que aprestarse a la partida. Dióles, pues, el último abrazo; abrazó también al abad don Sancho, y a los fieles servidores que quedaban en el monasterio con Jimena, y al son de trompetas y rabeles⁸ montó a caballo y partió hacia el campamento, a la cabeza de su numerosa hueste.⁹

Mientras él iba de camino con sus caballeros, doña Jimena al pie del altar, oraba por su pronto regreso, dirigiéndose vehementemente al cielo.

Y dicen las viejas crónicas en que aprendimos estas hazañas del Cid, que mientras Jimena rezaba devotamente su oración, allá en el campamento un ángel se aparecía en sueños a Rodrigo, y le decía:

—Cabalga, noble Cid; cabalga, buen Campeador, que nunca varón alguno cabalgó con más suerte ni más gloria. Y mientras vivas has de vencer en todas tus empresas.



⁸Rabel: Instrumento musical de cuerda, que se tañe con arco.

⁹Hueste: Cuerpo de hombres armados.



POR LEÓN Y POR CASTILLA

Interminable tarea sería la de referir una por una todas las victorias del Cid y de su gente, alcanzadas durante el destierro. No duró éste un día ni dos, sino muy largos años, durante los cuales ni un instante cesó el brazo del Campeador de oponerse a la avalancha sarracena y de reconquistar, para León y Castilla, las que eran entonces tierras de moros. Y dicen que Rodrigo en aquellos tiempos duros y penosos, apenas se despojaba de su armadura dos veces por semana; que en las batallas era con su lanza y su ballesta, el primero de todos, y que por vigilar por sí mismo los posibles ataques de sus enemigos, pasaba las noches a campo raso mientras sus caballeros dormían en las tiendas.

Así en los primeros tiempos fue limpiando de moros toda la tierra castellana, hasta la misma raya de Aragón. Puso en fuga al poderoso Jeque¹⁰ de Alcalá; hizo que le rindieran parias¹¹ seis reyes

¹⁰Jeque: Jefe de tribu árabe.

¹¹Parias: Tributo que se pagaba en señal de vasallaje.

que de por vida fueron sus vasallos; le dieron sus riquezas más de 40 pueblos, y Santisteban con cuatro villas fuertes y seis castillos roqueros, le entregó sus llaves. Y en todos los fuertes que iba conquistando, hacía pintar las armas del rey Alfonso, y ondeaba el pendón de León y Castilla, pendón en todo el mundo respetado y temido.

A su paso, donde hubo mezquitas musulmanas, se alzaron cristianas iglesias; los reyes pactaron con él o se le sometieron; él ratificó tratados viejos, dio leyes nuevas, y fue de todos a la vez temido y amado, por su valor, por su nobleza, por su piedad para el vencido.

Y los caballeros que por seguirle dejaron en Castilla tierras, bienes y heredades, llegaron a poseer tantas riquezas que les era imposible contarlas, que “buen galardón alcanza el que sirve a buen señor”.

Mas ya se aleja el Cid de tierras de Aragón y va hacia oriente, por donde sale el sol. Es su sueño —sueño que tan sólo confía al fiel Alvar Fáñez Minaya— llevar hasta el mar el pendón castellano, y conquistar a Valencia, la grande.

De villa en villa, de batalla en batalla —si también de victoria en victoria— sin descansar un punto de las fatigas de la guerra, pasó el Cid tres años hasta llegar a la vista de la tierra soñada.

Al fin, llegando una noche a Monreal, mandó echar pregones por Aragón y Navarra y envió a Castilla numerosos mensajeros. Unos y otros, decían de este modo:

—“El que quiera cubrirse de gloria y alcanzar buen provecho, véngase con el Cid, a quien llaman Campeador, y ayúdele

en su intento de poner cerco a Valencia, la grande, para entregarla con gran honor a Alfonso, el rey cristiano”.

Y de toda la cristiandad llegaron caballeros que unidos al Cid, llevaron más allá, con la Cruz, el pendón de León y Castilla.





EN TIERRAS DE ALFONSO

Mientras tanto a las tierras de Alfonso el Castellano llegaban nuevas de las hazañas que el Cid llevaba a cabo, y por todas partes volaba la noticia de que el desterrado de Castilla andaba trastornando al mundo.

En Burgos, a cada nueva victoria alcanzada por el infanzón¹² de Vivar, armaban los plebeyos gran tumulto para pedir al rey la vuelta del héroe desterrado. Y le aclamaban en las plazas públicas y al grito de: “¡Viva nuestro Cid Rodrigo, el glorioso Campeador!” encendían fuegos y luminarias para honrarle y celebrar sus glorias. Esto era lo que hacía el pueblo en tierras de Alfonso el Castellano.

Y en la corte... Bien veía el rey la nobleza del Cid, quien a cambio de la pérdida de patria y hacienda, esforzaba su brazo en ganar pueblos para el monarca que tan injustamente le tratara. De buena gana perdonaría Alfonso al noble Cid, mas no se lo permitían los intrigantes y odiosos cortesanos, quienes

¹²Infanzón: Hijo de hidalgos, caballeros.

—siempre instigados por don García— no perdonaban insidia ni calumnia para indisponer a Rodrigo con el rey.

—Pensad, señor —le decían— cuáles serán ahora los humos del de Vivar; recordad que se cree más rey que vos, puesto que rompe con reyes y pueblos los pactos que vos habíais hecho.

Y Alfonso refrenaba sus deseos y no se atrevía a levantar el destierro del Cid. Esto sucedía en la corte.

Mientras, en solitario monasterio, una noble dama lloraba y rezaba sin cesar por la vuelta del guerrero desterrado, y dos niñas tan bellas como el sol y la luna, iban creciendo, creciendo, hasta convertirse en dos gentilísimas doncellas. Era la dama doña Jimena, esposa del Cid de Vivar, y las dos doncellas doña Elvira y doña Sol, sus hijas, tan hermosas ambas, que causaban la admiración de cuantos las miraban. Para estas tres mujeres, que contaban en su retiro los años, los días y las horas, cada minuto duraba eternidades.

Era esto en el monasterio de San Pedro de Cardeña.





CONQUISTA DE VALENCIA

A todo esto las mesnadas del Cid tenían sitiada a Valencia, la grande. Los fieros Almoravides¹³ que la dominaban, eran los más temidos entre los sarracenos; mas ya sabemos cómo nunca hubo enemigo capaz de intimidar al buen Cid burgalés. Atrás dejaba ya pacificadas todas las tierras conquistadas por él, y sometidos a su poder reyes árabes y cristianos.

Duro fue el cerco, y bien se defendieron los Almoravides. Durante nueve meses los tuvo sitiados el Cid, sin dejarles respirar, sin darles tregua de día ni de noche. Y tantos, y tantos prodigios de habilidad y de valor llegaron a hacer el Cid y los suyos, que al fin del décimo mes la ciudad se les rindió y las llaves les fueron entregadas. El Campeador con sus esforzados caballeros, con Minaya Alvar Fáñez, el más fiel entre todos, con Martín Antolínez, el burgalés ilustre, con Félix Muñoz, su sobrino, y Nuño Gustioz y Álvaro Alvar y Álvaro Salvadórez y Galindo García, y todos los guerreros que de

¹³Almoravides: Nombre de una de las tribus árabes que conquistaron España.

lejanas tierras vinieron a ayudarle en su empresa, entró en la gran Valencia, la ciudad poderosa, que se vistió sus mejores galas para recibir al renombrado Cid Campeador. Pues habéis de saber que era tan clemente en su dominación, tan noble y justiciero en sus actos todos, que moros y moras antes deseaban que temían ser vasallos del héroe castellano.

Los de Valencia al menos llegaron a adorarle más que como a un rey, como a un dios. No se cansaban de contemplar su larga barba —que durante su destierro no cortó jamás— ni de admirar su porte majestuoso y noble, ni de aclamarle en calles y en plazas. Porque bajo el dominio del Cid, Valencia fue la más bella, la más rica, la más noble ciudad... Y le entregaron el regio alcázar, en el cual se alojó; y le hicieron vestirse a la morisca usanza, desterrando de su persona la castellana sencillez, para lucir reales atavíos y túnicas talares¹⁴ recamadas de oro y pedrería.

No hay para qué decir que en la torre más alta del alcázar maravilloso ondeó la enseña de Alfonso el Castellano, para quien ganaba el desterrado Cid todas aquellas riquezas. Y la árabe mezquita¹⁵ fue catedral cristiana, que tuvo su obispo en la persona de don Jerónimo, clérigo muy sabio y virtuoso, llegado de lejanas tierras orientales.

La fama de tan magna conquista se extendió por la cristiandad toda, y los más altos señores y los reyes más poderosos del mundo enviaron emisarios para felicitar al Cid, a quien consideraban ya como su igual sobre la tierra.

¹⁴Talar: Se dice de las túnicas que llegan hasta los talones.

¹⁵Mezquita: Templo de los mahometanos.



JIMENA EN VALENCIA

Guardado está el alcázar de Valencia y sus más altas torres; guardadas todas las entradas y salidas de la ciudad. Y por sus reales puertas sale solemne procesión —las cruces son de plata, las sobrepellices de los sacerdotes están bordadas de oro— en acción de gracias por la feliz llegada de Jimena y sus hijas a tierras valencianas.

También salía el buen Cid, el de la lengua barba, vistiendo rico manto de seda y montando a Babieca¹⁶ que lucía sus mejores arreos. Antes de acercarse a los castellanos dio una carrera tan veloz que a todos dejó maravillados; desde aquel día fue famoso Babieca en toda España. Después, bajando el Cid de su caballo, se acercó a su mujer y a sus hijas abrazándolas tiernamente. Era tanto su gozo, que asomaban las lágrimas a sus ojos. También doña Jimena, doña Elvira y doña Sol lloraban, y no se cansaban de admirar al buen Cid y besarle las manos. Y así seguidos de sus caballeros que se entretenían en juegos de armas y de tablas, entraron todos en Valencia mientras musulmanes y cristianos aclamaban con entusiasmo al poderoso Cid, y a su noble mujer.

¹⁶Babieca: Caballo que montó el Cid, célebre en la historia de sus hazañas.



JIMENA PIDE AL REY QUE LA DESPOSE CON EL CID

De Rodrigo de Vivar,¹⁷
Muy grande fama corría:
Cinco reyes ha vencido
Moros de la morería,
Soltólos de la prisión,
Do¹⁸ metidos los tenía;
Quedaron por sus vasallos,
Sus parias¹⁹ le prometían.
En Burgos estaba el rey
Que Fernando se decía;
Aquesa²⁰ Jimena Gómez
Ante el buen rey parecía:
Se había humillado ante él

¹⁷Rodrigo de Vivar: Nombre del Cid.

¹⁸Do: En dónde-dónde.

¹⁹Parias: Tributo.

²⁰Aquesa: Esa.

Y su razón proponía:
“Hija soy yo de don Gómez,
Que en Gormaz condado había:
Don Rodrigo de Vivar
Le mató con valentía.
La menor soy yo de tres
Hijas que el conde tenía.
Vengo a pedir os merced,
Que me hagáis en este día,
Y es que aquesse don Rodrigo
Por marido yo os pedía.
Tendréme por bien casada,
Honrada me contaría,
Que soy cierta que su hacienda
Ha de ir en mejoría,
Y él mayor en estado
Que en la vuestra tierra había.
Me haréis así gran merced,
Hacéroslo bien vendría,
Porque es servicio de Dios
Y yo le perdonaría
La muerte que dio a mi padre,
Si él éste me concedía”.
El rey tuvo por muy bueno
Lo que Jimena pedía;
Escribiérale sus cartas,
Que viniese, le decía,
A Plasencia donde estaba,

Que es cosa que le cumplía.
Rodrigo, que vio las cartas
Que el rey Fernando le envía,
Cabalgó sobre Babieca²¹
Muchos en su compañía,
Todos eran hijosdalgo²²
Los que Rodrigo traía;
Armas nuevas traían todos,
De un color se vestían;
Amigos son y parientes,
Todos a él lo seguían.
Trescientos eran aquellos
Que con Rodrigo venían.
El rey salió a recibirlo,
Que muy mucho lo quería;
Díjole el rey: “Don Rodrigo,
Agradezco la venida,
Que aquesa Jimena Gómez
Por marido a vos pedía,
Y la muerte de su padre
Perdonada os la tenía:
Yo os suplico que lo hagáis
De ello gran placer habría;
Os he de hacer gran merced,
Muchas tierras os daría”.
“—Pláceme, rey mi señor,

²¹Babieca: Caballo del Cid.

²²Hijosdalgo: Hidalgos, caballeros.

Don Rodrigo respondía,
En esto y en todo aquello
Que tu voluntad sería”.
El rey se lo agradeció;
Desposado los había
El obispo de Palencia,
Y el rey dádole había
A Rodrigo de Vivar
Mucho más que antes tenía,
Y amóle en su corazón,
Que todo lo merecía.
Despidiérase del rey,
Para Vivar se volvía,
Consigo lleva su esposa,
Su madre la recibía;
Rodrigo se la encomienda
Como a su persona misma;
Prometió, como quien era,
Que a ella no llegaría
Hasta que las cinco huestes
De los moros no vencía.





TRAJES DEL CID Y DE JIMENA EN EL DÍA DE SUS BODAS

Domingo por la mañana
Cuando el claro sol salió
Más alegre que otras veces
Por gozar de la ocasión,
Don Rodrigo de Vivar,
El que la palabra dio
De casarse con Jimena,
Ese día la cumplió:
Y para ir a la iglesia
A tomar la bendición,
Por mostrar lo que valía,
¡Oh qué galán que salió!
Que de raso columbino²³

²³Columbino: Color de paloma.

Llevaba un rico Jubón.²⁴
Calza²⁵ colorada y justa,
Porque su gusto ajustó,
Bohemio²⁶ de paño negro,
De raso la guarnición,²⁷
La manga larga y angosta,
Con capilla de buitrón,²⁸
Jaqueta²⁹ lleva de raja,
Y en ella mucho brahón,³⁰
Y las faldetas tan cortas,
Que se parece el jubón:
Lleva un cinto tachonado,
De plata los cabos son,
Pendiente lleva del cinto
Un doblado mocador:³¹
Zapatos lleva de seda
De un amarillo color,
Abiertos y acuchillados
Porque era acuchillador:
Un collar de piedras y oro
Que al muerto suegro sirvió,
La gorra lleva con plumas,

²⁴Jubón: Vestidura antigua, semejante al chaleco.

²⁵Calza: Pantalón de una pieza ajustado al cuerpo.

²⁶Bohemio: Capa corta que usaban los guardias nobles.

²⁷Guarnición: Adornos de encaje.

²⁸Buitrón: Encaje.

²⁹Jaqueta: Chaqueta.

³⁰Brahón: Doble del vestido que ceñía la parte superior del brazo.

³¹Mocador: Pañuelo.

Y un labrado camisón,
Y la tizonada espada
A quien él mucho estimó.
De terciopelo morado
Los tiros y vaina son.
Todos los grandes le aguardan,
Cuantos en la corte son:
Sale el Cid, y hácnle campo
Porque era Cid Campeador.³²
El rey le lleva a su lado,
Que en hacerlo adivinó,
Que de otros muy muchos reyes
Rodrigo le hará señor.
Todos le llevan en medio
En orden y procesión,
Y para ir a la iglesia
Todos se mueven a un son.



³²Cid Campeador: Cid: señor-Campeador: batallador, vencedor.



DON JUAN MANUEL

EL CONDE LUCANOR





DE LO QUE LE ACONTECIÓ A UN HOMBRE QUE IBA CARGADO DE PIEDRAS PRECIOSAS Y SE AHOGÓ EN EL RÍO

Un día dijo el conde Lucanor a Patronio su consejero, que tenía grandes deseos de ir a una de sus tierras, porque allí le habían de dar una partida de dinero y se proponía hacer en ella muchas mejoras; pero que recelaba que si permaneciese allí le podría sobrevenir algún daño, y que le rogaba le aconsejase qué debía hacer.

—Señor conde —dijo Patronio— para que hagáis en esto, a mi entender lo más acertado, sería bueno que supieseis lo que aconteció a un hombre que llevaba una cosa de mucho valor en el cuello y pasaba un río.

Y el conde le preguntó qué fue aquello.

—Señor conde —dijo Patronio— un hombre llevaba una gran cantidad de piedras preciosas a cuestras, y eran tantas que le pesaban mucho; y sucedió que hubo que pasar un gran río, y como llevaba tan gran carga se hundía más que si no la llevase;

y cuando estuvo en lo más hondo del río comenzó a sumergirse mucho.

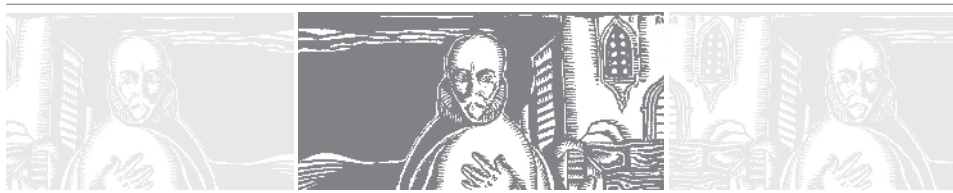
Y un hombre que estaba a la orilla del río empezó a gritar y a decirle que si no arrojaba aquella carga moriría, y aquel mezuquino loco no comprendió que si muriese en el río, perdería el cuerpo y la carga que llevaba, y si la arrojara, aunque perdiese la carga, no perdería el cuerpo. Y por la gran codicia de lo que valían las piedras preciosas que llevaba, no las quiso arrojar, y murió en el río y perdió el cuerpo y perdió la carga que llevaba.

Y vos, señor conde Lucanor, como quiera que del dinero y de otra cosa que pudieris hacer en vuestro favor estaría bien que lo hicieris, os aconsejo que si os hallaseis en peligro quedándoos allí, no os quedéis ni por codicia de dinero ni de nada, y os aconsejo también que nunca os aventuréis si no fuese por cosa que sea de vuestra honra o porque os perjudicarían si no lo hicieris, pues el que poco se precia y por codicia o por devaneo se aventura, creedme que no piensa hacer mucho por él, pues aquel que mucho se estima, es preciso que haga de manera que lo estimen mucho la gente, y no es el hombre estimado porque él se estime mucho, sino porque realice obras que hagan que lo estimen la gente. Y si así fuere, estad cierto de que se estimará bien y no se aventurará por codicia ni por cosa en que no tenga gran honra; pero en lo que se deba aventurar estad seguro que no hay hombre en el mundo que tan pronto aventure su cuerpo como el que vale mucho y mucho se estima.

Y el conde tuvo esto por buen ejemplo y lo hizo así, y por ello le fue muy bien, y como don Juan Manuel entendió que éste era un buen ejemplo, lo hizo escribir en su libro e hizo unos versos que dicen así:

A quien por gran codicia de tener se aventure,
Maravilla será que el bien mucho le dure.





DE LO QUE HACEN LAS HORMIGAS PARA MANTENERSE

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, de esta manera:

—Patronio, alabado sea Dios, yo soy bastante rico y algunos me aconsejan que, puesto que puedo hacerlo, no me preocupe sino de los placeres, de comer y beber; que tengo bastante para mi vida y aun dejaré a mis hijos bien heredados. Y por el buen entendimiento que tenéis, os ruego que me aconsejéis lo que os parezca que debo hacer.

—Señor conde Lucanor —dijo Patronio— como quiera que disfrutar de los placeres es bueno, para que hagáis en esto lo más provechoso, me gustaría que supieseis lo que hace la hormiga para mantenimiento de su vida.

Y el conde le preguntó qué era aquello.

Y Patronio le dijo:

—Señor conde Lucanor, ya veis cuán pequeña cosa es la hormiga, y aparentemente no debería tener una gran percepción;

pero sabréis que cada año al tiempo que los hombres cogen el trigo, salen ellas de sus hormigueros y van a las eras y traen cuanto trigo pueden para su mantenimiento y lo meten en sus casas, y cuando cae la primera agua lo sacan afuera, y la gente dice que lo sacan a secar, y no sabe bien lo que dice, pues no es esa la verdad, ya que sabéis que cuando las hormigas sacan por primera vez el trigo fuera de sus hormigueros, es que cae la primera agua y comienza el invierno, y si ellas cada vez que lloviese tuviesen que sacar el trigo para secarlo, bastante labor tendrían, y además no podrían tener sol para secarlo, pues en el invierno no hay sol con tanta frecuencia como para que lo pudiese secar.

Pero la verdad de por qué ellas lo sacan la primera vez que llueve, es ésta: meten cuanto trigo pueden tener en sus casas de una vez y no se preocupan por otras cosas sino por traer cuanto pueden. Y así que lo ponen a salvo se dan cuenta de que tienen ya lo bastante para su vida, en ese año. Y cuando viene la lluvia y se moja el trigo comienza a nacer, y ellas bien saben que si el trigo nace en los hormigueros, en lugar de servirles, su mismo pan las mataría y les causaría perjuicios. Y entonces lo sacan afuera y comen el corazón que hay en cada grano del que sale la simiente y dejan todo el grano entero, y después, por mucho que llueva, no puede nacer y de él se mantienen todo el año.

Y aun hallaréis que aunque tengan cuanto trigo puedan, cada vez que hace buen tiempo no dejan de acarrear las hierbecitas que hallan, y esto lo hacen temiendo que no les baste aquello que tienen, y mientras tienen tiempo no quieren estar ociosas ni perder el tiempo que Dios les da, si pueden aprovecharlo.

Y vos, señor conde, ya que la hormiga que es tan mezquina cosa, tiene tal entendimiento y hace tanto por mantenerse bien, debéis comprender que no hay razón para que ningún hombre y menos los que han de sostener su posición y gobernar a muchos, el querer siempre comer de lo ganado, pues estad seguro de que por mucho que se tenga, donde cada día sacan y nada ponen, no puede durar mucho, y además parece gran decadencia y falta de corazón. Pero mi consejo es éste: que si queréis comer y divertir os lo hagáis siempre sosteniendo vuestra posición, guardando vuestra honra y notando que, teniendo cuidado como lo tendréis de cumplirlo, pues si mucho tuviereis y bueno quisieréis ser, también tendréis manera de gastarlo en vuestro provecho.

Y al conde le gustó mucho este consejo que Patronio le dio y así lo hizo y le fue bien desde entonces.

Y porque don Juan Manuel utilizó este ejemplo lo hizo poner en su libro e hizo unos versos que dicen así:

No comas siempre lo que has ganado,
Vive tal vida que mueras honrado.

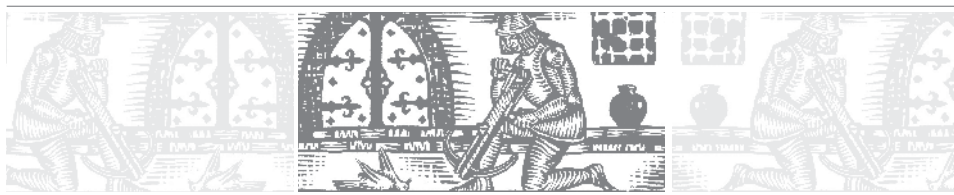




ANÓNIMO

EL PRISIONERO





EL PRISIONERO

Por el mes era de mayo
 Cuando hace la calor,
 Cuando canta la calandria,
 Y responde el ruiseñor,
 Cuando los enamorados
 Van a servir al amor,
 Sino yo triste, cuitado³³
 Que vivo en esta prisión,
 Que ni sé cuándo es de día,
 Ni cuándo las noches son,
 Sino por una avecilla
 Que me cantaba al albor:³⁴
 Matómela un ballestero,³⁵
 Déle Dios mal galardón!³⁶

³³Cuitado: Afligido.

³⁴Albor: Aurora, amanecer.

³⁵Ballestero: El que manejaba la ballesta, máquina antigua que se usaba en la guerra para arrojar piedras y saetas gruesas.

³⁶Galardón: Recompensa.



ANÓNIMO

EL CONDE ARNALDOS





EL CONDE ARNALDOS

¡
Quién hubiese tal Aventura
Sobre las aguas del mar,
Como hubo el conde Arnaldos
La mañana de San Juan!
Con un halcón en la mano
Iba la caza a cazar.
Vio venir una galera
Que a tierra quiere llegar.
Las velas traían de seda,
Y las jarcias de cendal;³⁷
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar
Que la mar ponía en calma,
Los vientos hacen amainar,³⁸

³⁷Cendal: Tela de seda muy delgada y transparente.

³⁸Amainar: Ceder en intensidad.

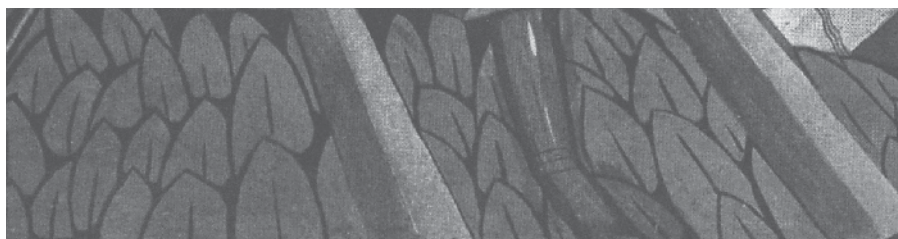
Los peces que en lo hondo andan
Arriba los hace andar,
Las aves que andan volando
Hace en el mástil posar.
Allí habló el conde Arnaldos,
Bien oiréis lo que dirá:
—Por Dios te ruego, marinero,
Enséñame ese cantar.
Respondióle el marinero,
Tal respuesta le fue a dar:
—Yo no digo esta canción
Sino a quien conmigo va.

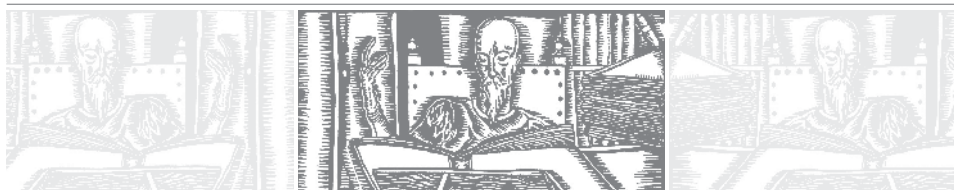




MIGUEL DE CERVANTES

DON QUIJOTE





DE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DEL FAMOSO HIDALGO

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana de honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los 40, y una sobrina que no llegaba a los 20, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los 50 años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la casa. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores

que deste caso escriben: aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración del no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballería con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas enricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: “La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura”. Y también cuando leía: “... los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza”.

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mesmo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro

y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar —que era hombre docto, graduado en Sigüenza—, sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes.

Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la tierra, entre los brazos. Decía mucho biendel gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reynaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía y aun a su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo

mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque —según se decía él a sí mismo— no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera, que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre, a su parecer alto, sonoro

y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar Don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse Don Quijote de la Mancha, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él: “Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo o, finalmente, le venzo y le rindo, no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: ‘Yo señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la

ínsula Malindrania a quien venció en sigular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante”. ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos, y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural de Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

(Una vez arreglados estos detalles, Don Quijote partió una mañana, antes del día, sin prevenir de su intención a persona alguna; pero, apenas en el campo, advirtió que no era caballero armado y que no podía ni debía tomar armas contra ninguno de ellos, según lo definiera claramente la ley de su orden. Así, pues, en una venta que a él pareció castillo, como las personas ahí reunidas le conociesen su locura, fue armado caballero andante. Regresó Don Quijote a su aldea para recoger dineros y algunos otros menesteres indispensables, de cuya administración se encargaban ordinariamente los escuderos. La gloria de ser el suyo recayó en Sancho Panza, hombre rústico y de buen juicio, a quien la promesa de gobernar una de las tantas ínsulas

que ganaría Don Quijote, le indujo a seguir sus peregrinaciones. Prevenido, pues, cuando fue necesario, salió nuevamente de su aldea, caballero en Rocinante y seguido, al paso de un borrico rucio, por Sancho Panza. De ahí en adelante empezaron a menudear sobre ellos tantas y tan regocijadas aventuras, que sólo reproducimos algunas de las muy principales, tal como las escribió el autor de esta ingeniosa historia).





DE LA JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO

En esto, descubrieron 30 o 40 molinos de viento que hay en aquel campo, y así como Don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, dónde se descubren 30, o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo— de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió Don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual, visto por Don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo galope a Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

—¡Válame Dios! —dijo Sancho.— ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calle, amigo Sancho —respondió Don Quijote—; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros³⁹ ha vuelto estos gigantes en molinos para quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.

Y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y

³⁹El cura y el barbero de la aldea aprovecharon la primera salida de Don Quijote para cegar las puertas del aposento en que tenía sus libros, lo cual fue atribuido a encantamiento del sabio Frestón.

Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina o roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel que me imagino, y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios —dijo Sancho—; yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad —respondió Don Quijote—; y si no me quejo del dolor es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo qué replicar —respondió Sancho—; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de réir Don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podía muy bien quejarse cómo y cuándo quisiese, sin gana o con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas

lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que, muchas y muy regocijadamente, la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dio un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.

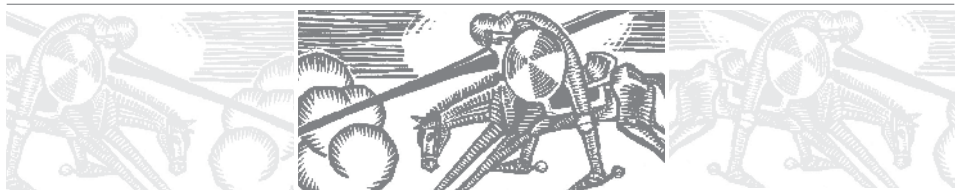
—Aquí —dijo en viéndole Don Quijote— podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden son canallas y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor —respondió Sancho—, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto; y más, que yo de mí me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo menos —respondió Don Quijote—; pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré —respondió Sancho—; y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo.





DE LO QUE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON UNOS CABREROS⁴⁰

Fue recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado a Rocinante y a su jumento, se fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa y convidaron a los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse a la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado a Don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno.

⁴⁰Esta aventura sucede a una batalla que libró Don Quijote contra un gallardo vizcaíno, de la cual salió el primero con una oreja mal herida.

Viéndole en pie su amo, le dijo:

—Por que veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buen gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguala.

—¡Gran merced! —dijo Sancho—; pero sé decir a vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y a mis solas como sentado a par de un emperador. Y aun, si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Ansí que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo.

—Con todo eso, te has de sentar; porque a quien se humilla, Dios le ensalza.

Y asíéndole por el brazo, le forzó a que junto del se sentase. No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos

y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar, y mirar a sus huéspedes, que, con mucho donaire y gana, embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanas, y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba, en esto, ocioso el cuerno, porque andaba a la redonda tan a menudo —ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria—, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas,

con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para la defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y hiedra, entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señeras, sin temor

que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto, como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga —que se pudiera muy bien excusar— dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimesmo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque.

Más tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena; al fin de la cual uno de los cabreros dijo:

—Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena

voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo, sabe leer y escribir y es músico de un rabel, que no hay más que desear.

Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó a sus oídos el son del rabel, y de allí a poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta 22 años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respondiendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

—De esta manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así, te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.

—Que me place —respondió el mozo.

Y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y, templando su rabel, de allí a poco, con muy buena gracia, comenzó a cantar.

Cuando dio el cabrero fin a su canto, aunque Don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oír canciones. Y así, dijo a su amo:

—Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche; que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando.

—Ya te entiendo, Sancho —le respondió Don Quijote—; que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

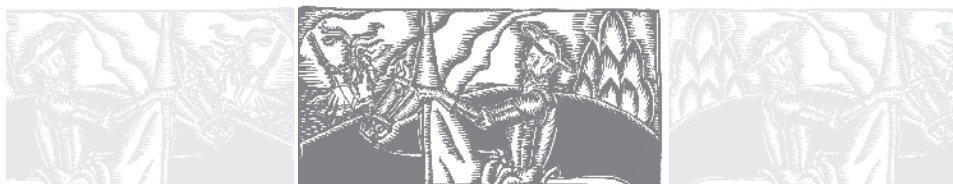
—A todo nos sabe bien, bendito sea Dios —respondió Sancho.

—No lo niego —replicó Don Quijote—; pero acomódate tú donde quisieres; que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo. Pero, con todo esto, sería bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba, y, viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena; que él pondría remedio con que fácilmente se sanase. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y, aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fue la verdad.

(El cura y el barbero de la aldea, deseosos de apartar a Don Quijote de sus andanzas, acordaron que un bachiller, de nombre Sansón Carrasco, se disfrazase de caballero y le presentase batalla bajo compromiso de obedecer el vencido las órdenes del vencedor, que si lo fuera el bachiller ordenaría a Don Quijote que se retirase de la andante caballería por no menos de los dos años. Así convenido, sucedieron las cosas como se verá adelante).





LA EXTRAÑA AVENTURA DEL CABALLERO DE LOS ESPEJOS

Dormitaba Don Quijote al pie de una robusta encina, cuando le despertó un ruido que sintió a sus espaldas, y levantándose con sobresalto, se puso a mirar y a escuchar de dónde procedía y vio que eran dos hombres a caballo, y que el uno, dejándose derribar de la silla, dijo al otro:

—Apéate, amigo, y quita los frenos a los caballos, que, a mi parecer, este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos.

El decir esto y el tenderse en el suelo todo fue a un mismo tiempo; y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venía armado, manifiesta señal por donde conoció Don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose a Sancho, que dormía, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo:

—Hermano Sancho, aventura tenemos.

—Dios nos la dé buena —respondió Sancho—. Y ¿adónde está, señor mío, su merced de esa señora aventura?

—¿Adónde, Sancho? —replicó Don Quijote—. Vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que, a lo que a mí se me trasluce, no debe de estar demasadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas.

—Pues ¿en qué halla vuestra merced —dijo Sancho— que ésta sea aventura?

—No quiero yo decir —respondió Don Quijote—, que ésta sea aventura del todo, sino principio della; que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha; que, a lo que parece, templando está una laúd o vigüela, y, según escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

—A buena fe que es así —respondió Sancho—, y que debe de ser caballero enamorado.

—No hay ninguno de los andantes que no lo sea —dijo Don Quijote—. Y escuchémosle, que por el hilo secaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta; que de la abundancia del corazón habla la lengua.

Replicar quería Sancho a su amo; pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atentos, oyeron que lo que cantó fue este

Soneto

—Dadme, señora, un término que siga,
conforme a vuestra voluntad cortado;
que será de la mía así estimado,
que por jamás un punto del desdiga.
Si gustáis que callando mi fatiga

muera, contadme ya por acabado:
si queréis que os la cuente en desusado
modo, haré que el mismo amor la diga.
A prueba de contrarios estoy hecho,
de blanda cera y de diamante duro,
y a las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es, o fuerte, ofrezco el pecho;
entallad o imprimid lo que os dé gusto;
que de guardarlo eternamente juro.

Con un ¡ay! arrancado, al parecer, de lo íntimo de su corazón, dio fin a su canto el Caballero del Bosque, y de allí a un poco, con voz doliente y lastimada, dijo:

—¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Cómo que será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos éste tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y, finalmente, todos los caballeros de la Mancha?

—Eso no —dijo a esta sazón Don Quijote—, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, no podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial a la belleza de mi señora; y este tal caballero ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos: quizá se declarará más.

—Si hará —replicó Sancho—; que término lleva de quejarse un mes arreo.

Pero no fue así, porque habiendo entreoído el Caballero del Bosque que hablaban cerca de él, sin pasar delante en su lamentación, se puso en pie y dijo con voz sonora y comedida:

—¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura de la del número de los contentos, o de la del de los afligidos?

—De los afligidos —respondió Don Quijote.

—Pues lléguese a mí —respondió el del Bosque—, y hará cuenta que se llega a la misma tristeza y a la aflicción misma.

Don Quijote, que se vio responder tan tierna y comedidamente, se llegó a él, y Sancho ni más ni menos.

El caballero lamentador asió a Don Quijote del brazo, diciendo:

—Sentaos aquí, señor caballero; que para entender que los sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.

A lo que respondió Don Quijote:

—Caballero soy, y de la profesión que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della compasión que tengo de las ajenas desdichas. De lo que cantastes poco ha colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que tenéis a aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombraste.

Ya cuando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra, en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas.

—Por ventura, señor caballero —preguntó el del Bosque a Don Quijote—, ¿sois enamorado?

—Por desventura lo soy —respondió Don Quijote—; aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos antes se deben tener por gracias que por desdichas.

—Así es la verdad —replicó el del Bosque—, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos, parecen venganzas.

—Nunca fui desdeñado de mi señora —respondió Don Quijote.

—No, por cierto —dijo Sancho, que allí junto estaba—; porque es mi señora como una borrega mansa; es más blanda que una manteca.

—¿Es vuestro escudero éste? —preguntó el del Bosque.

—Sí es —respondió Don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero —replicó el del Bosque— que se atreva a hablar donde habla su señor; a lo menos, ahí está ése mío, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.

—Pues a fe —dijo Sancho— que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan... Y aun quédese aquí, que es peor meneallo.

El escudero del Bosque asió por el brazo a Sancho, diciéndole:

—Vámonos los dos donde podamos hablar escuderialmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos a estos señores amos nuestros que se den de las astas, contándose las historias de sus amores; que a buen seguro que le ha de coger el día en ellas y no las han de haber acabado.

—Sea en buen hora —dijo Sancho—; y yo le diré a vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos.

Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio como fue grave el que pasó entre sus señores.

Entre muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo a Don Quijote:

—Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, o por mejor decir, mi elección, me trujo a enamorar de la sin par Casildea de Vandalia. Llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina a Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa gigantea de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar, es la más movable y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila y vencíla, y hícela estar queda y a raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez también hubo que me mandó fuese a tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando, empresa más para encomendarse

a ganapanes que a caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra, peligro inaudito y temeroso, y que le trujese particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento a la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñeme en la sima y saqué a luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas, muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes, vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España y haga confesar a todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido a contradecirme. Pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en sólo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal Don Quijote que digo los ha vencido a todos; y habiéndole yo vencido a él, su gloria, su fama, y su honra se ha transferido y pasado a mi persona.

Y tanto el vencedor es más honrado,
Cuanto más el vencido es reputado;

así, que ya corren por mi cuenta y son más las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote.

Admirado quedó Don Quijote de oír al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentís en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así, sosegadamente, le dijo:

—De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido a los más caballeros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido a Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda. Podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no? —replicó el del Bosque—. Por el cielo que nos cubre que peleé con Don Quijote, y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos. Campea debajo del nombre del Caballero de la Triste Figura, y trae por escudero a un labrador llamado Sancho Panza; oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y, finalmente, tiene por señora de su voluntad a una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo; como la mía, que, por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito a la misma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero —dijo Don Quijote—, y escuchad lo que decir os quiero. Habéis de saber que ese Don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo; y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que de él me habéis dado, tan

puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido. Por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos y encantadores —especialmente uno que de ordinario le persigue—; no haya alguno de ellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra. Y para confirmación desto, quiero también que sepáis que los tales encantadores sus contrarios no ha más de dos días que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado a Don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo Don Quijote, que la sustentará con sus armas a pie o a caballo, o de cualquiera suerte que os agradare.

Y diciendo esto, se levantó en pie y se empuñó en la espada, esperando qué resolución tomaría el Caballero del Bosque; el cual, con voz asimismo sosegada, respondió y dijo:

—Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor Don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser. Más porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas a oscuras, como los salteadores y rufianes, esperemos el día, para que el sol vea nuestras obras. Y ha de ser condición de nuestra batalla que el vencido ha de quedar a la voluntad del vencedor, para que haga dél todos lo que quisiere, con tal que sea decente a caballero lo que se le ordenare.

—Soy más que contento de esa condición y conveniencia —respondió Don Quijote.

Y en diciendo esto, se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les saltó el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen a punto los caballos, porque en saliendo el sol habían de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla; a cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos a buscar su ganado; que ya todos tres caballos y el rucio se habían oído y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque a Sancho:

—Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen. Dígolo porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero —respondió Sancho—, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso. A lo menos, yo no he oído decir a mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería. Cuanto más que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviese puesta a los tales pacíficos escuderos que yo aseguro que no pase de dos

libras de cera, y más quiero pagar las tales libras; que sé que me costarán menos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes. Hay más: que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio —dijo el del Bosque—: yo traigo aquí dos talegas de lienzo, de un mismo tamaño; tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos a talegazos, con armas iguales.

—De esa manera, sea en buena hora —respondió Sancho—; porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.

—No ha de ser así —replicó el otro—; porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño.

—¡Mirad, cuerpo de mi padre —respondió Sancho—, qué martas cebollinas o qué copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos! Pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros; que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos para que se acaben antes de llegar su sazón y término y que se cayan de maduras.

—Con todo —replicó el del Bosque—, hemos de pelear siquiera media hora.

—Eso no —respondió Sancho—; no seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna, por mínima que sea; cuanto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar a reñir a secas?

—Para eso —dijo el del Bosque— yo daré un suficiente remedio; y es que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente a vuesa merced y le daré tres a cuatro bofetadas, que dé con él a mis pies; con las cuales haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.

—Contra ese corte sé yo otro —respondió Sancho—, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue a despertarme la cólera, haré yo dormir a garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo; en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie. Y cada uno mire por el virote; aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera a cada uno; que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por la lana que vuelve trasquilado; y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve león, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme; y así, desde ahora íntimo a vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien —replicó el del Bosque—. Amanecerá Dios y medraremos.

En esto, ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca aurora,

que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimesmo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófár; los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dio lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacía sombra a todo el cuerpo. Cuéntese, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amoratado, como de berenjena; bajábale dos dedos más debajo de la boca; cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, comenzó a herir de pie y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazón de dejarse dar 200 bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quijote miró a su contendor y hallále ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta o casaca, de una tela, al parecer, de oro finísimo, sembradas por ellas muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada a un árbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; antes con gentil denuedo dijo al Caballero de los Espejos:

—Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde a la de vuestra disposición.

—O vencido o vencedor que salgáis desta empresa, señor caballero —respondió el de los Espejos—, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago a vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio a la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.

—Pues en tanto que subimos a caballo —dijo Don Quijote—, bien podéis decirme si soy yo aquel Don Quijote que dijisteis haber vencido.

—A eso vos respondemos —dijo el de los Espejos— que parecéis, como se parece un huevo a otro, al mismo caballero que yo vencí; pero según vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido o no.

—Eso me basta a mí —respondió Don Quijote— para que crea vuestro engaño; empero, para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos; que en menos tiempo que el que tardáades en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido Don Quijote que pensáis.

Con esto, acortando razones, subieron a caballo, y Don Quijote volvió las riendas a Rocinante para tomar lo que convenía del campo, para volver a encontrar a su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos. Pero no se había apartado Don Quijote 20 pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos dijo:

—Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar a discreción del vencedor.

—Ya la sé —respondió Don Quijote—; con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende —respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto a la vista de Don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho; tanto, que le juzgó por algún monstruo, o por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vio partir a su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo el narigudo temiendo que con sólo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe, o del miedo, tendido en el suelo, y fuese tras de su amo, asido a una acion de Rocinante; y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo:

—Suplico a vuesa merced, señor mío, que antes que vuelva a encontrarse me ayude a subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más a mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho —dijo Don Quijote—, que te quieres encaramar y subir en andamio para ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga —respondió Sancho—; las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo a estar junto a él.

—Ellas son tales —dijo Don Quijote—, que a no ser yo quien soy, también me asombraran; y así, ven: ayudarte he a subir donde dices.

En lo que se detuvo Don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habría hecho Don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas a su caballo —que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante—, y a todo su correr, que era un mediano trote, iba a encontrar a su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y paróse en la mitad de la carretera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, a causa de que ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas a las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo; porque todas las demás siempre fueron trotes declarados, y con ésta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando a su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló Don Quijote a su contrario embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, o no acertó, o no

tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, a salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos, con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que, sin mover pie ni mano, dio señales de que estaba muerto.

Apenas le vio caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque y a toda priesa vino donde su señor estaba; el cual, apeándose de Rocinante, fue sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vio... ¿Quién podrá decir lo que vio, sin causar admiración, maravilla, y espanto a los que lo oyeron? Vio, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del bachiller Sansón Carrasco; y así como la vio, en altas voces dijo:

—¡Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer! ¡Aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia; lo que pueden los hechiceros y los encantadores!

Llegó Sancho, y como vio el rostro del bachiller Carrasco, comenzó a hacerse mil cruces y a santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo a Don Quijote:

—Soy de parecer, señor mío, que, por sí o por no, vuestra merced hincue y meta la espada por la boca a éste que parece el bachiller Sansón Carrasco: quizá matará en él a alguno de sus enemigos los encantadores.

—No dices mal —dijo Don Quijote—; porque de los enemigos, los menos.

Y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho y a grandes voces dijo:

—Mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quijote; que ése que tiene a los pies es el bachiller Sansón Carrasco, su amigo, y yo soy su escudero.

Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo:

—¿Y las narices?

A lo que él respondió:

—Aquí las tengo, en la faldriquera.

Y echando mano a la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manufactura que quedan delineadas. Y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande, dijo:

—¡Santa María, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre?

—Y ¡cómo si lo soy! —respondió el ya desnarigado escudero— Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido; y en tanto, pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos, que a sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado del bachiller Sansón Carrasco, nuestro compatriota.

En esto, volvió en sí el de los Espejos; lo cual visto por Don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo:

—Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza a vuestra Casildea

de Vandalia; y demás de eso habéis de prometer —si de esta contienda y caída quedáredes con vida— de ir a la ciudad del Toboso y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habéis de volver a buscarme —que el rastro de mis hazañas os servirá de guía, que os traiga donde yo estuviere—, y a decirme lo que con ella hubiéredes pasado; condiciones que, conforme a las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería.

—Confieso —dijo el caído caballero— que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia a la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís.

—También habéis de confesar y creer —añadió Don Quijote— que aquel caballero que vencistes no fue ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecís el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís —respondió el derregado caballero—. Dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene.

Ayudóle a levantar Don Quijote y tomó Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas cuyas

respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía; mas la aprehensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habían mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco no le dejaba dar crédito a la verdad, que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero, mohínos y malandantes, se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intención de buscar algún lugar donde bizmarle, y entablarle las costillas.





DE CÓMO DON QUIJOTE ENFERMÓ, Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO, Y DE SU MUERTE

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Éstos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenía aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase, para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga, que mal año para

cuantas Sanazaro había compuesto, y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba Don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo, que por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejaran solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas; tanto que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo:

—¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío, y parecióronle más concertadas que él solía decirlas, a lo menos, en aquella enfermedad, y preguntóle:

—¿Qué es lo que vuestra merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, o qué pecados de los hombres?

—Las misericordias —respondió Don Quijote—, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien,

como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecocos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos: al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

Pero de este trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vio Don Quijote, cuando dijo:

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron, sin duda, que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con

eso? Y ¿agora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí —replicó Don Quijote—, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa; déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano.

Miráronse unos a otros, admirados de las razones de Don Quijote, y, aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo; porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a hacer creer que estaba cuerdo.

Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El bachiller fue por el escribano, y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza; el cual Sancho —que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor—, hallando a la ama y a la sobrina llorosas, comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas. Acabóse la confesión, y salió el cura, diciendo:

—Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza su buen escudero; de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto Don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno, a secas, y en tanto que fue Don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían. Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas, dijo:

—Item, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece. Y volviéndose a Sancho, le dijo:

—Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en el que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay! —respondió Sancho, llorando—. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre

en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desu cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos a la señor doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.

—Así es —dijo Sansón—, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destes casos.

—Señores —dijo Don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano. —Item, mando toda mi hacienda a puerta cerrada, a Antonia Quijano, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacción que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más 20 ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sansón Carrasco, que están presentes. —Item, es mi voluntad que si Antonia Quijano, mi sobrina, quisiere

casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y, con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías, a su voluntad. —Item, suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente se pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después de éste donde hizo el testamento, se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. En fin, llegó el último día de Don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió.

Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente Don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, e hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete⁴¹ puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.



⁴¹Supuesto escritor árabe a quien atribuye Cervantes la historia de Don Quijote.



FRANCIA

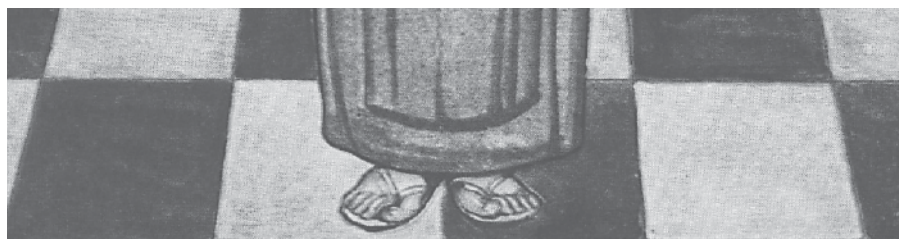




CONTADO POR ANATOLE FRANCE

EL JUGLAR DE NUESTRA SEÑORA

ÓPERA EN TRES ACTOS | MÚSICA DE JULES MASSENET Y LIBRETO EN FRANCÉS DE MAURICE LÉNA





EL JUGLAR DE NUESTRA SEÑORA

I

En tiempo del rey Luis había en Francia un pobre juglar⁴² llamado Bernabé, que iba de pueblo en pueblo haciendo títeres.

Los días de feria extendía sobre la plaza pública una vieja alfombra, y después de haber atraído a los niños desocupados con frases graciosas, oídas por él a otro juglar muy viejo y de las cuales no variaba nunca ni una palabra, hacía contorsiones y sostenía un platito de estaño en equilibrio sobre su nariz.

La muchedumbre le miraba al principio con indiferencia; pero cuando con las manos en el suelo, cabeza abajo, lanzaba al aire y recogía sucesivamente con los pies seis bolas de metal que brillaban al sol, o cuando después de apoyar la nuca sobre los talones, convertido su cuerpo en una rueda, en tan difícil postura lanzaba y recogía con las manos 12 cuchillos, un murmullo de admiración se alzaba entre la concurrencia, y las monedas de cobre llovían sobre la alfombra.

⁴²Juglar: El que por dinero recitaba, cantaba y bailaba.

Sin embargo, como la mayoría de los que sólo cuentan con sus talentos, Bernabé vivía con mucha dificultad.

No podía trabajar cuanto deseaba. Para lucir sus habilidades, como los árboles para dar flores y frutos, necesitaba el calor del sol y la del día. Durante los inviernos no era más que un árbol despojado de sus hojas y casi muerto. La tierra helada era dura para el juglar.

Soportaba el frío y el hambre durante la estación inclemente. Pero su corazón era sencillo y sufría con paciencia sus males.

Jamás había reflexionado acerca del origen de las riquezas, ni de la desigualdad de las condiciones humanas; y tenía la certeza de que si este mundo es malo el otro no puede dejar de ser bueno. Esta esperanza le fortalecía. Nunca se le ocurrió imitar a los danzantes, ladrones y descreídos que venden su alma al diablo; nunca blasfemaba el nombre de Dios; vivía decorosamente.

Al entrar en una iglesia nunca dejaba de arrodillarse ante la imagen de la madre de Dios; a la cual dirigía esta plegaria:

“Señora, os encomiendo mi vida hasta que Dios disponga que yo muera; y cuando esté muerto, interceded por mí para que no se me nieguen los goces del Paraíso”.

II

Pero una noche, después de un día de lluvia, mientras iba triste y encorvado con sus bolas y sus cuchillos envueltos en su vieja alfombra debajo del brazo, en busca de alguna granja donde poder acostarse, sin cenar: encontró en su camino a un fraile

y le hizo un saludo cortés. Como estaban solos y llevaban la misma dirección, hablaron.

—Compañero —dijo el fraile— ¿Por qué vais vestido de verde? ¿Acaso representáis en algún misterio un personaje de loco?

—No es eso, padre mío —respondióle—. Tal como me veis, me llamo Bernabé y mi oficio es el de juglar. Sería la ocupación más grata del mundo si diera de comer a diario.

—Amigo Bernabé —replicó el fraile— reflexionad lo que decís; el mejor empleo para el hombre es el estado monástico, en el cual se celebran las alabanzas de Dios, de la Virgen y de los santos, porque la vida religiosa es un perpetuo cántico al Señor.

Bernabé respondió:

—Padre mío, confieso que hablé como un ignorante. Vuestra profesión no puede compararse con la mía, y aun cuando es meritorio bailar mientras se sostiene en la punta de la nariz un maravedí⁴³ en equilibrio sobre un palo, este mérito dista mucho del vuestro. También me agradaría, padre mío, cantar a diario en el oficio, como lo hacéis, y especialmente en el oficio de la Santa Virgen, a quien dedico una devoción especial.

Interesó al fraile la sencillez del juglar, y como no le faltaba discernimiento, reconoció en Bernabé a uno de esos hombres de buena voluntad de quienes Nuestro Señor ha dicho: “Que la paz sea con ellos sobre la tierra”. En vista de lo cual le dijo:

—Amigo Bernabé, venid conmigo y os llevaré al convento de que soy prior.⁴⁴

⁴³Maravedí: Nombre de una moneda antigua de Castilla.

⁴⁴Prior: Superior o prelado ordinario de algunos conventos. En otros segundo prelado después del abad.

De esto modo Bernabé se hizo fraile. En el convento donde fue recibido, los religiosos rivalizaban para celebrar el culto de la Virgen lo más posible, y cada uno empleaba en servirla todo el saber y todas las habilidades que Dios le había dado.

III

Ante aquel concurso de alabanzas y ante aquella hermosa cosecha de obras, Bernabé se lamentaba de su ignorancia y de su sencillez.

—¡Ay! —suspiraba mientras recorría, siempre solo, el jardinillo sin sombra del convento. —Soy muy desdichado porque no puedo, como lo hacen todos, loar dignamente a la Santa Madre de Dios. Aun cuando siempre le consagro toda mi ternura, por desgracia soy un hombre rudo y sin arte, y no dispongo para serviros, señora Virgen, ni de sermones edificantes, ni de tratados bien divididos según las reglas, ni de finas pinturas, ni de estatuas perfectamente esculpidas, ni de versos hechos con medida. ¡No tengo nada!

Gemía de este modo, abrumado por su tristeza. Un día que los frailes se recreaban en conversación, oyó de labios de uno de ellos la historia de un religioso que sólo sabía recitar el Ave María. Este religioso era despreciado por su ignorancia, pero al morir le salieron de la boca cinco rosas en honor de las cinco letras del nombre de María, y su santidad quedó de este modo manifiesta.

Al oír aquel relato Bernabé admiró una vez más la piedad de la Virgen; pero no bastó a consolarle el ejemplo de aquella

muerte bienaventurada, porque su corazón ansiaba servir a la gloria de la Señora que está en los cielos.

Buscó la manera, inútilmente, y se afligía cada vez más; pero al despertar una mañana, radiante de júbilo corrió a la capilla y estuvo solo allí durante más de una hora. Después de comer volvió a entrar en la capilla, y desde entonces iba diariamente a la hora en que se hallaba solitaria, mientras los demás frailes se complacían en sus trabajos y estudios. Ya nunca estaba triste ni condolido.

Su extraña conducta excitó la curiosidad de los frailes.

Preguntábanse unos a otros en la comunidad por qué razón el hermano Bernabé se retiraba con tanta frecuencia.

El prior, obligado a conocer la conducta de sus religiosos, resolvióse a observar a Bernabé durante su retiro. Un día, mientras Bernabé se hallaba solo, encerrado como de costumbre en la capilla, el prior acercóse acompañado de dos viejos frailes, para observar por la rendija de la puerta lo que ocurría en el interior.

Vieron a Bernabé ante el altar de la santa Virgen, cabeza abajo, lanzando con los pies seis bolas de cobre y seis cuchillos. En honor de la Santa Madre de Dios repetía los ejercicios que le valieron siempre más alabanzas. Sin comprender que aquel hombre sencillo consagraba de aquel modo su talento y su destreza en servicio de la Santísima Virgen, los dos frailes creyeronle sacrílego.

El prior no ignoraba que Bernabé tenía el alma inocente, pero supuso que se había vuelto loco.

Se aprestaban los tres a sacarle a viva fuerza de la capilla, cuando vieron a la Santísima Virgen descender por las gradas

del altar y enjugar con un pico de su manto azul el sudor que brotaba de la frente de su juglar.

Entonces el prior prosternó la cabeza contra las losas y recitó estas palabras:

—Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

—¡Amén! —respondieron los dos frailes viejos, y besaron la tierra.

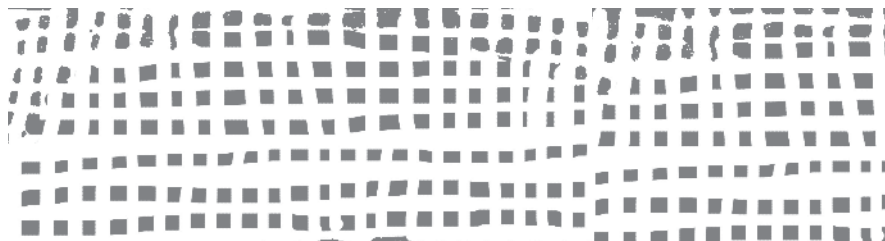




ANÓNIMO

LA LEYENDA DE TRISTÁN E ISOLDA

LEYENDA DEL CICLO ARTURIANO





INFANCIA DE TRISTÁN

¿ Queréis, señores, oír un hermoso cuento de amor y de muerte?

Es el de Tristán y de Isolda, la reina. Oid cómo se amaron y murieron.

En los antiguos tiempos reinaba el rey Marcos en Cornualles de Inglaterra. Al saber que sus enemigos se preparaban a guerrear contra él, su amigo, el rey Rivalen, cruzó el mar para llevarle su ayuda. Le sirvió con la espada y con el consejo como le hubiera servido un vasallo y, en recompensa de su fidelidad, Marcos le entregó en matrimonio a la princesa Blanca Flor, hermana suya a quien el rey Rivalen amaba con maravilloso amor. Apenas desposado con ella, la noticia de que su viejo enemigo el duque Morgan había, durante su ausencia, invadido su reino y arruinado sus burgos y sus campos, le hizo embarcar en compañía de Blanca Flor, hacia la tierra lejana. Frente al Castillo de Canoel desembarcó, confiando la vida de la reina a la salvaguardia de su mariscal Roalt a quien todos, en consideración de su lealtad, llamaban “el fiel Roalt”. Reunió el rey a sus barones y partió con ellos a la lucha.

Blanca Flor le esperó largos años. No regresó jamás. Un día supo que el Duque Morgan le había dado muerte traidora. No lloró. Ni gritos ni lamentos escaparon de su boca, pero sus miembros tornáronse débiles y vanos. Quiso su alma, en la fuerza del deseo, arrancarse de su cuerpo. Roalt buscó en vano palabras de consuelo: ella no las escuchaba. Durante tres días trató de unirse a su esposo muerto. Al cuarto día a luz un hijo. Tomándolo en sus brazos exclamó: —“Desde hace tiempo deseaba verte y veo en ti la criatura más hermosa que haya nacido de mujer. En mi tristeza naces y triste es la primera fiesta con que te halago. Sólo por ti tengo pena de morir. Y puesto que viniste al mundo en la tristeza, te llamarás Tristán”. Lo besó y murió.

Roalt recogió al huérfano. Los hombres del duque Morgan rodeaban ya el Castillo de Canoel. Roalt tuvo que rendirse, pero temiendo que Morgan tratara de dar muerte al hijo de Rivalen, le hizo pasar por suyo y le dejó entre sus hijos. Enseñóle a manejar la lanza, la espada, el escudo y el arco, a lanzar los discos de piedra, a saltar las zanjás más profundas, a odiar toda mentira, a socorrer a los débiles y a sostener la palabra empeñada. Tenía orgullo de él como si hubiera sido hijo de su sangre y recordando la vida de Rivalen y de Blanca Flor, de quienes Tristán tenía la juventud y la gracia pensativa, Roalt lo respetaba en su corazón, como al hijo de su amo. Su felicidad no fue duradera. Unos mercaderes de Noruega invitaron a Tristán para que visitara su barco e hicieron de él su presa. Mientras que el velero navegaba hacia tierras desconocidas, Tristán bregaba inútilmente por escapar.

Pero a mal puerto lleva el mar las naves traidoras y la tempestad persiguió durante ocho días al velero de los piratas. Una noche, al comprender que el robo de Tristán había encolerizado a las fuerzas del océano, colocáronlo en una barca los marineros noruegos. El mar se quietó al instante y Tristán aterrizó sobre la arena de una playa desconocida.

A poco de andar por entre un bosquecillo de pinos salvajes, las voces de algunos oficiales que andaban de caza y los ladridos de los perros que les precedían, alegraron el corazón de Tristán.

Unióse al tropel y maravilló a todos por sus gentiles maneras y la cortesía de su hablar. No quiso, por prudencia, darse a conocer como caballero e hizo pasar por hijo del mercader de un país extraño. Los cazadores, siervos del rey Marcos, de quien Tristán era, sin saberlo, el único sobrino, lo condujeron ante su trono y a todos plugo su buen continente y gracia varonil. Pronto sedujo el corazón del rey Marcos que había llegado a la madurez de su edad sin hijos ni parientes, pues no cesaba de lamentar la muerte de su hermana Blanca Flor.

Tres años había vivido Tristán en la corte de Cornualles, gozando de la estimación del rey y de los barones de su feudo, cuando Roalt, que había viajado durante ese tiempo en su busca, acertó a visitar el país de Inglaterra. Al descubrirlo, hizo al rey el relato del nacimiento de Tristán. Marcos armó caballero al joven y lo reconoció sobrino suyo.

Poco tardó Tristán en reconquistar el reino de su padre, valido del apoyo que su tío le ofreciera. Mas, comprendiendo que al rey Marcos no podría sonreírle su ausencia, reunió a sus

vasallos y les habló así: “Señores. He reconquistado este país y vengado la muerte del rey Rivalen, gracias a Dios y a vosotros. He vuelto, pues, a mi padre, los derechos que eran suyos. Pero no quiero olvidar ni a Roalt ni al rey Marcos quienes socorrieron al huérfano y al peregrino. A ellos también considero padres. En vista de que un caballero sólo dos cosas posee: tierra y cuerpo, cedo la primera a Roalt y abandono este país para devolver al rey Marcos mi presencia. Tal es mi deseo, pero antes de decirme, espero vuestro consejo”.

Los barones, en silencio, encomiaron con lágrimas el generoso desprendimiento de Tristán, y éste, acompañado de su maestro Govenal, se dirigió a la tierra de Cornualles.





LA BELLA DE LOS CABELLOS DE ORO

Vivían en la corte del rey Marcos cuatro barones, los más desleales y pérfidos de los hombres. Odiaban a Tristán por su hermosa gallardía y, sobre todo, por el tierno amor que el monarca le dispensaba. Señores, bien sabré deciros sus nombres: Andrés, Ganelón, Gondoño y Denolao. Comprendiendo que, a la muerte del rey —puesto que no tenía hijos que le heredaran— pasarían el gobierno a manos de Tristán, sugirieron la necesidad de que el soberano buscara esposa para darle un heredero legítimo al trono de Cornualles. Persuadieron en contra de Tristán, al mayor número de los barones e hicieronlo aparecer mago, pues decían no ser a nadie natural el poder de encanto y grande simpatía de que usaba con todos en su trato y amistad. Así la corte entera urgió al rey Marcos se casara con la hija del algún rey de un pueblo amigo, de lo que el viejo príncipe concibió gran tristeza en su corazón.

El mismo Tristán, temeroso de que se interpretara como ambición su silencio, lo amenazó con abandonar el reino si no

contraía pronto las nupcias que el pueblo reclamaba. Marcos aplazó aún por algunas semanas su resolución.

El día señalado para hacerla conocer a los barones de la corte, se hallaba Marcos solo, en su estancia, cuando por la ventana abierta al mar, dos golondrinas, que a la sazón estaban construyendo sus nidos, entraron, y asustadas por la presencia de un hombre, volaron de nuevo en el aire azul de la mañana. Habían dejado caer, de sus picos, un cabello de mujer más fino que el hilo de la seda y más brillante que un rayo de sol.

Marcos lo recogió y llamando a los barones, entre quienes se encontraba Tristán, díjoles con voz firme:

—“Para complaceros, señores, tomaré hija de rey por esposa, siempre que consigáis a quien he escogido”.

—“Así lo haremos”, contestaron los barones.

—“He escogido a aquella de quien fuere el cabello de oro que tengo entre las manos”.

—“¿De dónde os vino el cabello de oro? ¿Quién os lo trajo?”, interrogaron los señores, desconfiando no fuera ésta, argucia de Tristán, aconsejada al rey.

—“Trajéronmelo, dijo Marcos, dos golondrinas”.

Una oleada de descontento corrió entre las filas de los caballeros reunidos.

—“Rey Marcos, exclamó Tristán, obráis equivocadamente. ¿No veis acaso que las sospechas de vuestros vasallos me deshonran? Pero habéis en vano preparado este ardid. Yo mismo buscaré a la hermosa de los cabellos de oro y, o habré de morir en la empresa, u os la daré, de mi mano, por esposa y reina”.

Preparó una hermosa nave, reunió en ella a cien caballeros y, cuando el piloto le preguntó el rumbo, dijo Tristán:

—“Vamos, amigo, al país de Irlanda”.

Los marineros temblaron al oír la orden de Tristán. Hacía muchos años que Irlanda y Cornualles vivían en constante guerra y hostilidad. Pero les tranquilizó la serena mirada de Tristán y el consejo de hacerse pasar por la tripulación de un buque mercante.

Los mismos caballeros cambiaron sus ropas de brocado y nobles sedas por los vestidos más humildes, propios de los comerciantes de la época. Así, desembarcaron en Irlanda y vivieron en ella por espacio de varias semanas. Al fin de las cuales, Tristán, que se había enterado de la existencia de un dragón que amagaba los contornos, decidió salir a darle muerte, pues según rezaban los bandos reales, la recompensa ofrecida al vencedor del dragón era la mano de Isolda la rubia, hija del rey de Irlanda.

Armóse, en secreto, y, un día, al rayar el alba, cuando no había en las calles del puerto nadie que le viera salir de la nave de los falsos mercaderes, atravesó la ciudad y siguió la senda que conducía a la guarida del dragón.

El monstruo tenía los ojos chispeantes como brasas, dos cuernos en la frente, largas orejas velludas, garras de león, cola de serpiente y, como de pez, el cuerpo revestido de escamas.

Tristán lanzó contra él su caballo. La lanza tropezó en las escamas del monstruo, y se rompió en mil pedazos.

El héroe desenvainó su espada y asestó con ella tamaño golpe en el cuello del dragón, capaz de haber hendido el tronco

de una encina, pero inútil para herir a la fiera, que arrojaba por el hocico doble chorro de llamas venenosas. El casco de oro de Tristán se ennegreció bajo aquel soplo maligno; pero el joven, aprovechando la situación de la bestia, le hundi6 la espada en la garganta y le rompi6 en dos mitades el coraz6n. Lanz6 el drag6n, por 6ltima vez, su pavoroso grito y muri6.

C6rtale Tristán la lengua como testimonio de su proeza y h6cese reconocer de los caballeros de la corte de Irlanda en donde produce indignaci6n la presencia de un bar6n armado de Cornualles. A la c6lera sucede el regocijo. Cunde por la ciudad la noticia de la muerte del drag6n y Tristán que se ha hecho merecedor a la mano de la princesa, la rechaza para 6l, pero, con grandes alabanzas, la acepta para su se6or el rey Marcos, sellando as6 pactos de amor y de comercio entre los dos reinos rivales.





EL FILTRO

Cuando llegó el tiempo de entregar a Isolda a los caballeros de Cornualles para que la llevaran a su rey, la madre de la princesa fue al bosque a recoger hierbas, flores y raíces, las mezcló en una poco de vino y aderezó, de esta suerte, un brebaje poderoso. Con ayuda de la magia lo vertió en un ánfora de barro cocido, y, en secreto, dijo a Berengueana, la doncella de Isolda:

—“Seguirás a Isolda al país del rey Marcos, y puesto que la quieres con cariño leal, oye mis palabras y cúmplelas. Esconde este barro de modo que, durante el viaje, ningún ojo le vea ni le toque labio alguno. Pero, en la noche de las bodas, vierte este vino en una copa que deberán beber juntos el rey Marcos y la reina Isolda. Cuida, hija mía, que nadie, sino ellos, beba de este brebaje pues tiene tal virtud que quienes de él beban, se aman para siempre, durante la vida y más allá de la muerte”.

Cortando las profundas olas, iba la nave de Tristán. A cada nuevo día que la separaba de Irlanda, era mayor la tristeza de Isolda. ¿Qué la esperaba en Cornualles? ¿El matrimonio con

un monarca viejo a quien ni conocía, ni por consiguiente, amaba? ¿El vano honor de oírse llamar reina?

Cuando se le acercaba Tristán, una ola de odio estallaba en su pecho. Él la había robado a los suyos, él la había separado de su madre, y no por amor, pues habiéndola podido recibir como esposa, la había desdeñado, al punto de ofrecérsela a su amo el rey Marcos.

Un día cesó el viento de hinchar las velas blancas de la nave. El sol hería las maderas del puente. Un calor insoportable abrumaba el aire y Tristán fue a buscar en la bodega vino que ofrecer a Isolda para mitigar su sed.

Tropezaron sus manos, en la cámara de la doncella imprudente, con el ánfora del filtro. Tomóla y sirviéronse de ella los dos jóvenes.

—“¡Qué dulce vino!” exclamó Isolda. No, no era el vino. Era la pasión, era el áspero júbilo, la angustia sin fin y la muerte.

Miróles la doncella en el momento de apurar el brebaje y corriendo a la popa del navío gritó:

—“Desdichada de mí. Maldito el día de mi nacimiento y maldita la hora en que puse los pies sobre esta nave. Isolda, hermosa amiga, y vos Tristán, habéis bebido vuestro destino y vuestra muerte”.

La nave siguió su curso hacia el Castillo de Cornualles. Sentía Tristán arder su pecho como si lo desgarrara una zarza de espinas agudas y de flores aromosas, cuyas raíces le entraban en el corazón y con cuyo ramaje se unía a su cuerpo el cuerpo hermoso de Isolda.

Pensaba tristemente:

—“Andrés, Denolao y tú Ganelón y tú también Gondoíno, traidores que me acusasteis de codiciar la tierra del rey Marcos.

No, no era la tierra lo que yo codiciaba. Noble tío que me acogisteis huérfano y desvalido, mal hicisteis en llorar la muerte de vuestra hermana Blanca Flor. ¡Cómo no arrojasteis de vuestro reino al niño errante que llegó a él para traicionaros! Isolda es ya vuestra y no debe amarme”.

Pero Isolda lo amaba. Quería odiarlo. ¿Cómo lo hubiera logrado? Un poder maravilloso la unía a su raptor y la idea de lo imposible irritaba su ternura haciéndola más dolorosa y más profunda que en el odio.

Durante tres días se huyeron mutuamente. Temíanse. Al cuarto, Isolda halló a Tristán bajo el toldo de su tienda, sobre la cubierta de la nave.

—“Salud, señor” —díjole.

—“¿Por qué haberme llamado señor?” —exclamó Tristán con extrañeza.

—“Porque lo sois. Oh, sí, eres mi señor y mi dueño. Lo eres con la fuerza del destino. Soy tu sierva, tu esclava...”.

—“Algo os atormenta hoy” —trató de balbucir Tristán.

—“Sí, todo lo que sé me atormenta. Y me atormenta aún más lo que veo. Este cielo, este mar, y mi cuerpo y mi vida”.

Quisieron abrazarse. La doncella que les espiaba, gritóles desde afuera:

—“Habéis bebido el brebaje de vuestro amor y de vuestra muerte”.

—“Venga ella en buena hora” —dijo Tristán, y su voz se perdió en el aire de la tarde, mientras la nave, más rápida que nunca, corría hacia el castillo del rey Marcos...



EL PINO

S abed, señores, cómo al llegar a Cornualles el navío de Tristán, casó Isolda con el rey Marcos, entre la alegría de vasallos y barones.

Los nobles la honraban y los humildes la querían. Pasaba el día en alcobas pintadas ricamente y tapizadas con flores. Suyos eran los joyeles deslumbrantes, suyas las telas de púrpura de Tesalia, suyos por fin los cantos de los artistas.

No obstante, la desgracia roía su corazón. Amaba a Tristán y un santo respeto la invadía frente a su esposo venerable. Teme la revelación que su doncella Berengueana pudiera hacer del misterioso brebaje que, por error, bebieran Tristán y ella, Isolda, una tarde de estío, en el mar. Además, las entrevistas que tiene con Tristán, en el sigilo de la noche, la llenan de zozobra.

A espaldas del castillo de Cornualles, se extendía un amplio vergel, defendido por altísimas bardas. Crecían en él árboles de toda especie, cargados de frutos, de pájaros y de aromáticos racimos. En el rincón más alejado se alzaba un pino, alto y recto, cuyo robusto tronco sostenía una fronda maravillosa.

Reía, a sus pies, un manantial. Saltaba el agua en diáfano manantio de plata sobre el tazón de mármol de la fuente, atravesaba el vergel y penetrando al interior del castillo, llevaba su frescura hasta las cámaras de los reyes.

Noche a noche, Tristán, de acuerdo con Isolda, cortaba pequeños trozos de madera de la corteza del pino y los arrojaba en la corriente del manantial. Ligeros, como espuma, llegaban a las habitaciones de la reina. Isolda conocía entonces que la esperaba el amado de su corazón.

Así, protegidos por la sombra, se reunían a conversar de un amor doloroso e imposible.

Dice Isolda:

—“Tristán, los marineros afirman que el castillo está encantado y, dos veces al año, una en verano y en invierno la otra, desaparece a los ojos de los mortales ¿no sientes cómo ha desaparecido hoy de nuestra vista? ¿No es éste, acaso, el vergel maravilloso del que hablan las arpas de los troveros? Ciérralo por doquier una muralla de aire. Árboles florecidos lo adornan y quienes lo habitan, viven en perenne juventud”.

La interrumpen los cuernos de caza de los vigías, que sobre las torres del castillo, anuncian el alba.

Dice entonces Tristán:

—“No, Isolda. Hase roto la muralla de aire y éste no es el vergel maravilloso de que habla el lenguaje de las arpas. Pero, un día, amada, iremos —y entonces juntos al fin!— al país afortunado del que nadie regresa. Verás ahí un castillo todo de mármol blanco. En cada una de sus mil ventanas brilla un cirio de oro. En cada sala oyese un diverso son de liras o de flautas...”.

Hablan así, mientras sobre las torres de Cornualles el alba alumbrá, al nacer, los escudos de sinople⁴⁵ y de azul.

La alegría extraña de Isolda, la denuncia. Los enemigos de Tristán la espían y háceles concebir sospechas que destilan en amargos celos sobre el corazón del rey Marcos. La inquietud lo tortura. Ama con dulce amor a su sobrino Tristán y, casi tanto como a él, ama a Isolda la rubia. Espía en sus gestos el amor que se oculta, y destierra a Tristán.

Pero la perfidia de los cortesanos lo conduce a errores más graves. Interna a Isolda en el lazareto de los leprosos. Ráptala de ahí Tristán y Marcos persigue a los vagabundos de bosque en bosque, de colina en colina.

El hambre los acosa. Ya la sortija que a Isolda diera en señal de amor y de confianza el día de sus bodas, sálese del dedo, tanto la han adelgazado así las privaciones y el dolor.

Una noche, vencidos del sueño, los halla el rey dormidos sobre el césped, en un claro del bosque.

Entre ambos ha colocado el héroe su espada desnuda. Hay tal dolor y tan grande pureza en las facciones de los jóvenes, que Marcos sintió, al verlos, rompérsele del corazón.

Vuelve Isolda al castillo de Cornualles bajo la salvaguardia del rey que —¡por fin!— confía en su honor.

Mas los barones desleales murmuran y para comprobar su virtud, exígenle se someta a la prueba del fuego. Acepta Isolda, a pesar de los escrúpulos del rey, pero, en secreto, advierte a Tristán del peligro que corre.

⁴⁵Sinople: Nombre heráldico del color verde.

Cuando llega el día del juicio de Dios, viste Isolda leve túnica blanca hasta los pies caída, y desnudos pecho y brazos, se acerca a la hoguera. Un monje desconocido la ha llevado entre sus brazos para hacerla cruzar el río y ese monje es Tristán a quien, bajo el disfraz que lleva, nadie ha podido sorprender.

Por eso Isolda sonríe ante las llamas y tomando en sus manos una brasa viva, la lleva a su seno mientras dice:

—“Juro que ningún hombre, nacido de mujer, me ha llevado en sus brazos, con excepción del rey Marcos, mi señor, y de este pobre monje, que según habéis visto me ha conducido hasta esta hoguera. ¿Es bastante este juramento de mi boca?”.

—“Sí, reina, y que Dios manifieste su juicio”, —dijeron los barones.

—“Amén”, —contestó Isolda.

Y dejando rodar las brasas ya extintas, alzó al cielo los brazos desnudos y vieron todos que su carne estaba más lisa y sana que no las ciruelas de los árboles.

De todos los pechos subió un gran grito de júbilo hacia Dios.





LA MUERTE

¿ Cómo contar, señores, la muerte de los jóvenes?
Lejos de Isolda, enloqueció Tristán.

Viaja por tierras lejanas, mas en ninguna encuentra la paz que ansía su corazón.

De Bretaña, en donde mora, parten mensajeros en busca de Isolda la reina. Con engaños llévanla a bordo de la nave equipada por Tristán. Levan ancla y el sople de Dios hincha las velas alejando el barco de las costas de Cornualles.

Desde el más alto peñón, Tristán, enfermo, espera. Sus ojos interrogan el mar. Mas la debilidad lo vence y el brillo del sol que reverbera sobre las olas de acero, ciega sus pupilas.

Los marinos le dijeron al partir: —“Si ves una vela blanca en la nave, cuenta con la llegada de Isolda”.

—“Negra la traerá si no viniere —dijo Tristán— y moriré”.
En su inquietud pregunta a quienes le rodean.

Dice una voz: —“¡La nave trae velas negras! ¡La nave trae velas negras!”.

La vida de Tristán se escapa de su pecho. Tres veces exclama: “Isolda, —amiga” y su alma vuela.

Sobre su cuerpo, la rubia Isolda, al llegar, no vierte una lágrima. Dóblase su talle con flojedad de agonía y cae muerta a su lado, para siempre ya su compañera.

Señores, los buenos trovadores cantaron este cuento para que lo oyeran, algún día, todos los que se han amado o se amarán.





ANÓNIMO

LA CRUZADA DE LOS NIÑOS





LA CRUZADA DE LOS NIÑOS

Para defender a los peregrinos cristianos, ultrajados por los turcos en Jerusalén, y arrebatarse a éstos la tierra en que estaba el sepulcro de Jesucristo, se hicieron del siglo XI al XIII, varias expediciones que se llamaron cruzadas, porque los que tomaban parte en ellas se comprometían a llevar una cruz encarnada, hasta que consiguieran su objeto. —Pedro el Ermitaño y San Bernardo predicaron las primeras cruzadas, en las que figuraron, como jefes, Godofredo de Bouillón, Raimundo de Tolosa, Luis VII de Francia y otros.

Por aquel tiempo los niños, sin guía y sin jefe, corrían precipitadamente de las ciudades y pueblos de todas las regiones hacia el otro lado del mar, y cuando se les preguntó a dónde iban, respondieron: “Hacia Jerusalén, a buscar la tierra santa...”. Todavía se ignora lo que haya sido de ellos. Muchos volvieron y al preguntarles la causa de su viaje dijeron que no la sabían.

Todos estos niños no tenían nombres. Es seguro que los prendió Nuestro Señor Jesús. Llenaban el camino como un

enjambre de abejas blancas. No sé de dónde venían. Eran pequeños peregrinos. Tenían bordones de avellano y de álamo. Llevaban la cruz a la espalda; y todas estas cruces eran de innumerables colores. No llegaron a Jerusalén. Pero Jerusalén llegó a ellos. El fin de todas las cosas santas radica en la alegría. Nuestro Señor está aquí, en esta espina enrojecida, y en nuestra boca, y en nuestra pobre palabra. Los pies de Nuestro Señor santificaron todos los lugares. ¡Que Jesús haga dormir en la noche a todos estos niñitos blancos que llevan la cruz!





RELATOS DE LOS TRES NIÑOS

Nosotros tres, Nicolás que no sabe hablar, Alain y Dionisio, salimos a los caminos para llegar a Jerusalén. Hace largo tiempo que vagamos. Voces desconocidas nos llamaron en la noche. Llamaban a todos los pequeñuelos. Eran como las voces de los pájaros muertos durante el invierno. Y al principio vimos muchos pobres pájaros extendidos en la tierra helada, muchos pajaritos con el pecho rojo. Después vimos las primeras flores y las primeras hojas y tejimos cruces. Cantamos ante las aldeas, como acostumbrábamos hacerlo en el año nuevo. Y todos los niños corrían hacia nosotros. Y avanzamos como un rebaño. Hubo hombres que nos maldijeron, no conociendo al Señor. Hubo mujeres que nos retuvieron por los brazos y nos interrogaban cubriendo de besos nuestros rostros. Y también hubo almas buenas, que nos trajeron leche y frutas en escudillas de madera. Y todo el mundo tuvo piedad de nosotros. Porque no saben a dónde vamos y no han escuchado las voces.

En la tierra hay selvas espesas, y ríos, y montañas, y senderos llenos de zarzas. Y al final de la tierra se encuentra el mar

que pronto cruzaremos. Y al final del mar se encuentra Jerusalén. No tenemos quien nos mande ni quien nos guíe. Pero todos los caminos son buenos. Aunque no sabe hablar, Nicolás camina como nosotros, Alain y Dionisio; y todas las tierras son parecidas, e igualmente peligrosas para los niños. Por doquiera hay selvas espesas, y ríos, y montañas, y espinos. Pero por todas partes las voces estarán con nosotros. Hay aquí un niño que se llama Eustaquio, y que nació con los ojos cerrados. Mantiene los brazos tendidos y sonríe. Nosotros no vemos más que él. Una pequeñuela lo conduce y le lleva su cruz. Se llama Alis. No habla nunca y no llora jamás; tiene fijos los ojos en los pies de Eustaquio, para sostenerlo en sus tropiezos. Todos los queremos. Eustaquio no podrá ver las santas lámparas del sepulcro. Pero Alis le tomará las manos para hacerle tocar las losas de la tumba.

¡Oh! qué bellas son las cosas de la tierra. No nos acordamos de nada, porque nada aprendimos nunca. Sin embargo, hemos visto árboles viejos y rocas rojas. Algunas veces atravesamos por largas tinieblas. Otras, caminamos hasta la noche por claras praderas. Hemos gritado el nombre de Jesús al oído de Nicolás, y él lo conoce bien. Pero no sabe pronunciarlo. Se regocija con nosotros de lo que vemos. Porque sus labios pueden abrirse para la alegría, y nos acaricia la espalda. Y de este modo no son desgraciados: porque Alis vela por Eustaquio y nosotros, Alain y Dionisio, velamos por Nicolás.

Se nos dijo que encontraríamos en los bosques ogros y hechiceros. Éstas son mentiras. Nadie nos ha espantado; nadie nos ha hecho daño. Los solitarios y los enfermos vienen a vernos,

y las ancianas encienden luces para nosotros en las cabañas. Tocaban por nosotros las campanas de las iglesias. Los campesinos se empinan desde los surcos para espiarnos. También nos miran los animales y no huyen. Y desde que caminamos, el sol se ha tornado más caliente, y no recogemos ya las mismas flores. Pero todos los tallos se pueden tejer en las mismas formas, y nuestras cruces son siempre frescas. De este modo tenemos grande esperanza, y pronto veremos el mar azul. Y al extremo del mar azul está Jerusalén. Y el Señor dejará llegar a su tumba a todos los pequeñuelos. Y las voces desconocidas se tornarán alegres en la noche.





RELATO DE ALIS

Ya no puedo caminar bien, porque estamos en un país ardiente, donde los hombres malvados de Marsella nos trajeron. Y al principio fuimos sacudidos sobre el mar en un día negro, en medio de los fuegos del cielo. Pero mi pequeño Eustaquio no sintió miedo porque no vio nada y yo le tenía las dos manos. Lo quiero mucho, y vine aquí a causa de él. Porque no sé a dónde vamos. Hace largo tiempo que partimos. Los otros nos hablaban de la ciudad de Jerusalén, que está al extremo del mar, y de Nuestro Señor que estará ahí para recibirnos. Y Eustaquio conocía bien a Nuestro Señor Jesús; pero no sabía lo que es Jerusalén, ni una ciudad, ni la mar. Huyó por obedecer a las voces y las escuchaba todas las noches. Las escuchaba en la noche a causa del silencio, porque no distingue la noche del día. Y me interrogaba acerca de estas voces, pero nada podía decirle. No sé nada, y tengo pena solamente a causa de Eustaquio. Caminamos cerca de Nicolás, y de Alain, y de Dionisio; pero ellos subieron a otro navío, y no todos los navíos estaban allí cuando apareció de nuevo el sol. ¡Ay! ¿Qué les pasaría? Los

encontraremos cuando lleguemos cerca de Nuestro Señor. Está muy lejos todavía. Se habla de un gran rey que nos hace venir, y que tiene en su poder la ciudad de Jerusalén. En esta comarca todo es blanco, las casas y los vestidos, y el rostro de las mujeres está cubierto con un velo. El pobre Eustaquio no puede ver esta blancura, pero le hablo de ella y se regocija. Porque dice que es la señal del fin. El Señor Jesús es blanco. La pequeña Alis está muy cansada; pero tiene a Eustaquio de la mano, para que no caiga, y no le queda tiempo de pensar en su fatiga. Descansaremos esta noche, y Alis dormirá, como de costumbre, cerca de Eustaquio, y si no nos han abandonado las voces tratará de oírlas en la noche clara. Y tendrá de la mano a Eustaquio hasta el fin blanco del gran viaje, porque es necesario que ella le muestre al Señor. Y seguramente el Señor tendrá piedad de la paciencia de Eustaquio, y permitirá que Eustaquio lo vea. Y tal vez entonces Eustaquio verá a la pequeña Alis.





ALEMANIA





RICHARD WAGNER

PARSIFAL

FESTIVAL ESCÉNICO SACRO EN TRES ACTOS





PARSIFAL

Catorce días después de la muerte de su padre Gamuret, nació Parsifal, príncipe de Anjou.⁴⁶ Su madre, alejándose de la corte por el duelo de su esposo, se retiró al Bosque Solitario, en donde se consagró a la educación de su hijo.

El niño crecía rodeado de la naturaleza casi virgen y su madre, por exceso de cariño, procuraba tenerlo en la mayor ignorancia de las cosas de los caballeros. Armado de un arco y de flechas, pasaba las horas cazando pajarillos del bosque. Pero una vez le ocurrió que al ver caer muerto a sus pies a uno de los que cazaba, se echó a llorar, considerando que el pobre animalillo ya no podría cantar más. Así, fue en busca de su madre, a la que preguntó si hacía mal dándole muerte.

—No has hecho bien, hijo mío —contestó la madre besándolo—. Dios ha dado a las aves una vida igual a la nuestra y no debemos quitársela.

—¡Dios! —exclamó el niño— ¿Quién es Dios?

⁴⁶Provincia de Francia que gozaba antiguamente de soberanía.

—Dios —contestó la madre— es tan brillante y resplandeciente como el día, ha creado los cielos y la tierra y dado vida a los hombres y a todos los animales. Debes servirle y amarle y, en cambio, aborrecer al diablo, que es negro, malo y astuto.

Un día, mientras estaba cazando, oyó ruido en el bosque, y pensó:

—Tal vez sea el diablo que se acerca y ahora sabré bien cómo es. Y hasta —tal vez— podré luchar con él y vencerlo.

Pero no era el diablo quien se acercaba, sino cuatro caballeros armados y ataviados con magnificencia. Sus armaduras y sus armas esplendían con el sol y creyendo el niño que serían Dios mismo, puesto que brillaban como la luz del día, cayó de rodillas y con las manos en alto, exclamó:

—¡Ayúdame, Dios, ayúdame!

Los caballeros se echaron a reír en cuanto oyeron tales palabras y dijeron al cándido niño:

—No somos Dios. Si abres bien los ojos verás que somos caballeros.

—¡Caballeros! Y ¿qué es eso?

Los caballeros se asombraron al notar la extrema ignorancia del niño y bondadosamente le explicaron en qué consistía la caballería. El niño escuchaba con la mayor atención y no se cansaba de tocar las espadas, los escudos, las lanzas y las armaduras, y cuando se hubo enterado de todo, deseó en su alma ser caballero, como los que veía.

—Eso no podremos concedértelo nosotros —contestó uno de ellos. Solamente el rey Arturo tiene derecho a armarte caballero.

Dichas estas palabras se marcharon y el niño ya no se entretuvo más en el bosque para proseguir la caza. Marchóse inmediatamente a su casa y abrazándose a su madre, le dijo:

—Madre, querida madre, quiero ser caballero.

Muda de pena y de asombro, al oír el deseo de su hijo, vio cuán inútil había sido su empeño de hacerle ignorar las cosas pertenecientes a la caballería, pues el joven, obedeciendo a los instintos heredados de su padre, se inclinaba fatalmente a seguir la misma vida que él. Debía, pues, resignarse a perder a su hijo, con tanto amor criado, el cual, a partir de entonces, iría errante por bosques y montañas, combatiendo contra toda suerte de enemigos.

Pero quiso hacer todavía una tentativa para recobrar la voluntad de su hijo. Tuvo la idea de que si lo vestía pobremente, de manera que la gente lo creyera burlesco, el joven, disgustado por aquel mundo que no conocía y que le haría burla, no tardaría en volver al bosque, al lado suyo. Así, le hizo un traje de color pardo, como de bufón, le cubrió las piernas con unas polainas de piel de ternera sin curtir, y dándole un mal caballo, le dijo que ya estaba equipado. Luego le aconsejó acerca de lo que debía hacer en el mundo.

A la mañana siguiente, muy temprano, partió Parsifal no sin que antes su madre lo hubiera besado repetidas veces, con la mayor ternura.

El joven se alejó, volviendo de vez en cuando la cabeza para saludarla. Por fin desapareció en una revuelta del camino y la desgraciada reina regresó a la casa llorando amargamente.

Y allí sufrió una congoja, se le oprimió dolorosamente el corazón y quedó muerta.

Montado en su caballo, Parsifal marchó a través de montes y valles, hasta que un día llegó ante un riachuelo que un gallo habría podido vadear, pero atendiendo a los prudentes consejos de su madre siguió sus orillas durante el día entero, hasta que llegó a un lugar que formaba una plazoleta entre la espesura.

Allí advirtió una tienda de terciopelo en la que dormía una mujer hermosa y joven. Al verla recordó otro consejo de su madre, que le recomendaba besar la mano de toda mujer hermosa y joven y tomarle su sortija, pues eso le daría buena suerte. Se acercó a la dama, le besó repetidas veces la mano y luego le quitó la sortija que llevaba en su mano izquierda.

En vista de que la dama no despertaba, Parsifal se alejó, sin pensar en las consecuencias que tendría su conducta. Poco después vino Orilus, el esposo de la dormida, la cual era la duquesa Jeschute, y al ver que ella no llevaba la sortija que le entregara el día de la boda, creyó que le había sido desleal. Al advertir en la hierba las huellas de un caballo, no tuvo ya duda de que la dama había recibido la visita de un hombre. Loco de celos injurió a su desgraciada e inocente esposa, y se alejó dispuesto a castigar con la muerte el atrevimiento del desconocido.

Mientras tanto, Parsifal seguía sin temores su camino.

En pocos días llegó a Nantes, corte del rey Arturo. Cerca de la puerta de la ciudad el joven encontró a Ither, conocido por todos con el apelativo de “el caballero rojo”. Y merecía tal nombre porque encima de la armadura llevaba una especie de

túnica corta de color rojo, y las riendas de su caballo, la gualdrapa de éste, y hasta la lanza, eran del mismo color.

Al ver Ither que se acercaba Parsifal, se volvió a él y le dijo:
—Podrías hacerme un favor, joven. Ya que vas a la ciudad, preséntate de mi parte al rey Arturo y dile que estoy enojado con él y con todos los caballeros de la Tabla Redonda, porque no reconocen mi derecho sobre mis tierras y mis vasallos.

“Ayer, cuando estábamos sentados a la mesa bebiendo vino, me irritaron sobremanera y yo, derribando mi copa, manché a la reina Ginebra en el regazo. Ve y diles que aquí tengo mi copa de oro y que desafío al rey Arturo y a todos sus caballeros a singular batalla”.

Parsifal se alejó, entró en la ciudad de Nantes y directamente se encaminó a la corte de rey Arturo. Su aparición causó en ella la mayor extrañeza, a causa de su ridículo traje. Pero pronto en sus miradas advirtieron todos que era un muchacho valeroso. Se acercó al rey y le dio cuenta del mensaje que le había confiado el caballero rojo.

El rey le dijo que a la mañana siguiente irían sus caballeros, uno tras otro, a pelear contra Ither; pero Parsifal rogó que lo armase caballero, pues quería ir él mismo a matar al insolente caballero rojo.

—No pudo armarte caballero hasta que hayas realizado algunas hazañas —le contestó el rey.

Esto dio a Parsifal mayor deseo de pelear contra Ither y sin hacer caso de las burlas que provocaba, se afirmó en su propósito, de manera que a la mañana siguiente, montado en su caballo y armado solamente de una corta lanza, salió al encuentro de Ither.

—Vengo a combatir contigo, mal caballero —gritó Parsifal.

Ither se echó a reír desdeñosamente y le dirigió algunas burlas, pero como viera que, a pesar de todo, Parsifal se disponía a atacarlo, Ither asestó una lanzada al caballo del joven y lo hirió gravemente, de manera que el pobre animal cayó al suelo, arrastrando a su dueño en la caída.

Imposible sería describir la cólera que sintió Parsifal. De un salto se desembarazó de su cabalgadura y avanzando hacia Ither antes de que éste pudiera atender a su defensa, le clavó la punta de la lanza en los ojos, por la abertura del casco y el caballero rojo cayó pesadamente al suelo.

Parsifal, victorioso, se apresuró a desnudar al muerto y se vistió sobre el traje de bufón que llevaba, la armadura y la túnica roja. Ciñóse la espada y las espuelas y empuñando la lanza montó en el caballo de Ither y se alejó, resuelto a ir en busca de aventuras que luego le permitiesen ser armado caballero por el rey Arturo.

Viajó a través de altas y solitarias montañas y de espesos bosques, durante varios días, hasta que llegó a un castillo llamado Hermoso Retiro, cuyos habitantes sufrían entonces grandes penalidades, pues el castillo estaba sitiado por un ejército, que se disponía a dar el salto.

Parsifal sintió deseos de auxiliarlos.

Acercóse al castillo y dando a conocer sus buenas intenciones, le indicaron un lugar por donde podría entrar y así lo hizo, siendo saludado efusivamente por los defensores de la fortaleza.

La señora del castillo era maravillosamente hermosa. Y la causa del asedio era que el rey Clamide quería casarse con ella a toda costa.

La hermosa castellana recibió a Parsifal y le otorgó todos los honores que estuvo en su mano concederle.

Ofreció a su huésped una comida bastante pobre, pues en el castillo estaban muy escasos de víveres a causa del sitio que sufrían. El joven le relató su historia y le prometió defenderla de las exigencias de su enemigo.

—Acepto vuestra ayuda, valeroso caballero, esperando que podréis sacarme del peligro en que me hallo. Mi padre ha muerto y mis parientes desconocen mi situación. Mañana volverá el rey Clamide a ofrecerme, por última vez, la alternativa de ser su esposa o de morir entre las ruinas de este castillo.

—Nada temáis, que yo perderé la vida por salvar la vuestra y os dejaré en libertad de otorgar vuestra mano a quien vuestro corazón elija.

La dama, cada vez más llena de esperanza, hizo conducir a su campeón a una hermosa sala, para que tomase algún descanso y Parsifal se acostó en el lecho que le habían destinado, sintiendo que la dueña del castillo había conquistado su voluntad.

Al día siguiente, por la mañana, Parsifal se armó cuidadosamente y salió a las murallas del castillo. Allí, en voz alta, retó a singular combate al más valiente de los enemigos. Avanzó un oficial del rey Clamide para aceptar el reto y, en vista de ello, Parsifal fue a trabar con él mortal pelea.

Los dos caballeros se pusieron frente a frente, empuñando sus lanzas y, a los pocos segundos, el oficial caía atravesado por el hierro de Parsifal.

Aquella victoria desanimó a los enemigos, y viéndolo Parsifal, retó a nuevo combate a cuantos quisieran pelear por

la causa del rey Clamide; pero ninguno aceptó y así todos se alejaron dejando libre el castillo y tranquila a su dueña gentil.

Inútil es decir cuánta alegría sintieron todos al verse libres del peligro que los amenazaba y cuán celebrado que el vencedor. La misma dama lo miraba con ojos húmedos de alegre llanto y entonces Parsifal, solicitó su mano.

La joven, en extremo ruborizada, pero también extraordinariamente dichosa, dio su consentimiento y entre la alegría general se hicieron los preparativos para la boda. Por fortuna aquel día llegaron dos buques cargados de provisiones a la cercana costa y así pudo celebrarse la ceremonia nupcial y el banquete con la mayor abundancia y alegría.

Pasaron muchos días dichosos para el joven matrimonio. Pero Parsifal no podía olvidar a su madre y con el deseo de verla y de darle las nuevas de su felicidad, pidió un día a su esposa el permiso de alejarse para cumplir con sus deberes filiales. Ella sintió amargo disgusto, pero comprendiendo las razones que lo movían a ello, consintió en la separación, no sin haberle hecho prometer antes que sería lo más corta posible.

Inquieto por lo que pudiera suceder a su esposa, iba Parsifal montado en su caballo, sin fijarse en el camino que seguía. Al llegar la noche, se encontró a orillas de un lago y a poca distancia en el agua vio una barca de pescadores que se aprestaban a echar sus redes.

—¿Podrías indicarme un lugar para pasar la noche? — preguntó a uno de ellos.

—Detrás de esas rocas —dijo el interpelado señalando las que estaban junto al lago— hay un hermoso castillo en donde, seguramente, te darán alojamiento.

Parsifal dio las gracias y tomó el camino que acababan de indicarle y después de largo rato, llegó, efectivamente, a un castillo magnífico, cuyo puente estaba levantado.

Viendo en una de las ventanas a un muchacho que asomaba el rostro, le dijo:

—Unos pescadores del lago me han indicado que aquí me darían posada. ¿Sabes si hay inconveniente?

—Ninguno, si te lo dijeron los pescadores —contestó el muchacho.

Y acto seguido fue a disponer lo necesario para que se bajara el puente.

Entró Parsifal en el patio del castillo y observó por la hierba que crecía en él, que ningún caballero debía de atravesarlo a caballo. Y mientras estaba entretenido mirando las altas torres, dos hermosísimas doncellas lo llevaron a una grande y bella sala. Allí le ayudaron a quitarse la armadura y le entregaron un magnífico manto de seda árabe, y en cuanto él se hubo ceñido la espada al costado, lo hicieron pasar a otra sala.

Ésta era inmensa y admirable. La iluminaban cien lámparas en forma de coronas suspendidas del techo y llenas de velas blancas que despedían viva luz. También en las paredes había candelabros que contribuían a la mejor iluminación del lugar. Junto a las paredes había cien lechos cubiertos de hermosísimos tapices y otros tantos caballeros estaban junto a ellos, guardando extraordinario silencio.

En un extremo de la sala estaba el señor del castillo, tendido en su lecho. Parecía estar triste y enfermo de muerte.

De pronto apareció un escudero por una de las puertas, llevando en la mano una lanza, cuyo hierro estaba teñido de sangre y con ella avanzó por la sala, tocando las paredes. Y al verlo, todos los caballeros se levantaron profiriendo lamentos desgarradores.

Luego se abrió una puerta de acero y entraron dos doncellas que llevaban adornadas con flores sus cabelleras. En las manos sostenían unas velas blancas encendidas en candelabros de oro. Las seguían dos más que llevaban una mesa preciosísima que fueron a poner ante el señor del castillo. Otras doncellas aparecieron luego por la misma puerta, llevando también candelabros y un servicio de mesa que dejaron en la del señor del castillo, y, finalmente, apareció la reina Alegría, que llevaba el Santo Grial.⁴⁷ Y empezó la comida, siendo en ella maravilloso la falta de criados para servir las viandas. Cada uno de los caballeros expresaba su deseo de comer determinado manjar y en el acto el Santo Grial lo hacía aparecer sobre su mesa.

Parsifal estaba sorprendido y no comprendía el significado de lo que veía. Por otra parte no se atrevía a hacer pregunta ninguna, pues al parecer no se ocupaban de su presencia.

Por fin acabó la comida y un escudero presentó al señor del castillo una espada en cuya empuñadura centelleaba un espléndido rubí. El castellano la ofreció a Parsifal, diciéndole:

⁴⁷Santo Grial: Vaso sagrado que las leyendas del norte suponen haber servido para instituir la comunión.

—Muchas veces la he usado en mis combates; pero por voluntad de Dios, es ahora demasiado pesada para mi mano. Esgrímela bien y en defensa de las causas justas.

Parsifal agradeció el regalo. Las doncellas empezaron a retirar el servicio que habían llevado y la reina Alegría se llevó el Santo Grial. En cuanto a Parsifal, fue conducido a su habitación.

A la mañana siguiente, al despertar, hizo sus preparativos de marcha. Tomó sus dos espadas y en cuanto llegó al patio encontró su caballo que ya estaba dispuesto; pero nadie había para despedirlo y el silencio más profundo reinaba en el castillo.

Montó en el suyo y siguiendo las huellas de otros caballos, llegó a la puerta. Bajóse el puente, sin que él viese quién lo hacía bajar, y salió a campo llano. Se internó en un bosque y, poco después, llegó a su oído una voz femenina. Guiándose por ella advirtió a una joven que sostenía en sus brazos a un caballero muerto. Era su prima Sigune.

El joven le preguntó en qué podía ayudarla, pero ella no le contestó. Por el contrario, le interrogó para saber de dónde venía y al referírsele Parsifal, la dama contestó:

—El castillo en que has estado es el del Santo Grial y se halla en la montaña llamada Monsalvat. Pero si alguien busca ese monte y ese castillo, le es imposible encontrarlo. No se halla más que por voluntad divina. Y en cuanto el rey enfermo, se llama Amfortas. Y dime —añadió la dama— ¿no has preguntado al rey qué tenía? ¿No lo has hecho?

—No, no lo hice —contestó Parsifal— ¡estaba tan sorprendido!

—¡Desventurado! —exclamó Sigune. —Viste el Santo Grial, a las hermosas doncellas, la lanza, a la reina Alegría, oíste el lamento de los caballeros y los gemidos del rey enfermo y ¿no preguntaste nada?

Y, sin querer oír una palabra más de Parsifal, le volvió la espalda.

Triste y pensativo, Parsifal emprendió el viaje, preguntándose cómo lograría encontrar de nuevo el castillo del Santo Grial, puesto que no llegaba a él quien quería, sino sólo aquel a quien Dios se lo permitía.

Una mañana atravesaba un espeso bosque, cuando vio una pequeña ermita. Se acercó a ella para preguntar su camino. Salió el ermitaño; creyó reconocerlo y, efectivamente, en cuanto oyó su voz comprendió que era su prima Sigune.

Parsifal le informó de sus aventuras y de su deseo de llegar nuevamente al castillo del Santo Grial, para lo que solicitó el consejo de Sigune.

—Lo mejor que puedes hacer —le contestó ésta— es seguir a la mensajera del Santo Grial.

—Pero he perdido su rastro —contestó el caballero.

—Yo te indicaré por dónde ha ido —replicó Sigune.

Parsifal dio las gracias a su prima y siguió el camino que ésta le indicó y que había de llevarlo junto a la mensajera que regresaba al castillo de Monsalvat.

Continuó adelante el caballero, y después de algunas horas encontró a un príncipe, a su esposa y a dos hijos de sus hijos. Se admiraron de ver a un caballero armado en un día como aquél, que era Viernes Santo, y habiendo entrado en conversación le indicaron la inconveniencia de su conducta.

—Conviene que te purifiques de semejante pecado —le dijo el príncipe— y para ello puedes visitar a un ermitaño que no está lejos de aquí.

Parsifal agradeció el consejo, y fue al encuentro del ermitaño que le habían indicado. Pronto llegó a la ermita y al entrar en ella vio a un anciano de majestuoso y santo aspecto que lo recibió con benevolencia.

Vengo a recibir tu absolución por el pecado que, sin saber, he cometido, yendo armado en el día de hoy —dijo Parsifal al anciano— necesito, como pecador, la ayuda de Dios y temo su castigo. Deseo que conserve la vida de mi esposa y que me permita llegar nuevamente al castillo del Santo Grial, en donde tengo una santa misión que cumplir.

El ermitaño oyó contento estas humildes palabras e invitó a Parsifal a que entrase en la ermita.

—Ninguno que no sea fiel servidor de Dios podrá llegar dos veces al castillo del Santo Grial —dijo el anciano— y como dices tener una santa misión que cumplir allí y yo sé cuál es, escucha con atención lo que voy a decirte.

El Santo Grial es un cáliz de tan maravillosa virtud, que quien lo mira queda limpio de todo pecado. Fue bajado a la tierra por ángeles y cada año una paloma desciende del cielo a renovar el precioso don que contiene, precisamente el día de hoy, Viernes Santo.

Se conserva en el castillo del Santo Grial en Monsalvat y a su servicio hay cien caballeros y cien doncellas puras como los ángeles. Éstas son todas princesas y los caballeros son Templarios y servidores de las doncellas. La misión de estos caballeros

es reparar las injusticias, defender a los ignorantes, vencer a los malvados y a estas empresas han consagrado todos sus vidas y todos están gobernados por un rey que recibe el nombre de rey del Santo Grial.

El primero de estos reyes fue Titurel. Él mandó construir el castillo que conoces. Cuando ya se sintió sin fuerzas, abdicó su reinado en su hijo Frimutel; pero éste se dejó seducir por el amor de una mujer y la corona pasó a su hijo mayor, llamado Amfortas. También éste se dejó gobernar por sus sentidos y por el amor, y en cierta ocasión, al trabar una lucha, fue tocado por una lanza emponzoñada que lo hirió de gravedad. La herida no ha sido curada todavía, ni lo será, hasta que alguien que llegue al castillo le pregunte por la causa de sus males. Entonces el rey Amfortas sanará de la herida y el que con su pregunta le haya devuelto la salud, será coronado rey del Santo Grial.

Y ahora que ya te he contado esas cosas —añadió el ermitaño— dime quién eres tú.

—Mi padre —contestó Parsifal— fue Gamuret y mi madre se llama Erzeleid. Fui educado por ésta en la ignorancia de la caballería; pero la sangre que llevo en las venas fue la causa de que la amase aun antes de conocerla. Mi primer adversario fue Ither, cuya armadura y cuyo caballo tengo...

—¡Cómo! —exclamó el ermitaño— ¿Mataste a Ither? Pues sabe que diste la muerte a uno de tu sangre, ya que Ither era sobrino de tu padre. Y en cuanto a tu madre, veo que ignoras su fin. La pobre ha muerto.

—¿Mi madre ha muerto? —exclamó Parsifal— ¡No es posible! ¿Cómo lo sabes?

—Soy el hermano de tu madre —contestó el ermitaño— y la hermosa reina Alegría es mi hermana. También es hermano mío el rey Amfortas.

Parsifal escuchó estas últimas palabras con alegría; pero no podía olvidar la pena que le había causado la noticia de la muerte de su madre.

Durante varios días permaneció Parsifal con su tío y al fin se marchó, despedido por las cariñosas palabras del ermitaño. Entonces el corazón del héroe iba reconfortado por la seguridad de que Dios había de ayudarlo en su empresa y partió gozoso y satisfecho hacia el castillo de Santo Grial.

Al ir atravesando un bosque, oyó ruido de pisadas de caballo y se detuvo para ver quién se acercaba. Era un caballero, armado de pies a cabeza, que se detuvo ante él.

—Fuerte pareces, caballero —le dijo—; pero como yo también tengo pretensiones de serlo, vamos a ver quién de los dos resulta vencedor en nuestro encuentro.

Parsifal aceptó el reto y los dos empezaron a luchar furiosamente. A medida que la lucha se prolongaba y los dos caballeros se reconocían de igual fuerza, más aumentaba la cólera que mutuamente sentían.

Los golpes que se asestaban hacían retemblar la tierra; pero ninguno de ellos obtenía una ventaja sobre su contrario, hasta que al fin, en vista de que ninguno de los dos resultaba vencedor, cesaron momentáneamente para recobrar las fuerzas.

—Debes de ser el diablo —exclamó el desconocido— y a fe de mi padre Gamuret, que nunca encontré caballero como tú tan valiente y poderoso.

—¿Gamuret, dices? —preguntó Parsifal.

—Sí, así se llamaba mi padre.

—Pues entonces eres, sin duda, mi hermano —contestó Parsifal— porque también mi padre se llamaba así.

Se reconocieron los dos hermanos y quitándose los cascos, se reconciliaron en el acto, decidiéndose a continuar sus caminos juntos, en dirección a la corte del rey Arturo.

Llegaron los dos hermanos a la corte y fueron espléndidamente recibidos. Parsifal dio cuenta de la batalla que acababan de sostener y de la imposibilidad en que se vieron de vencerse uno a otro, lo cual fue causa de admiración para todos.

Luego su hermano hizo un relato de su vida, de sus aventuras y refirió cómo, habiendo vencido a todos los caballeros de su tierra, había resuelto salir de ella para vencer a todos los cristianos que se le pusieran por delante, hasta que se encontró a su hermano, a quien no había podido vencer.

Después de este relato se sentaron todos a la mesa y empezó la comida. Al terminarla apareció una mujer montada a caballo y envuelta en un manto negro. Espeso velo le tapaba el rostro; pero, al descubrirlo, apareció la mensajera del Santo Grial.

Se acercó a Parsifal y arrodillándose ante él, le dijo.

—¡Oh, tú, hijo de Gamuret! Perdóname las palabras ofensivas que otra vez te dirigí. Eres el más digno de los caballeros y el elegido para ser rey del Santo Grial. Ven conmigo al castillo de Monsalvat, y allí serás coronado después de haber libertado al rey Amfortas de sus sufrimientos. Tu esposa, con tus dos hijos, Lohengrin y Cardess, compartirán contigo tu reinado y en toda la tierra serás famoso por tu poder.

Parsifal y toda la corte oyeron con el mayor asombro estas palabras y en cuanto la mensajera del Grial hubo terminado, vieron que las lágrimas corrían por sus mejillas. Inmediatamente montó a caballo para regresar y Parsifal, acompañado de su hermano, la siguió hacia el castillo del Santo Grial.

Parsifal estaba alegre en extremo de que, por fin, se le presentara la ocasión de curar al pobre rey Amfortas. Descaba ardentemente llegar a Monsalvat para llevar a cabo la obra de caridad, hasta que, por fin, en lontananza, apareció la montaña y el castillo maravilloso.

Llegaron a él y fueron introducidos en el acto a la hermosa sala en que la otra vez se celebró el banquete. Los caballeros estaban tristes y apesadumbrados y el desgraciado rey Amfortas sufría más que nunca de sus heridas.

En cuanto vio a Parsifal, la alegría se pintó en su semblante y dirigiéndose al héroe, le dijo:

—Hace mucho, muchísimo tiempo, que aguardo tu venida. Entonces Parsifal, en extremo gozoso, le hizo la pregunta:

—¿Cuál es la causa de tu sufrimiento, tío?

La pregunta de la liberación estaba hecha e inmediatamente Amfortas se sintió sano, curado de sus heridas y su rostro brillaba de extraordinario contento. Dio la mano a Parsifal, y mientras sus caballeros proferían gritos de alegría, se quitó la corona y la puso en manos de su sobrino.





EL BUQUE FANTASMA

ÓPERA ROMÁNTICA EN TRES ACTOS CON MÚSICA Y LIBRETO EN ALEMÁN DE RICHARD WAGNER





EL BUQUE FANTASMA

Hace muchos años, que un marino noruego llamado Daland, navegaba una tarde con rumbo a su pueblo, después de un viaje afortunado.

Su corazón estaba henchido de alegría, pues iba a ver de nuevo a su hermosa hija Senta. Mientras paseaba por la estrecha cubierta de su nave de vela, pensó con alegría:

—Esta noche estaré ya en casa y podré abrazar de nuevo a mi hija.

En cuanto cerró la noche, el viento empezó a silbar y mugir por entre las velas blancas como la nieve; oscuras nubes se extendieron por el firmamento, ocultando las estrellas, y, muy pronto, se oyó el ruido de espesa lluvia, al caer sobre cubierta.

—Es solamente una ráfaga de mal tiempo —dijo el capitán a la tripulación—, y se irá con la misma facilidad con que ha venido.

Pero, a media noche, los silbidos del viento aumentaron. Los mástiles se encorvaban a impulsos del huracán, y enormes olas alzaban sus crestas amenazadoras, animadas por la furia del viento.

Pronto comprendió Daland que no se trataba de ráfaga fugaz, sino de tempestad verdadera, en que habría sido peligroso, si no imposible, continuar la navegación hacia la costa erizada de rocas. Detrás se hallaba la arenosa bahía en la que esperó poder fondear aquella misma noche. Con pena, por el retraso, dio las órdenes oportunas para que recogieran velas. Luego cambió el rumbo del barco y marchó en busca de abrigo a una gran caverna rocosa. Allí podría aguardar el buen tiempo.

—No recuerdo haber visto nunca tempestad tan súbita y terrible —dijo a los marineros. —El cielo ayude a los que esta noche se hallen en alta mar.

Apenas había dicho estas palabras, cuando cayó un rayo inmediatamente seguido de un trueno horroroso. El mar se iluminó un instante, y el timonel gritó:

—¡Barco a la vista!

Daland corrió a cerciorarse de la nueva y pudo ver las luces de otra nave que entraba en la cueva. Oyó claramente las voces de mando de su capitán y muy pronto el barco recién venido estuvo anclado cabe⁴⁸ el noruego.

La extraña embarcación parecía muy combatida por la tempestad. Tenía las velas de color rojo de sangre y la tripulación, en aquel momento, las arriaba silenciosamente.

No se oía a bordo sonido de voces. Nada indicaba en sus tripulantes la alegría de haberse librado de los horrores de la tormenta. El navío estaba fondeado, y, a su bordo, reinaba silencio absoluto. Los marineros noruegos que se habían apresurado

⁴⁸Cabe: Cerca, junto de.

a dirigir al recién llegado palabras amistosas de bienvenida, se cansaron por fin al ver que no se contestaba a ellas.

Pero entonces el capitán saludó a Daland y le invitó a pasar a su bordo. Daland aceptó y en el camarote del extranjero permaneció parte de la noche.

—He viajado mucho, he ido errante por mares lejanos y desconocidos —dijo a Daland. —Poseo gran riqueza de oro, plata y piedras preciosas, guardado todo en cofres muy bien ocultos entre los tabiques de estos camarotes; pero toda mi ambición es el descanso y llegar a mi patria. ¡Con cuánto gusto daría yo la mitad de mis tesoros por hallar una mujer que me amara verdaderamente y quisiera ser mi mujer! Quiero buscarla en Noruega porque, según tengo entendido, las mujeres de esta nación son hermosas y amantes. ¿Qué consejo me das, tú que conoces el país, buen Daland?

Éste se sentía atraído por los nobles modales del extranjero, que era hombre de facciones muy correctas y bellas; más de tan pálido semblante que parecía de marfil. Sin embargo, lo que sobre todo fascinaba a Daland, eran los ojos de aquel hombre, negros y los más tristes que había visto en su vida.

Los del capitán noruego brillaron con alegría al oír que su interlocutor poseía tantas riquezas, e involuntariamente pensó en su hija Senta.

—No debo, noble extranjero, decir si nuestras muchachas son como lo crees; pero tengo una hija en mi casa y, si quieres acompañarme, por ti mismo podrás juzgar de su belleza.

El extranjero aceptó en seguida su proposición y se despidieron. Pero Daland no pudo dormir pensando en las riquezas

que en breve le pertenecerían. Muchas veces había deseado hallar un marido noble y rico para su hija y a la sazón estaba loco de alegría, pensando que nunca una tempestad había proporcionado tan buena fortuna a capitán alguno.

A la dorada luz del alba los dos barcos levaron anclas y dejaron el abrigo que la caverna les proporcionara, tomando el rumbo del pueblo de Daland.

En lo alto de uno de los dos acantilados, que como guardianes se elevaban a cada lado de la bahía, se hallaba la casa de Daland. Pequeña, blanca y bien abrigada de los vientos por los pinos que crecían entre las rocas.

La madre de Senta había muerto cuando ésta era pequeñita, y el marino, cuando miraba a su hija, le parecía ver de nuevo a la hermosa mujer que había amado tanto y que perdiera 18 años antes.

Durante sus largas ausencias por el mar, María, la vieja nodriza de la madre de Senta, vivía acompañando a ésta y cuidando la casa. En las interminables veladas de invierno, las muchachas del pueblo se reunían en la cocina, al lado del hogar en que ardían troncos de pino y, mientras giraban las ruedas de sus ruecas, María les relataba algún cuento de hadas, brujas y caballeros errantes, cuyos hechos eran la delicia de todas aquellas jóvenes.

—La niña es muy aficionada a estas canciones antiguas—dijo un día a Daland en son de queja— y su rueca se mueve perezosa mientras ella canta. Este no es modo de emplear bien el tiempo.

Pero el padre oía siempre estas quejas sonriendo.

—Dejadla hacer, dejadla hacer, María —contestaba. — Senta es aún niña. Ya vendrá tiempo de hilar en cuanto le haya pasado esta afición por los cuentos y las baladas.

Y, realmente, muy pocos hubieran tenido el valor de reprender a la joven. Excepto cuando cantaba, su voz se oía muy poco y su graciosa figura se movía silenciosamente por la casa y el jardín. Pero la afición favorita de Senta era permanecer en el borde del acantilado y contemplar cómo el mar se agitaba a sus pies.

Allí iba para ver si llegaba el barco de su padre, decía a María, porque Senta imaginaba que la anciana nodriza no la hubiera entendido, si le explicaba la fascinación que sentía contemplando el mar y mirando el juego de la luz sobre las aguas.

Y en cuanto la tormenta se desencadenaba y los vientos rugían levantando montañas de agua que iban a estrellarse furiosas contra el acantilado, haciendo retemblar la enorme roca y la casita de Senta, entonces el tumulto del viento y del mar parecía entrar en las venas de la joven. Iba de una parte a otra de la casa, inquieta, sintiendo deseos de ser gaviota para flotar en la ira del huracán.

En la pared de la cocina estaba colgado un retrato que desentonaba un poco de los sencillos adornos de la casa. Nadie sabía su origen; pero María, que por su edad conocía un poco más la historia de la familia, afirmaba que lo trajo un abuelo de Daland, también marino, quizá procedente de algún naufragio.

—Y es un hombre que está triste y tiene cara de malo —añadía.

Estoy segura de que tuvo algo que ver con el diablo.

Y después de estas palabras, María no dejaba de hacer la señal de la cruz y murmurar corta plegaria, rogando al cielo que la guardara de semejante pecado.

Pero Senta, por el contrario, estimaba el retrato, y sentía en su corazón inmensa piedad por un dolor que parecía tan profundo.

Muchas veces, cuando María estaba ocupada, Senta iba a contemplar el retrato, con la imaginación llena de ensueños, tratando de adivinar cuál podría ser aquel pesar tan hondo que ensombrecía el rostro del retrato.

Una noche de invierno, cuando la tormenta se desencadenaba más furiosa que de costumbre y la casa se estremecía al choque de las aguas contra la roca, María relató a Senta la historia de un hombre, cuya cara, según pensó la niña, pudiera haber sido como la del retrato colgado en la pared.

Era una historia del mar, de una noche de tempestad furiosa, mucho tiempo atrás, en que un barco luchaba por doblar el cabo de Buena Esperanza, aquel Cabo de tempestades tan temido por todos los que navegan. Una y otra vez el viento y el mar obligaban a la nave a retroceder, y una vez y otra la cólera del capitán aumentaba, y redoblaba sus esfuerzos para salvar el obstáculo. Toda la noche estuvo luchando y cuando al apuntar el día un marinero fatigado se atrevió a preguntar al capitán:

—¿No retrocedemos para ir a buscar abrigo en la bahía?
—el capitán, con los ojos centelleantes de ira, irritada la voz, gritó, después de proferir un terrible juramento.

—Doblaré el Cabo de Buena Esperanza esta noche aun cuando luego deba navegar eternamente.

Y su deseo fue oído. Una voz burlona le dijo al oído:

—En invierno y en verano, en las tempestades y en buen tiempo, de noche y de día, deberás navegar, siempre deseando el descanso, aunque sea el descanso de la muerte; pero siempre obligado a seguir adelante. Sólo tendrás una esperanza: cada siete años, al pasar cerca de la tierra, si hallas una joven que te ame hasta la muerte y quiera unir su destino al tuyo, entonces serás redimido.

Habían transcurrido muchas veces los siete años, y el día de tregua, con el corazón lleno de esperanza, el capitán deseaba hallar a la joven que debía libertarle de su destino; pero su anhelo quedó siempre defraudado.

El “Holandés Errante”, como le llamaban, era muy temido por los marinos, porque la mala suerte y las tempestades venían siempre después de haberlo hallado en alta mar.

A Senta le gustaba más esta historia que ninguna otra, y, en lo profundo de su corazón, habría deseado ser ella la mujer que con su amor pudiera redimir al marino errante.

Pero además de la anciana María, otra persona gustaba poco de las aficiones de Senta a las quimeras. Erick, joven cazador, amaba a la muchacha desde la época de la infancia, en que jugaban juntos. Era pobre y sabía que como Daland tenía otros proyectos respecto a su hija, no consentiría jamás en que se uniera a un pobre cazador. Senta, por su parte, quería al hermoso y valiente joven, y tres días antes, Erick obtuvo de ella la promesa de que ninguna otra persona en el mundo merecería su amor. Lleno, pues, de esperanzas, aguardaba impaciente la llegada de Daland para pedirle la mano de su hija.

Grande fue la alegría que produjo la noticia de que el barco de Daland, acompañado de otro, entraba en la bahía. Las muchachas del pueblo corrieron a la playa a dar la bienvenida a los viajeros, mientras Senta y María preparaban abundante comida en la cocina.

—Hija mía, te traigo a un amigo a quien espero acogerás favorablemente —dijo Daland después de haber estrechado a la joven entre sus brazos.

Y cuando Senta levantó la cabeza abrazada aún a su padre, el color desapareció rápidamente de sus mejillas, sintiendo su corazón invadido por la sorpresa y el temor, porque ante ella se hallaba la imagen viviente del retrato colgado de la pared. Aquel hombre, con el más triste de los semblantes, estaba a su lado y en voz queda, como fatigada, suplicaba se le concediera hospitalidad.

—Me produce la impresión de que lo conozco desde que nací —dijo Senta a Daland, dando su mano al extranjero que la miraba extasiado.

La comida fue alegre en extremo. Daland estaba muy regocijado por hallarse de nuevo en su casa, y con gran placer se percató del buen recibimiento que Senta dispensó al extranjero.

—Dejaré que él mismo relate su historia —se dijo—. Con una joven como Senta, el buen aspecto de mi nuevo amigo causará más impresión que mencionar sus riquezas.

Y sus ojos brillaban de júbilo cuando pensaba en la buena fortuna que había tocado en suerte a su hija.

—Conozco esta nave —dijo un anciano marinero que había venido de tierra a recibir a su nieto—; es la del “Holandés

Errante” y tanto su capitán como su tripulación se hallan bajo el poder de Satanás. Dios quiera que tesoros de tan mala procedencia no tienten a Daland y dé su hija a este maldito.

Y los marineros se estremecieron de terror al oír tal cosa.

Erick, el cazador, que durante toda el día había estado en la montaña, llegó al buque a tiempo para oír lo que dijo el viejo marinero. Desconsolado fue a tierra en busca de Daland, para avisarle de la verdadera condición de su huésped.

En los acantilados divisó a Senta mirando hacia el mar con ojos soñadores.

—¿Es verdad, Senta —preguntó— que te has prometido con el capitán extranjero?

—Sí, Erick —repuso la joven—. Toda mi vida lo he estado aguardando y ahora mi corazón me ordena que lo siga por todo el mundo.

—¿Y no recuerdas la promesa que me hiciste? —exclamó irritado Erick—. ¿No sabes que este hombre está maldito y que el mar y la tierra le niegan un asilo por haber hecho pacto con el diablo? ¡Tu amor es mío! Sólo han pasado tres días desde que me dijiste que a nadie concederías tu amor, y ahora reclamo tu promesa.

Erick cogió las manos de Senta para atraerla hacia sí. Al hacerlo, una sombra se adelantó desde un rincón de la roca y se oyó una voz llena de tristeza exclamar:

—¡Tú también eres falsa; estoy perdido sin remedio!

Era la voz del capitán extranjero, que echó a correr hacia la playa gritando:

—¡Al mar! ¡Al mar! ¡A navegar de nuevo!

Y mientras subía a bordo, las velas rojas fueron izadas por la fantástica tripulación, y el barco empezó a navegar.

Senta permaneció inmóvil durante un minuto, aterrada por las tristes palabras de su prometido; pero pasado su estupor grito:

—¡No te vayas! ¡Soy tuya tan sólo y te seré fiel hasta la muerte!

Pero el capitán no oía nada. Las rojas velas de la nave se habían hinchado y a impulsos de la brisa y sobre las aguas, empezaba a dibujarse la estela de su marcha.

Senta dirigió una mirada de despedida a la blanca casita, al jardín en que durante toda su vida había morado y al valiente cazador que aún permanecía a su lado. Luego echó a correr por las rocas hasta llegar al sitio en que terminaba formando precipicio y gritando:

—¡Ya vengo! —se arrojó a las aguas.

Al caer, un rayo de luz salió de las nubes que cubrían el cielo del crepúsculo, y los que miraban aquella escena, vieron desaparecer el buque fantasma, mientras las imágenes de Senta y el “Holandés Errante”; con las manos entrelazadas, ascendían por un rayo de sol, hacia las glorias celestiales.





GOETHE

HERMANN Y DOROTHEA





HERMANN Y DOROTHEA

Toda la ciudad salió ese día a la carretera para ver una caravana de proscritos. El mesonero de El León de Oro no podía presenciar el infortunio de esa gente que abandonaba las fértiles praderas de allende el Rhin, devastadas por la guerra; pero su mujer escogió algunas piezas de ropa usada, provisiones y bebidas, y mandaron a su hijo Hermann que las repartiese entre los proscritos. Mientras tanto, ella y su esposo esperaban el regreso de sus vecinos —el Pastor y el boticario— para oírles comentar tan desgraciado suceso).

HERMANN

Al penetrar en la sala el gallardo mancebo, dirigióle el pastor una escrutadora y penetrante mirada, observando su porte y su semblante, como quien lee fácilmente en una fisonomía.

—Volvéis muy cambiado —díjole luego amistosamente y sonriéndole—. Nunca os vi la cara tan alegre, ni tan viva la mirada. Volvéis contento y sereno; se conoce que habéis distribuido vuestros dones a los pobres y recibido sus bendiciones.

—Ignoro si he hecho una acción digna de alabanza, contestó el joven con calma y seriedad; pero mi corazón me ha obligado a hacerla tal como voy a contaros. Mucho habéis buscado, madre, para encontrar y escoger la ropa usada; tarde estuvo listo el paquete, y el vino y la cerveza fueron también, lenta y cuidadosamente embalados. Cuando, por fin, salí de la ciudad y gané la carretera, encontré la muchedumbre de conciudadanos, mujeres y niños, que volvían, pues el cortejo de los desterrados estaba ya lejos. Aceleré el paso a mis caballos y corrí al pueblo, donde oí decir que debían hacer alto y pasar la noche. Como en todo el trayecto, continué caminando por la carretera, cuando descubrí, a mi frente, un carro de sólida construcción, arrastrado por los dos más hermosos y fuertes bueyes que he visto de procedencia extranjera. Al lado del carro marchaba con paso firme una joven dirigiendo con una larga varita el poderoso tiro, acelerándolo, parándolo, conduciéndolo en fin con rara habilidad. Luego que me vio, acercóse tranquilamente a mis caballos y me dijo:

—No siempre hemos vivido en la miseria en que nos veis hoy por este camino, ni estoy acostumbrada todavía a implorar la limosna al extraño, que muchas veces la da de mala gana y para desembarazarse del pobre; pero la necesidad es la que me obliga a hablar. Aquí, echada en la paja, la esposa del rico hacendado acaba de dar a luz; la he salvado con grandes cuidados. Llegamos más tarde que los otros y temo que no podrá sobrevivir a su infortunio. El recién nacido está desnudo en sus brazos, y los nuestros poco podrían hacer para socorrernos aunque los encontrásemos en el pueblo cercano, donde hoy

pensamos descansar; me temo no obstante que ya habrán partido. Si sois de estas cercanías y tenéis algo de ropa de que podáis prescindir, dadlo en caridad a estos pobres.

Así dijo. La pobre mujer, horriblemente pálida, incorporada con gran esfuerzo en la paja, me miraba con fijeza.

—Verdaderamente, contesté, un espíritu divino habla frecuentemente a las buenas almas para hacerles sentir la desgracia que amenaza a sus pobres hermanos. Así le ha sucedido a mi madre, quien presintiendo vuestro dolor, me ha entregado un paquete para ofrecerlo a la desnuda indigencia.

Diciendo estas palabras, deslié los nudos del cordón y entregué a la muchacha la bata de mi padre; le di también las camisas y las sábanas. Dióme las gracias con grandes transportes de alegría y exclamó:

—Los dichosos no creen que sucedan todavía milagros y, sin embargo, en el infortunio se conoce la mano de Dios que conduce a los buenos hacia las bellas acciones. ¡Dios quiera devolveros el mismo bien, que Él nos hace por vos!

Mientras, veía yo a la enferma, palpando con alegría las diversas ropas, sobre todo la suave franela de la bata.

—Apresurémonos, le dijo la muchacha, a llegar al pueblo donde nuestra gente ya descansa y pasará la noche. Allí prepararé en seguida los pañales del niño.

Me saludó una vez más, me dio las más expresivas gracias, luego aguijoneó los bueyes y el carro siguió su camino. Me paré, reteniendo mis caballos, pues dudaba entre dos ideas. ¿Debía seguir rápidamente hacia el pueblo y repartir las provisiones a los demás desterrados o entregárselo todo a la muchacha para

que con mayor prudencia ella los distribuyera? Me decidí de pronto, la seguí y, alcanzándola, me apresuré a decirle:

—Buena muchacha. Mi madre no ha puesto solamente en mi carruaje ropa para vestir a los necesitados; ha puesto también provisiones y bebidas, de las que tengo en abundancia en los cajones del coche. Pero ahora quisiera poner todos estos dones en tus manos. De esta manera cumpliría mucho mejor mi encargo, porque tú repartirás con inteligencia y yo me vería obligado a hacerlo al azar.

—Distribuiré vuestros dones con entera fidelidad. ¡Cuántos pobres regocijaréis con ellos! —me contestó.

Abrí en seguida los cajones del coche, saqué los pesados jamones, los panes, las botellas de vino y de cerveza, y se lo di todo; más hubiera querido darle, pero ya los cajones quedaban vacíos. Púsolo todo en su carruaje, a los pies de la pobre mujer, y prosiguió su camino. Yo tomé con mis caballos el camino de la ciudad.

En cuanto concluyó Hermann su relación, el hablador boticario tomó en seguida la palabra y exclamó:

—¡Cuán dichoso es, en estos días de destierro y de dolor, el que vive solo en su casa y no ve a su mujer y a sus hijos apretarse, con angustia, a su alrededor! Me siento feliz ahora. No quisiera, ni con mucho, ser hoy padre de familia y tener que temer por mi mujer y mis hijos. A menudo he pensado en la huida y he recogido mis mejores efectos; la plata antigua y las cadenas de mi difunta madre, que aún conservo. A pesar de todo, sería preciso abandonar muchas cosas difíciles de reemplazar. Echaría mucho en falta mis plantas y raíces medicinales, recogidas

con grandes cuidados, aunque su valor sea poco; pero, dejando en casa a mi dependiente, marcharía sin ningún temor. Si salvo mi dinero y mi persona ya está todo salvado. Un hombre solo se escapa como un pájaro.

—No soy de vuestro parecer, vecino —replicó el joven Hermann con energía—, y no puedo aprobar vuestras palabras. ¿Es hombre digno el que en la desgracia y en la fortuna no piensa más que en sí, que no comparte con nadie sus alegrías ni sus penas y cuyo corazón no le impulsa a ello? Hoy más que nunca me decidiría a casarme, pues muchas jóvenes tienen necesidad de un hombre que las proteja, y los hombres de una mujer que los consuele, cuando les amenaza algún peligro.

—Me gusta oírte hablar así —dijo el padre sonriendo a su hijo. —Pocas veces has pronunciado palabras tan acertadas.

—Hijo mío —se apresuró a interrumpir la buena madre—, tus padres te han dado el ejemplo. No fue en días de fiesta en que nos prometimos; muy al contrario, la hora más triste nos unió. Un día antes había estallado aquel formidable incendio que redujo a ceniza nuestra pequeña ciudad... hace de esto 20 años.

—La idea de nuestro hijo es digna de alabanza —contestó vivamente el padre—, es muy cierta también, querida esposa, la historia que contaste; así, exactamente, fue como sucedieron las cosas. Pero siempre lo mejor es preferible. No le ocurre a todo el mundo el empezar la vida y la fortuna desde el primer momento; tampoco todo el mundo está obligado a angustiarse tanto como nosotros. ¡Oh! ¡Qué feliz es el que recibe de sus padres una casa ya bien provista y que él no tiene más que enriquecer! Todo

principio es escabroso y más que ninguno el de una familia. Son muchas las necesidades y todo encarece más cada día. Debe, pues, el hombre ponerse en condiciones de ganar más dinero. Por tanto espero de ti, querido Hermann, que traerás pronto a casa una muchacha hermosa y bien dotada, pues un bravo mozo merece una joven rica. ¡Es tan agradable ver llegar, junto con la mujercita deseada, cofres y canastas de útiles regalos! No en vano, durante muchos años, la madre prepara en abundancia para su hija el fino y sólido lienzo; no en vano los padrinos le regalan objetos de plata y el padre pone aparte en su alcancía la escasa moneda de oro, pues su hija debe agradecer, algún día, con sus bienes y regalos, al muchacho que la ha escogido entre todas. Sí, yo sé cuán dichosa se encuentra en su casa la mujercita, cuando mira sus propios muebles en la cocina y en las habitaciones; y cuando ella misma ha proporcionado la ropa de mesa y cama. No quisiera ver en casa más que una esposa con un buen dote; la mujer pobre acaba por ser odiosa a su marido; se mira como a una criada que ha entrado con un pequeño lío. Los hombres nunca son justos; el tiempo y el amor pasan. Sí, Hermann mío, tú alegrarías mucho mi vejez si trajeras pronto a casa una nuerecita del vecindario, de aquella casa verde. El padre es rico, su comercio y sus fábricas prosperan de día y día. (¡En qué no gana el comerciante!) No tiene más que tres hijas y serán las únicas que se repartirán sus bienes. La mayor sé ya que está prometida; pero la segunda y la pequeña están libres, aunque quizás no lo estén por mucho tiempo. Si yo hubiese estado como tú, no hubiera vacilado; hubiera ido a buscar una de estas muchachas, como me llevé a tu madre.

—En verdad —contestó el hijo modestamente a las instancias de su padre— mi deseo era, como el vuestro, escoger por esposa a una de las hijas de nuestro vecino. Nos hemos criado juntos, hemos jugado muchas veces en la fuente de la plaza y a menudo las he defendido de las travesuras de los chiquillos. Hace de esto ya mucho tiempo. Las muchachas ya mayores quedábanse juiciosamente en sus casas y rehuían nuestros revoltosos juegos. Han recibido buena educación; por complaceros he ido algunas veces a visitarlas como antiguas amigas, pero nunca me ha gustado su compañía; siempre tenía que sufrir sus burlas. Mi chaquetón era excesivamente largo, la ropa muy ordinaria y el color muy vulgar; mis cabellos estaban mal cortados y peor rizados. Por fin, quise hacer como esos dependientes que iban a su casa los domingos y que en verano se pavonean con sus trajes de seda, pero reparé que se burlaban siempre de mí y me sentí molesto; mi dignidad quedó ofendida. Sin embargo, lo que me mortificaba más todavía era no ver reconocida la buena voluntad que les tenía; sobre todo a Minette, la más joven. Fui a visitarlas, la última vez, por Pascua; me había puesto el traje nuevo, que ahora tengo colgado en el armario, e iba peinado y rizado como los demás. Cuando entré, se echaron a reír; pero no creí que fuera yo la causa. Minette estaba tocando el clavicordio. Su padre, satisfecho y de buena humor, se complacía oyendo cantar a su hija. Las canciones tenían muchas palabras que yo no entendía; pero oí repetir a menudo Pamina y otras veces Tamino. No quise, sin embargo, quedarme mudo. En cuanto concluyó, pregunté qué significaban aquellas palabras y quiénes eran aquellos personajes. Todo el mundo se

callaba y sonreía hasta que al fin me dijo el padre: ¿Verdad, amigo mío, que no conoces más que a Adán y Eva? Entonces nadie se aguantó más; las muchachas se echaron a reír, los muchachos igualmente y el padre tenía que sostenerse el vientre con ambas manos. En mi confusión se me cayó el sombrero y las risas continuaron a pesar de sus juegos y sus cantos. Me apresuré a volver a casa, vergonzoso y disgustado; coloqué el traje en el armario, alisé mis cabellos con los dedos y juré no volver más a esa casa. Hice bien, pues son vanidosas e insensibles y he oído decir que en su casa no me llaman más que Tamino.

—Hermann —contestó la madre—, no debieras estar tanto tiempo enfadado con estas muchachas, pues todas son muy niñas todavía. La verdad es que Minette es buena y siempre te ha tenido afecto. El otro día me preguntó por ti. Debieras fijar en ella tu elección.

—No sé, replicó el hijo titubeando; esta pena me dejó una impresión tan profunda que, verdaderamente, no podría volverla a ver en el clavicordio, ni escuchar sus canciones.

—Oyendo esto, dijo el padre violentamente, me complaces muy poco. Te he dicho varias veces, al ver que no te gustaban más que los caballos y el trabajo: haces lo que puede hacer el criado de un hombre rico; y en tanto me veo abandonado de un hijo que podría honrarme a los ojos de mis conciudadanos. Tu madre me engañaba, con vanas esperanzas, cuando no podías llegar a aprender en la escuela, a leer y a escribir como los demás niños, ocupando siempre el último sitio. Esto es lo que sucede cuando un muchacho no desea instruirse y el sentimiento del honor no domina en su corazón. Si mi padre hubiera hecho

por mí lo que yo contigo, si se me hubiera mandado a la escuela y dado maestros, hoy sería otra cosa que mesonero del León de Oro. Entre tanto, el hijo se había levantado y se acercaba en silencio a la puerta. Gritóle entonces el padre irritado:

—Vete, vete, conozco tu carácter. Vete, continúa trabajando para la casa para que no tenga que regañarte; pero no pienses traerme por nuera una campesina o una palurda. He vivido mucho y sé tratar a las gentes; sé recibir a los caballeros y señoras para que se vayan satisfechos de mi casa, sé hacerme agradable a los extranjeros; pero quiero que mi nuera me guarde todas las atenciones y que aminore mis grandes fatigas, quiero que me complazca tocando el clavicordio, y quiero, por fin, que el gran mundo y la buena sociedad se reúnan gustosos en mi casa, como hacen los domingos en la de mi vecino.

Entonces Hermann, levantando suavemente el pestillo, salió de la sala.

(Mientras los señores discutían, la madre fue en busca de Hermann. Lo encontró lleno de inquietudes, recostado a la sombra de un gran peral. Quería ir a la guerra, salir de su casa monótona; pero la madre, ganando cariñosamente la confianza del hijo, supo la causa verdadera de tan extraños sentimientos: Hermann amaba a la proscrita que le pidió socorro.

Refunfuñando, el padre permitió a Hermann que saliese a buscarla; pero el pastor y el boticario deberían inquirir primero su procedencia, calidad y virtudes. Así, los tres se trasladaron al pueblecillo donde iban a pasar la noche los de la caravana; sólo que Hermann prefirió esperar a sus amigos en la carretera. Regresaron ellos sumamente complacidos de las alabanzas que

el anciano juez, las mujeres, los niños, todo el cortejo en fin, prodigaron a la bella proscrita. Sin embargo, Hermann parecía triste: ¿Cómo podría una mujer buena y hermosa, en la flor de la edad, no haber dado ya su corazón a un hombre digno? Hermann suplicó a sus vecinos que regresasen a la ciudad en el coche. Él volverán, más tarde, a través del campo).

DOROTHEA

Como el caminante, que antes de la puesta del sol dirige sus miradas, una vez más, al astro pronto a desaparecer, y ve flotar luego su imagen en el bosque sombrío, sobre las crestas de las rocas, como donde quiera que mire, acude el sol y brilla y fluctúa con magníficos colores, así la imagen de la bella extranjera se deslizaba suavemente delante de Hermann y parecía seguir el camino de entre los trigos. Despertóse, sin embargo, de este sorprendente sueño y se dirigía lentamente hacia el pueblo, cuando se sorprendió nuevamente, pues avanzaba, otra vez, a su encuentro, la noble figura de la admirable doncella. Observó atentamente; no eran apariencias. Era ella misma que llevaba en las manos dos jarras de asa, una mayor que otra y andaba con presteza hacia la fuente. Hermann se adelantó, gozoso, a su encuentro; su vista le infundió fuerza y valor, y habló en estos términos:

—Te encuentro otra vez, virtuosa joven, ocupada en llevar socorro al prójimo y complaciéndote en aliviar a tus hermanos. Dime, ¿por qué vienes sola a esta fuente lejana, teniendo otras cerca del lugar? Sin duda ésta tiene una virtud particular y gusto agradable, y me figuro que se la llevas a aquella enferma que salvaste con tus asiduos cuidados.

—Mi excursión a la fuente —dijo la joven, después de saludarle graciosamente—, queda ya compensada, pues que me encuentro al hombre caritativo que tantas cosas nos dio. La presencia del donante es tan agradable como los dones. Pues bien, venid y ved por vuestros propios ojos quiénes han sido los que se han aprovechado de vuestra liberalidad, y recibid las gracias de los desgraciados que aliviasteis. Pero, para enteraros antes del por qué he venido a esta fuente que sin cesar mana tan pura, os diré que, con imprevisión, los hombres han enturbiado toda el agua del pueblo, haciendo patear a sus caballos y bueyes, al atravesar el manantial que surte a sus habitantes. Lavando su ropa han ensuciado todas las pilas y fuentes del lugar, pues cada cual sólo piensa más en proveerse de lo necesario prontamente, sin acordarse del que viene detrás.

Hablando así, habían llegado al pie de los anchos escalones y se sentaron en la pequeña pared que rodea el manantial.

Inclinóse sobre el agua para tomarla, y él, cogiendo la otra jarra, hizo lo propio. Entonces vieron sus imágenes, reflejadas, balancearse en el azul del cielo, hacerse señas y saludarse amistosamente en el espejo.

—Déjame beber, dijo alegremente el muchacho.

Presentóle ella la jarra y descansaron luego los dos familiarmente apoyados sobre las cántaras.

—Dime, dijo por fin ella a su amigo: ¿Por qué te encuentro aquí, sin carruaje ni caballos y lejos del sitio donde antes te vi? ¿Cómo has venido?

Pensativo, Hermann permanecía con los ojos fijos en el suelo. Levantólos luego tranquilamente, mirándola y fijándolos

en los de ella, y sintióse tranquilo y confiado. Sin embargo, le era imposible hablar de amor a la extranjera. Los ojos de la muchacha no expresaban amor, sino una gran prudencia que obligaba a hablar con sentimiento. Se sobrepuso por fin, y díjole cordialmente:

—Déjame hablar, hija mía, y contestar a tus preguntas. Por ti he venido. ¿A qué esconderlo? Vivo feliz al lado de mis padres, a quienes ayudo, fielmente, a gobernar nuestra casa y nuestros bienes. Soy hijo único y nuestros trabajos numerosos. Yo cultivo la tierra, mi padre gobierna con asiduidad la casa, y mi laboriosa madre cuida de conservar el orden doméstico. Sin duda, habrás observado que los criados, molestando a su ama con su infidelidad, la obligan a cambiar y a trocar defecto por defecto. Así, pues, mi madre deseaba desde hace tiempo, para su casa, una muchacha que le ayudase no solamente con sus brazos, sino con el corazón, y reemplazase a la hija que tuvo la desgracia de perder, siendo muy joven. Cuando te vi en el carro demostrar tanta destreza, cuando he visto la fuerza de tu brazo y tu perfecta salud, cuando oí tus atinadas palabras, corrí a casa, muy sorprendido, para hacer a mis padres y amigos el elogio que merece la extranjera. Ahora vengo a exponerte su deseo y el mío... perdona mi turbación...

—Acabad sin temor, contestó ella. No me ofendéis: os he escuchado con agradecimiento. Hablad sin rodeos; la palabra no me asusta. Deseáis tomarme como sirvienta de vuestros padres, para cuidar de vuestra casa, bien sostenida hasta ahora, y creéis encontrar en mí una muchacha diligente, habituada al trabajo y de carácter bondadoso. Vuestra proposición ha sido buena,

fuerza es que mi respuesta lo sea también. Iré con vos, obedeciendo al destino que me llama. Mi deber queda cumplido. He conducido a la enferma cerca de los suyos que, contentos de su salvación, se hallan ya reunidos. Todos están persuadidos de que pronto volverán a su patria. El desterrado acostumbra a hacerse siempre estas ilusiones; pero yo no me engaño con esa frívola esperanza, en días tan tristes, que prometen ser muchos más aún. Pues los lazos del mundo están ya rotos ¿quién podrá apretarlos, sino las últimas desgracias que nos amenazan? Si puedo ganarme la vida como sirvienta en casa de un hombre respetable, bajo la vigilancia de una buena ama, lo haré gustosa; una muchacha errante goza siempre de dudosa reputación. Os seguiré, pues, en cuanto haya devuelto las jarras a mis amigos y recibido las bendiciones de aquellas buenas gentes.

Hemann escuchó con alegría la resolución de la joven y se preguntó si no debía, ahora, revelarle la verdad; pero le pareció mejor dejarla en el engaño, conducirla a su casa, y únicamente allí buscar su amor. ¡Ah! ¡Véía un aro de oro en el dedo de la extranjera!... No quiso, pues, interrumpirla y siguió escuchando con atento oído.

—Volvámonos—, continuó. Se critica siempre a las muchachas que están mucho rato en la fuente. ¡Y, sin embargo, es tan agradable charlar cerca del bullicioso manantial!

Se levantaron y miráronse los dos, una vez más, en la fuente, y un dulce pesar se apoderó de ellos.

Entonces ella, sin decir nada, tomó las dos jarras por el asa y subió los escalones, mientras Hermann, siguiéndola, le pidió una de las jarras para aligerar su peso.

—Dejad, dijo ella, la carga igualada es más fácil de llevar. Y el dueño que más tarde ha de mandarme no debe servirme. No me miréis tan seriamente y como si mi suerte fuese digna de compasión. La mujer, desde muy pronto, debe acostumbrarse a servir según su destino, pues sólo sirviendo se llega por fin a mandar y a poseer la merecida autoridad que en el hogar le pertenece. Desde pequeña, sirve a su hermano y a sus padres, y durante toda su vida no cesa de ir y venir, de llevar, preparar y trabajar para los demás. Muy dichosa es, si de esta manera se acostumbra a no encontrar ningún camino demasiado penoso.

Así hablando, había llegado, a través de los jardines, con su silencioso compañero, hasta la era de la granja, donde descansaba la enferma a quien había dejado contenta entre sus hijos. Entraron ambos, mientras por el otro lado apareció, al mismo tiempo, el juez, con un niño de cada mano. Su madre desolada, hasta entonces no supo qué había sido de ellos, y el anciano había-los encontrado entre la multitud. Llegaron saltando de alegría, saludaron a su buena madre y se regocijaron con la vista de su hermano, su nuevo camarada. Luego se echaron encima de Dorothea y le saludaron amistosamente, pidiéndole pan y fruta, pero ante todo, qué beber. Ofreció agua a todo el mundo. Sacióronse todos y elogiaron tan excelente agua. Era algo ácida, refrescante y muy higiénica.

—Amigos míos, dijo entonces la joven, mirándolos seriamente. Ésta es, me figuro, la última vez que presento la jarra a vuestros labios, para refrescarlos. De ahora en adelante, cuando durante el calor del día bebáis la salutífera agua, cuando encontréis bajo la sombra del descanso y el puro manantial,

acordaos de mí y de los afectuosos servicios que os he prestado, más como amiga que como parienta. Del bien que me habéis hecho me acordaré toda mi vida. Os dejo con sentimiento; pero hoy cada uno de nosotros es para los demás mejor una carga que un alivio. Ved al joven a quien debéis todos aquellos presentes, los pañales del niño y las bienvenidas provisiones; viene a alquilarme, desea tenerme en su casa, para que sirva a sus buenos y ricos padres. No rehúso, pues una muchacha está siempre llamada a servir y sería molesto quedarse ociosa en casa y verse servida. Le seguiré, pues, gustosa. Parece ser un joven prudente, y sus padres serán, a no dudarlo, tal como deben de ser los ricos. ¡Adiós, pues, querida amiga! ¡Que este hijo, lleno de vida, que fija en vos su inquieta mirada, labre vuestra felicidad! Cuando lo estrechéis en vuestro seno con estos pañales de colores, acordaos del hombre que os los dio y que ahora dará a vuestra amiga alimento y vestido. Y vos, excelente hombre, añadió, volviéndose hacia el juez, sed bendecido por haberme servido de padre en más de una ocasión.

Arrodillóse luego delante de la buena mujer, besó su rostro lleno de lágrimas y recogió el dulce murmullo de su bendición.

—Merecéis, amigo mío, dijo el venerable juez, ser contado entre los hombres prácticos, atentos siempre a procurarse personas de mérito para administrar los quehaceres de la casa. A menudo he visto que se examina cuidadosamente a los bueyes, a los caballos y al ganado que se quiera vender cambiar, mientras que el azar es el que proporciona a quien se confía la casa. Pero vos sois hombre hábil y habéis tomado para serviros y servir a vuestros padres, una persona virtuosa. Tratadla bien,

pues tanto tiempo como sirva en vuestra casa, no sentiréis la necesidad de tener una hermana, ni vuestros padres una hija.

En esto llegaron algunos próximos parientes de la enferma, la trajeron diferentes cosas y le anunciaron mejor morada. Supieron todos la resolución de la joven y bendijeron a Hermann con ojos expresivos, mientras comunicábanse sus secretos pensamientos y se decían al oído: “Si de su dueño pasa a ser esposo, ya tiene labrada su fortuna”.

Partamos, dijo Hermann, tomándola de la mano. El día declina ya y la pequeña ciudad está distante.

Entonces las mujeres, cuya charla se animaba, abrazaron a Dorothea. Hermann la arrastraba, mientras ella encargaba todavía su despedida a los amigos ausentes. Los niños, gritando y llorando desesperadamente, se colgaban de su ropa y no querían dejar marchar a su segunda madre.

Algunas mujeres les impusieron silencio, diciéndoles: Callaos, niños. Va a la vecina ciudad y os traerá buen mazapán, que vuestro hermanito ha encargado para vosotros, cuando, al traerlo una cigüeña, pasó por delante de la confitería. Muy pronto, pues, la veréis volver trayéndoos los hermosos cuernos dorados.

Los niños dejáronla entonces partir, y Hermann la arrancaba a duras penas de los últimos abrazos y de los pañuelos que desde lejos la saludaban.

(Cuando Hermann y Dorothea entraron a la casa, nadie se sorprendió de su presencia. El padre saludó a Dorothea, diciéndole familiarmente: Hija mía, veo que Hermann demuestra tan buen gusto como su padre. Siempre, en los bailes, mi pareja fue la más hermosa, y luego me casé con la más linda

de las mujeres: vuestra madrecita. Por la novia se conoce el carácter del novio y se sabe apreciarlo justamente; pero, sin duda, poco tiempo necesitaste para resolverte, por más que, a decir verdad, no es muy penoso seguir a Hermann.

Dorothea quedó profundamente confundida, porque las palabras del mesonero le parecían una burla cruel. Antes de que Hermann pudiese darle una explicación, ella se apresuró a pedir disculpas. Sin reflexionarlo casi —dijo— vine como criada por amor a Hermann con la esperanza de agradarle algún día; pero el saludo del padre le descubrió sus propios sentimientos y la llenaba de vergüenza. Sin duda, su pretensión era absurda. ¿Cómo pudo pensar que Hermann amaría a una sirvienta?

Hermann no la dejó continuar. Le dijo que sus padres saludaban en ella a la novia porque como tal la quería. De manera que, volviendo el júbilo a los corazones, ahí mismo celebró el pastor los desposorios de Hermann y Dorothea, los perfectos amantes).





ITALIA





ANÓNIMO

DE CÓMO SAN FRANCISCO SANÓ A UN LEPROSO DE CUERPO Y ALMA





DE CÓMO SAN FRANCISCO SANÓ A UN LEPROSO DE CUERPO Y ALMA

El verdadero discípulo de Cristo, San Francisco de Asís, vi-
viendo en esta miserable vida, ingeniábase con todas su
fuerzas en seguir a Cristo, perfecto maestro; de aquí sucedía
frecuentes veces, que a quien él sanaba el cuerpo, Dios sanába-
le el alma. Y por eso, no solamente servía con gusto a los lepro-
sos, sino que, además, había ordenado que los hermanos de su
Orden, en sus andanzas y descanso por el mundo, sirvieron a
los leprosos por amor de Cristo.

En un convento, cerca de donde vivía entonces San Francisco,
los hermanos servían en un hospital a los leprosos y enfermos.
Y había un leproso tan impaciente y tan insoportable, que todos
creían que estaba poseído del demonio, porque maltrataba de
palabra y golpeaba brutalmente a quien le servía; y —lo que era
peor—, blasfemaba en modo tal, que no se encontraba quien lo
quisiera o pudiese servir.

Y sucedía que las injurias o villanías propias, intentaban
los hermanos llevarlas pacientemente para acrecer el mérito de

la paciencia, mientras que, no pudiendo soportar sus conciencias las injurias contra Dios, determináronse a abandonarle del todo; pero no lo quisieron hacer hasta que se lo dijieran ordenadamente a San Francisco.

Y dicho que se le hubieron, fue San Francisco a aquel leproso perverso, y, llegándose a él, saludóle diciendo:

—Dios te dé paz, hermano mío amadísimo.

Respondió el leproso, reprochándole ásperamente:

—¿Qué paz puede haber de Dios que me ha quitado la paz y todo bien y me ha hecho flaco y maldiciente?

Y San Francisco dijo:

—Hijo, ten paciencia, porque las enfermedades del cuerpo nos las da Dios en este mundo para salud del alma, porque son de gran mérito cuando son llevadas pacientemente.

Respondió el enfermo:

—¿Y cómo puedo llevar pacientemente la pena que sufro día y noche? Y no estoy afligido únicamente por mi enfermedad, sino que me la hacen peor los frailes que me diste para que me sirvieran como deben.

Entonces San Francisco, conociendo que este leproso estaba poseído del espíritu maligno, fue a ponerse en oración y rogó a Dios devotamente por él.

Y hecha la oración volvió a él, y dícele así:

—Hijo, quiero servirte yo, pues que no estás contento con los otros.

—Pláceme —dijo el enfermo— ¿Pero qué más puedes hacer tú que los otros?

Respondió San Francisco:

—Lo que tú quieras haré.

Dijo el enfermo:

—Quiero que me laves por completo, porque huelo tan fuertemente que yo mismo no lo puedo sufrir.

Entonces San Francisco hizo en seguida calentar agua con muchas yerbas olorosas; luego le desnuda y comienza a lavarlo con sus manos, mientras otro fraile tenía el agua. Y donde San Francisco tocaba con sus santas manos, desaparecía la lepra y quedaba la carne completamente sana.

Y así como empezó a sanar la carne, empezó a sanar el alma, y viendo el leproso que comenzaba a curar, comenzó a tener gran arrepentimiento de sus pecados y a llorar amargamente. De manera que mientras el cuerpo se limpiaba por fuera de la lepra por el lavatorio de agua, el alma, dentro, se limpiaba del pecado por las lágrimas.

Y estando perfectamente sano en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma, humildemente acusaba sus culpas, y decía llorando en alta voz:

—¡Ay de mí, que soy merecedor del infierno por las villanías e injurias que hice a los hermanos y por la impaciencia y las blasfemias que he dicho!





INGLATERRA





WILLIAM SHAKESPEARE

EL REY LEAR





EL REY LEAR

Gobernaba la noble Bretaña el anciano rey Lear. Gonerila, Regania y Cordelia llamábase sus hijas. Casadas Gonerila y Regania con dos opulentos duques, Lear encontraba en la dulce Cordelia el descanso de su vejez.

Era Cordelia de apacible carácter y de firme transparente corazón.

Un día entre los años el rey Lear creyó llegado el tiempo de abandonar el trono. Su vejez le dictaba tranquilidad y descanso en las fatigas. Así, pensó dividir el reino entre sus tres hijas para que con sus esposos gobernara cada una su parte. Pero como Cordelia permanecía soltera, decidióse a convencerla de que escogiera entre el rey de Francia y un noble duque que pretendían su mano. El viejo rey convocó solemnemente a sus vasallos para expresarles su deseo de partir el reino entre sus tres hijas. Y añadió:

—Antes de hacerlo, sólo deseo saber cuál de las tres siente por mí mayor afecto. Quiero que mi recompensa sea como su cariño.

Y preguntó a Gonerila, la hija mayor, cómo era el amor que hacia él sentía.

—Os amo —dijo Gonerila, —más que a los goces de los ojos, más que a mi libertad, más que a las riquezas todas de la tierra. Os amo tanto como a mi vida, mi salud, mi belleza y mi honor. Ninguna hija amó a su padre más de lo que yo os amo.

A cambio de sus palabras dióle el rey una de las mejores partes de su reino. Aquélla de fértiles campiñas, de bosques umbrosos, de resonantes ríos y dilatadas praderas.

En seguida preguntó a su hija Regania.

—Gonerila ha hablado por mí —dijo Regania—. Ella ha encontrado en sus frases la expresión de mi afecto; pero aún os quiero más porque yo no sé de otra felicidad que vuestro cariño.

Satisfecho el rey Lear al oír las palabras de su segunda hija, le ofreció otra parte de su reino para que la gobernase como suya.

Y volvióse luego hacia la predilecta Cordelia, y, como a sus hermanas, la instó a declarar en voz alta su afecto filial.

Cordelia, cuyo corazón valía más que sus palabras, permaneció en silencio.

—¿Qué tienes que decir? —preguntó el rey Lear.

—Nada, señor —respondió Cordelia.

—¿Nada? —preguntó Lear sorprendido.

—Nada —respondió dulcemente Cordelia.

Entonces el rey, asombrado y colérico, le ordenó que hablara.

—Sois mi padre —dijo Cordelia. —Me dísteis vida, alimento, cariño; correspondo a cuanto os debo como es justo; os obedezco, os amo, os honro. No comprendo por qué mis

hermanas tomaron esposo, si os amaban sobre todas las cosas, como dicen amaros. Cuando yo me case, el dueño de mi mano llevará con ella la mitad de mi cariño, la mitad de mis cuidados, la mitad de mis deberes. Nunca me casaría yo, como mis hermanas, si amara a mi padre más que a nadie en el mundo.

—¿Lo habéis dicho de corazón? —preguntó Lear con extrañeza.

—Sin duda, padre mío.

—¡Tan joven y sin alma ya!

—La más joven, señor, pero la más sincera.

Ciego de rabia el rey Lear calificó cruelmente a su hija. Y su ceguera lo llevó al grado de desconocerla, diciéndola que no la consideraba más tiempo como hija suya, que el amor de ayer había transformado en odio. En cambio, dirigiéndose a Gonerila y Regania las dotó con la mitad de su reino, advirtiéndoles que un mes viviría con cada una de ellas, pues a Cordelia no deseaba ver por más tiempo.

De este modo dividió el anciano rey Lear sus dominios y riquezas, conservando para sí sólo 100 caballeros.

Los cortesanos permanecieron mudos y temerosos ante la actitud de su rey. Sólo uno de los nobles, el leal duque de Kent, movido por un deseo de humanidad y justicia, se atrevió a hacer ver cuán fuera el juicio obraba con la veraz Cordelia. Lear, cada vez más colérico, al oír la defensa de Cordelia en los labios de su vasallo, estuvo a punto de herirlo con su propia espada. Difícilmente se contuvo para hacerlo desterrar por siempre de Bretaña.

Anunciaron los heraldos la presencia de los pretendientes a la mano de Cordelia. Entraron el duque y el rey de Francia.

Entonces Lear narróles lo sucedido, advirtiéndoles que Cordelia, rica pocos momentos antes, ahora sólo tenía por dote su aborrecimiento.

El ambicioso duque francés dijo a Cordelia:

—Al perder un padre habéis perdido un esposo.

Pero el rey de Francia dijo a su vez:

—Te amo ahora como nunca, Cordelia. Más enriquecida cuanto más te empobrecen. Ven conmigo a reinar en mi corazón y en el de la hermosa Francia.

Sintióse Cordelia renacer a una nueva vida al oír las frases del amoroso desinteresado rey de Francia, y, gustosa, aceptó el ofrecimiento, partiendo para Francia, entre las burlas de sus hermanas.

Acompañado por los 100 caballeros de su séquito, el rey Lear se dirigió al castillo de su hija mayor, esperando una amable acogida. Pero Gonerila, que frente a su padre había hablado no con su afecto sino con su ambición, lo recibió con impasible frialdad.

Pronto los criados del castillo fueron prevenidos por ésta para que no se le sirviera; para que, en cambio, le repitieran a cada instante las molestias que causaba su presencia en el castillo. Y más allá fue la maldad de la hija ambiciosa, pues logró hacer ver a los caballeros que acompañaban a su padre, la necesidad de que abandonaran su servicio.

Sólo dos amigos fieles acompañaban al rey Lear en su desventura. Uno, el bufón alegre y cuerdo, que en otro tiempo divertía a su señor diciendo agudezas y fingiendo increíbles locuras. Otro, un nuevo servidor llamado Cayo. El nuevo servidor era el duque

de Kent, el defensor de Cordelia, que no se resignó a abandonar a su rey en los peligros que había previsto al mirar la ambición de Gonerila y de Regania, y que ocultando su nobleza y su nombre, había merecido otra vez la confianza del anciano.

Un día un criado de Gonerila contestó irrespetuosamente al rey Lear. Entonces, Cayo lo hizo salir, por la fuerza, de la estancia. La hija mayor, enterada por el oficioso sirviente, olvidando que el ofendido era su padre, reclamó a Lear el trato que daba a sus criados. Y vertió palabras insolentes que atravesaron el corazón del viejo rey, que sólo pudo exclamar:

—No hay mordedura que hiera como la ingratitud de una hija.

Y salió del castillo de la hija ingrata, con la noche en el corazón.

No eran ya 100 los caballeros que acompañaban a Lear. Tan sólo el bufón y un leal amigo lo seguían en su camino hacia el castillo de Regania.

Cayo habíase adelantado para llevar la nueva. También la intrigante Gonerila había enviado un mensajero a su hermana para que ésta no admitiera a su padre en sus dominios.

Cayo reconoció al mensajero, reprochándole que se prestara a servir la insolencia de una mujer contra la angustia de un anciano. Se entabló la disputa. A las voces del cobarde sirviente acudieron Regania y su esposo seguidos de los vasallos. Al enterarse de lo sucedido, Regania ordenó que Cayo fuese puesto en un cepo, a la puerta del castillo como un vulgar ladrón.

Entre tanto, Lear y sus amigos llegaron al castillo, quedando sorprendidos al ver a Cayo prisionero. Cuando el viejo rey

supo que era su hija la autora de la afrenta, su angustia creció sin límite. Cayo, desde su prisión, preguntó al rey por qué sólo lo acompañaba un caballero. El bufón, moviendo sentencioso los cascabeles de su caperuza, cantó:

—Quien de tu oro se alimenta
o sigue por conveniencia,
en cuanto empiece a llover
te dejará en la tormenta.

Esperando, Lear ordenó a los servidores del castillo que informaran a sus amos de su llegada. Pero Regania, advertida por su hermana, presentó excusas pretextando una indisposición.

El viejo Lear recibió la respuesta como una herida.

Un ruido de trompetas y tambores anunció la llegada de Gonerila, que deseaba unirse personalmente a su hermana para doblegar a su padre.

De este modo, juntas Regania y Gonerila, descubrieron la maldad de sus corazones, echándole en cara a su padre lo que llamaban abuso de hospitalidad; y se mofaron de su fatiga y de su vejez.

Loco de dolor, salió Lear del castillo, acompañado por sus tres amigos.

El cielo, como sobrecogido de espanto ante tan grandes injusticias, amontonaba nubes. Deshicieronse las nubes en furiosa lluvia; el viento trocóse en huracán.

Gonerila y Regania sabían que el rey su padre no encontraría refugio, más indiferentes, dijeron:

—Él sólo se debe culpar. Dejó su casa y ahora comprenderá su locura.

El viejo rey y los amigos fieles cruzaban los campos desiertos. El viento enmarañaba la blanca cabellera del rey, y la lluvia empapaba sus vestiduras; pero él caminaba bajo la tormenta, y su dolor era más fuerte que el combate del viento y del agua.

Así anduvieron, errando en la noche interminable, azotados por la furia del huracán.

El bufón esforzábese en distraer los oscuros pensamientos del rey; pero a éste la violencia de su desgracia empezaba a empañar la razón.

El rey de ayer era, ahora, un miserable que sólo acertaba a hablar de la ingratitud de sus hijas y que desafiaba la tentación como si quisiera en su ruido ensordecen su dolor.

Ya desfallecían de cansancio los amigos de Lear, cuando encontraron una cabaña miserable. En ella permanecieron el resto de la terrible noche, hasta que, a la madrugada, la luz de una antorcha anunció la presencia de un hombre. Era un noble caballero que no olvidaba los favores que debía al rey y que se ofreció a llevarlos a una parte deshabitada del castillo. El viejo Lear se dejó conducir alucinado, inconsciente aún por la fuerza de su dolor.

Y hasta la mañana pudieron encaminarse a la costa donde los esperaba Cordelia que, avisada por un enviado de Cayo, se apresuró a compartir con su padre, silenciosa, su tragedia. Los delicados cuidados de Cordelia y un tranquilo sueño hicieron recobrar a Lear las luces de la razón. Y entonces conoció la

firme transparencia de la verdad de su hija. Pero hay que desconfiar de la felicidad.

Si Cordelia había traído consigo un ejército, Gonerila y Regania habían armado los suyos. El ejército francés fue derrotado y prisioneros Lear y Cordelia.

Gonerila y Regania, dominadas por sus instintos, mandaron asesinar a la dulce Cordelia. Y el viejo rey, destrozada el alma, desfalleció con el cuerpo de la hija amorosa en sus brazos.

Así murió el anciano rey de Bretaña que padeció lo increíble.

Los jóvenes no veremos lo que él vio, ni viviremos tanto.





WILLIAM SHAKESPEARE

LA TEMPESTAD





LA TEMPESTAD

En pasados tiempos vivía en Milán, ciudad de Italia, un duque llamado Próspero. Ocupado en el estudio de todas las ciencias, dejaba a su hermano Antonio el cuidado de sus dominios. Próspero le depositaba su confianza creyéndolo tan noble y honrado como él.

Secretamente, Antonio ambicionaba el poder. Muy pronto proyectó una traición, de acuerdo con el vecino rey de Nápoles a quien hizo mil promesas si le ayudaba a destronar a su hermano Próspero y a convertirse en duque de Milán.

Una noche el hermano traidor abrió las puertas de la ciudad permitiendo la entrada al rey de Nápoles y a su ejército.

Los usurpadores, dueños de la ciudad, comenzaron sus crímenes. Abandonaron a Próspero y a su hija, la pequeña Miranda, en una embarcación sin mástil, sin remos, sin velas; en una barca que hasta las ratas habían abandonado por temor de caer al agua.

Antonio les negó vestidos y alimentos, porque esperaba que Próspero y su hija murieran de hambre o ahogados en el mar.

Sólo un noble bondadoso, pensando en su terrible muerte, los ayudó secretamente. Aprovechó la embarcación, y, además, conociendo la afición de Próspero al estudio, le cedió libros inmejorables.

Las corrientes y el viento maltrataron extraordinariamente el buque abandonado. Cuando las olas barrían la cubierta, Próspero lloraba pensando en el peligro que corría la pequeña Miranda. Y las lágrimas de Próspero eran tan amargas como el agua del mar.

Miranda, sin darse cuenta de la situación, veía con regocijo las olas y reía cada vez que pasaban sobre su cabeza como rápidos caballos aéreos. Afortunadamente el buque venció todos los obstáculos, venció la furia del mar y fue a encallar en la playa de una isla.

Crecían en la isla árboles de una altura increíble. Al pasar bajo uno de ellos, Próspero y Miranda oyeron fuertes gritos que salían de un grueso interminable pino. Las quejas eran tan desgarradoras que hacían aullar a los lobos lejanos.

Próspero era no sólo un sabio, sino también un mago. Con ayuda de fuerzas sobrenaturales, abrió el tronco del árbol que dejó salir a un hermoso genio llamado Ariel.

Ariel explicó a Próspero que, durante 12 años, había estado prisionero, víctima del maleficio de una vieja bruja que había muerto poco antes de su llegada. Y le señaló otros árboles que eran también prisioneros. Próspero libertó a todos los genios que, como Ariel, le obedecieron en seguida.

La isla parecía desierta; pero pronto descubrieron a su único habitante, el hijo de la bruja. Llamábase Calibán y era tan horrible

y torpe, que más parecía una bestia que un ser humano. Próspero trató de humanizarlo. Le enseñó los nombres del sol, de la luna y mil cosas más. Pero Calibán era desagradecido y salvaje, por lo cual Próspero no pudo tratarlo de buen modo. Así, fue su esclavo, obligándolo a cortar leña, a encender el fuego y a habitar la oscura cueva en vez de la gruta que ocupaban Próspero y Miranda.

Creció Miranda en aquella isla desierta. La niña se transformó en mujer. Y alegraba sus días junto al sabio Próspero, junto al ondulante travieso Ariel.

Un día, una tempestad sacudió el mar, azotando las costas de la isla. El trueno rodaba en el espacio y los relámpagos incendiaban las nubes; el viento mugía furiosamente y el cielo era como otro mar de tinta.

Era Próspero quien había desencadenado aquella tempestad, porque sabía que en el mar navegaba el buque que conducía a su hermano Antonio, y que a bordo iban también el rey de Nápoles, su hijo Fernando y el anciano noble que les prestó ayuda el día de su desventura.

Los tripulantes del buque, frente a aquella furiosa tempestad, comprendieron el peligro de estrellarse en los escollos de la isla cercana. Próspero, con sus artes de magia, les infundía miedo. Mandó a su alado genio Ariel que revoloteara por encima de la cubierta y arrojara rayos sobre ella. Invisible, Ariel atemorizaba a los viajeros aumentando la fuerza de la tormenta. Por último, pareció que el buque se iba a incendiar. La confusión fue entonces terrible. El rey de Nápoles, su hijo el príncipe Fernando, el anciano noble y el perverso Antonio, cayeron todos al agua, a merced de las olas.

En tanto, Próspero y Ariel, valiéndose de sus virtudes mágicas, salvaban el buque y la tripulación. Los marineros, que se habían ocultado bajo las escotillas, fueron sumidos en un profundo sueño, de modo que ignoraran lo ocurrido y hasta el lugar en que se hallaban.

Ariel condujo a los náufragos a la playa de tan milagrosa manera, que ni los vestidos se humedecieron.

El príncipe Fernando desembarcó por otra parte de la isla figurándose que él solamente había sobrevivido. Los otros viajeros estaban seguros de que era él quien había muerto.

Próspero ordenó a Ariel que tomase la forma de una sirena y lo hizo cantar ante el asombro de Fernando, que no sabía de dónde salía tan bella voz. Los otros genios hacían coro imitando el son de las campanas.

Fernando sentía desfallecer su corazón. Pensaba que aquellas voces eran las de las sirenas que anunciaban la muerte de su padre.

Próspero y Miranda salieron a su encuentro. Miranda, que desde su infancia no había visto a otro hombre que a su padre, creyó ver en Fernando un espíritu. A Fernando la joven le inspiró en seguida un inefable amor que expresó al punto.

Próspero hizo probar la fuerza del súbito amor de los jóvenes y fingiendo creer que Fernando era un espía, le dirigió bruscamente la palabra.

—Voy —le dijo— a encadenarte. Por comida te daré solamente raíces y beberás agua del mar.

El príncipe trató de sacar la espada para atacar a Próspero, pero éste, con su poder mágico, ató la espada a la vaina y echó al suelo a Fernando.

Comprendiendo que había caído en manos de un mago, Fernando no intentó desafiar más a Próspero, pensando, además, que siendo su prisionero podía ver a Miranda diariamente desde su encierro.

Miranda no comprendía el proceder inhumano de su padre.

—No os desaniméis —dijo al príncipe—. Mi padre es mejor de lo que ahora podéis juzgar por su conducta. Nunca le oí hablar con tanta crueldad.

Entretanto, el rey de Nápoles lloraba la muerte de su hijo, seguro de que había naufragado. Apenas si las frases de sus acompañantes le habían encendido una esperanza.

Próspero seguía practicando su venganza ejemplar. Ariel, a su mandato, aterrorizaba a los náufragos de mil maneras. Los perseguía transformado en una trailla de perros hambrientos. Y cuando principiaban a desfallecer, adoptaba con los demás genios, formas diversas y extrañas. Ya hacía surgir frente a ellos un banquete espléndido; ya se transformaba en un ave gigantesca; ya desvanecía en el aire llevándose los manjares. Por fin, Ariel hizo saber al rey de Nápoles y al traidor Antonio el motivo de sus desgracias, que eran el castigo a su conducta para con el duque Próspero.

Entonces apareció el mismo duque de Milán. Y al ver que, atemorizados y arrepentidos, su hermano Antonio y el duque de Nápoles le pedían perdón y le rogaban que volviera a Milán, accedió olvidando sus faltas.

Luego, al oír al rey de Nápoles lamentarse de la muerte de su hijo y juzgarla como merecido castigo de sus violencias, Próspero dijo:

—Ya que me habéis devuelto mi ducado, yo os devolveré algo que os dará mucho placer. Y los condujo a la caverna donde el rey pudo ver a su hijo Fernando al lado de la hermosa Miranda.

Rogó el rey a Miranda le perdonara su pasado error. Y cuando Fernando le expresó su deseo de desposarla, su felicidad fue completa.

Ariel, en tanto, había despertado a los marineros que saltaron a tierra uniéndose a la alegría de todos. Y al día siguiente embarcaron a Nápoles. Ariel hacía soplar la brisa que conducía, ligera, el barco, hinchando las blancas velas. Era su último servicio a Próspero. Luego, entonando un canto de alegría, quedó libre para siempre.



ÍNDICE

ESTAS LECTURAS

DEL AMOR, DEL PODER Y DEL FRACASO DANNER GONZÁLEZ.....	7
--	---

TEXTOS PREVIOS

LECTURAS PARA ENCENDER LA IMAGINACIÓN DANNER GONZÁLEZ.....	13
A GUIA DE PRÓLOGO HARÉ LA HISTORIA DE ESTE LIBRO JOSÉ VASCONCELOS.....	17
RAZONES PARA LA PRESENTE PUBLICACIÓN BERNARDO J. GASTÉLUM	25

ESPAÑA

EL CID ANÓNIMO.....	31
EL CID.....	33
DESTIERRO DEL CID.....	34
EL CID CONVOCA A SUS VASALLOS	37
EL CID EN BURGOS.....	39
DESPEDIDA DEL CID.....	41
POR LEÓN Y POR CASTILLA	43
EN TIERRAS DE ALFONSO.....	46
CONQUISTA DE VALENCIA.....	48
JIMENA EN VALENCIA	50
JIMENA PIDE AL REY QUE LA DESPOSE CON EL CID	51
TRAJES DEL CID Y DE JIMENA EN EL DÍA DE SUS BODAS.....	55

EL CONDE LUCANOR DON JUAN MANUEL.....	59
DE LO QUE LE ACONTECIÓ A UN HOMBRE QUE IBA CARGADO DE PIEDRAS PRECIOSAS Y SE AHOGÓ EN EL RÍO.....	61
DE LO QUE HACEN LAS HORMIGAS PARA MANTENERSE.....	64
EL PRISIONERO ANÓNIMO.....	67
EL PRISIONERO.....	69
EL CONDE ARNALDOS ANÓNIMO.....	71
EL CONDE ARNALDOS.....	73
DON QUIJOTE MIGUEL DE CERVANTES.....	75
DE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DEL FAMOSO HIDALGO.....	77
DE LA JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO.....	85
DE LO QUE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON UNOS CABREROS.....	91
LA EXTRAÑA AVENTURA DEL CABALLERO DE LOS ESPEJOS.....	98
DE CÓMO DON QUIJOTE ENFERMÓ, Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO, Y DE SU MUERTE.....	118

FRANCIA

EL JUGLAR DE NUESTRA SEÑORA CONTADO POR ANATOLE FRANCE.....	129
EL JUGLAR DE NUESTRA SEÑORA.....	131
I.....	131
II.....	132
III.....	134
LA LEYENDA DE TRISTÁN E ISOLDA ANÓNIMO.....	137
INFANCIA DE TRISTÁN.....	139
LA BELLA DE LOS CABELLOS DE ORO.....	143
EL FILTRO.....	147
EL PINO.....	150
LA MUERTE.....	154

LA CRUZADA DE LOS NIÑOS ANÓNIMO.....	157
LA CRUZADA DE LOS NIÑOS.....	159
RELATOS DE LOS TRES NIÑOS.....	161
RELATO DE ALIS.....	164

ALEMANIA

PARSIFAL RICHARD WAGNER.....	169
PARSIFAL.....	171
EL BUQUE FANTASMA RICHARD WAGNER.....	189
EL BUQUE FANTASMA.....	191
HERMANN Y DOROTHEA GOETHE.....	201
HERMANN Y DOROTHEA.....	203
HERMANN.....	203
DOROTHEA.....	212

ITALIA

DE CÓMO SAN FRANCISCO SANÓ A UN LEPROSO DE CUERPO Y ALMA ANÓNIMO.....	223
DE CÓMO SAN FRANCISCO SANÓ A UN LEPROSO DE CUERPO Y ALMA.....	225

INGLATERRA

EL REY LEAR WILLIAM SHAKESPEARE.....	231
EL REY LEAR.....	233
LA TEMPESTAD WILLIAM SHAKESPEARE.....	241
LA TEMPESTAD.....	243

LECTURAS CLÁSICAS

ESPAÑA | FRANCIA
ALEMANIA | ITALIA
INGLATERRA

se terminó en la Ciudad de México durante el mes de agosto del año 2014. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulq* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.



ISBN 978-607-401-845-5 OBRA COMPLETA
ISBN 978-607-401-847-9 TOMO III

Este volumen nos acerca a la gran tradición literaria europea con textos de España, Francia, Alemania, Italia e Inglaterra. Comienza con “El Cantar del Mío Cid”; el castellano antiguo se aprecia de manera especial en “Jimena pide al rey que la despose con El Cid”; también en “El prisionero” y “El conde Arnaldos”.

A Shakespeare y a Cervantes se les considera pilares sobre los que descansan las lenguas inglesa y española, pero si Cervantes hace a sus personajes escuchar al otro, el gran mérito de Shakespeare es la interiorización del drama humano. En “El rey Lear” somete a una prueba de amor a sus tres hijas y duda de la sinceridad de Cordelia; sin embargo, “Don Quijote” no duda nunca de su amor por Dulcinea y hace de este sentimiento el motor de sus aventuras.

El lector encontrará un vasto catálogo de las emociones humanas en “El juglar de Nuestra Señora”, en “De cómo San Francisco sanó a un leproso de cuerpo y alma”; en las óperas de Wagner, magistralmente resumidas en “Parsifal” y en “El buque fantasma”; también en la unión de “Hermann y Dorotea” y en “La leyenda de Tristán e Isolda”.

Estas historias giran alrededor de tres temas: el amor, el poder y el fracaso. Así nos dice el texto anónimo que narra “La cruzada de los niños”: “No llegaron a Jerusalén, pero Jerusalén llegó a ellos”.

Del amor quizá sea poco lo que pueda explicarse, porque al amor se llega amando, del mismo modo en que a la lectura se llega leyendo, sabiéndose derrotado de antemano, pero peleando siempre, con el ángel, cuerpo a cuerpo.

DG

LECTURAS



LITERATURA